

FUERTES HEROÍNAS LIBRO 4

LA NOVIA
NÓRDICA
Del Highlander
CATHY & DD
MACRAE

LA NOVIA NÓRDICA DEL HIGHLANDER

Fuertes Heroínas Libro 4

Por Cathy & DD MacRae

Dedicado a todos los que necesitan un puerto seguro.

Contenido

[Página del título](#)

[Dedicatoria](#)

[La Novia Nórdica del Highlander](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[EPÍLOGO](#)

[Nota de las autoras](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[SOBRE LAS AUTORAS](#)

La Novia Nórdica del Highlander

En el siglo XIII, el rey de Escocia tenía poco control en las Tierras Altas occidentales y en las islas situadas al norte y al oeste. Aquí existía una rica cultura gaélica y nórdica, y el poder estaba en manos de los jefes. Gran parte de Escocia occidental y de las islas rendían pleitesía al rey de Noruega.

En 1249, el rey Alejandro II se preparó para invadir las Hébridas y Escocia occidental. Tras 5 años de negociaciones fallidas con Noruega para la compra de estas zonas, el rey Alejandro rompió su alianza con el rey Haakon y se dispuso a tomar las islas y los territorios occidentales por la fuerza.

En los años venideros, dos reyes perecerían durante esta batalla por la soberanía, junto con muchas personas a las que se dio la opción de cambiar su alianza con el rey escocés... o morir.

CAPÍTULO 1

Castillo MacLean, 1248

Arbela rodeó suavemente los hombros de su hermano con los brazos, haciendo una mueca de dolor al notar el pliegue de la clavícula bajo sus manos. Alas de plata adornaban sus sienes, brillando en su cabello oscuro como la noche, prueba del paso del tiempo. Como su hermano gemelo, los oscuros mechones de Arbela brillaban con un recuerdo similar.

—¿No queréis entrar?

—Sólo estoy recordando, muchacha, no estoy elegante. —Alejandro le dio una palmadita en la mano.

—Cada día os parecéis más a padre. —Sonrió.

—No tenía ni idea de que cuando nos trajo aquí desde Tierra Santa, hace casi treinta años, tendría tanto de lo que aprecio plantado en este suelo rocoso.

—Ambos comenzamos aquí una nueva vida. ¿Alguna vez echáis de menos el desierto?

—A veces. Echo de menos nuestra juventud, nuestra libertad. ¿Y vos?

—Ahora es mi hogar, aunque de vez en cuando echo de menos el calor del desierto. El viento y la nieve me dan fuerzas, pero me vendría bien un poco menos de lluvia. —Arbela soltó una tierna carcajada. Amasó los hombros de su hermano, alisó los músculos tensos y le dio todo el consuelo que pudo. Juntos contemplaron el pequeño cementerio, con la tierra recién removida como una cicatriz sobre la hierba ondulada que se desvanecería con el tiempo. Dos cruces de madera tallada flanqueaban la tumba de Annag. Una para los gemelos, nacidos demasiado pronto para sobrevivir, la otra para Donal, de ocho años, llamado así por su abuelo y arrebatado el mismo invierno que el mayor a causa de unas fiebres.

Como si quisiera ahuyentar los recuerdos que aún ahora desgarraban el corazón de Arbela, Alejandro sacudió la cabeza.

—Os agradezco que no me regañéis por mis pensamientos de hoy, hermana. Sé que debería estar cuidando de la pequeña Gillian, que echa de menos a su madre. Debería llorar a mi esposa, no sentarme aquí a pensar en otras cosas.

—Me duele su muerte, pero es un dolor fantasmal, no el desgarrador... —Hizo una pausa y Arbela le dio tiempo para ordenar sus palabras. Su voz se quebró y Arbela lo abrazó con más fuerza, pues sabía lo que le desgarraba el corazón aquel día y comprendía demasiado bien el dolor de la pérdida de un hijo.

—No se hace más fácil, ¿verdad?

Su corazón se rompió por su querido hermano. Cada uno había experimentado el dolor a lo largo de los años, pero tal pérdida parecía tocarlo más que la mayoría. Negó con la cabeza, más allá de las palabras. Arbela le pasó los dedos por el cabello como si fuera un muchacho.

—Padre estaría muy orgulloso de vos. Todo lo que habéis logrado con el comercio marítimo. Expandir nuestras fronteras, aunque para ello hayáis tenido que tratar con el rey de las islas, de puntillas entre los reyes nórdicos y escoceses. Trayendo la paz a nuestra frontera norte.

—No os importaba ese negocio, ¿verdad? —La suave voz de Alejandro tenía un ligero toque de humor.

Aferrándose a cualquier recuerdo que aliviara el corazón de Alejandro, Arbela se sumergió en los primeros días tras su llegada a Escocia.

—Me disgustó comprensiblemente saber que mi querido hermano proponía una alianza con

los MacGillonay.

—¿Qué mejor momento? —preguntó él, aunque la discusión era vieja—. El viejo MacGillonay y sus hijos víboras estaban muertos -gracias a vos- y la sucesión era un caos. Mi matrimonio con Annag dio prominencia a su familia, pariente lejana del viejo lord, y más tarde al señorío. Mejor ellos que los sapos que compiten por el puesto.

—Es cierto. Pero era demasiado para tragar tan pronto después del secuestro de Bram y su intento de apoderarse de Dunfaileas.

Arbela reprimió un pequeño escalofrío al recordarlo. Su hijastro de cinco años, ya hecho un hombre y tan valiente e intrépido como cualquiera, se había enfrentado a sus captores, a instancias suyas, frustrando el último intento del hijo de lord MacGillonay de vengarse de los MacKern por la muerte de su padre y su hermano menor.

—Todos hemos prosperado con vuestro cuidado y sabiduría, Alejandro. Vuestros años como jefe del Clan MacLean han sido buenos. Y tenéis más por delante, viendo crecer a Gillian.

Seguidamente, Alejandro se puso rígido entre los brazos de su hermana y esta maldijo en silencio. Sus años se habían visto salpicados por el nacimiento de cuatro hijos y la muerte de tres. Y ahora, su mujer.

—Me temo que envejezco. Los años se amontonan, dejando mis remordimientos brillantemente claros, mientras silencian aquellas cosas que no me importaban tanto. —

Inspiró profundamente y luego soltó el aliento. Miró por encima del hombro y le dedicó una triste sonrisa.

—No tenéis más que cuarenta y cinco veranos, hermano. Pero lo comprendo. Estoy aquí con vos el tiempo que necesitéis.

—¿Y las necesidades de vuestro marido? —Un sutil humor marcó su voz—. Me parece recordar a un hombre corpulento al que no le importa teneros mucho tiempo lejos de su lado.

—Está bien y tendrá a nuestras nietas en Dunfaileas para distraerse durante los próximos días. Se alegrará mucho de verme cuando vuelva a casa. —Arbela rio entre dientes.

—La vida ha sido amable con vos, creo. Llegasteis a amar al hombre con el que os casasteis, y tenéis dos hermosas hijas, un hijo y un hijastro que os adoran y miman en vuestra vejez.

—¿Mi vejez? —Arbela le dio una ligera palmada en el hombro y alzó la voz con fingida indignación—. Os agradeceré que mantengáis vuestros pensamientos entre los dientes. —Apoyó la mejilla en su hombro para aliviar el escozor de sus palabras. Estaba claro que Alejandro sentía sus años ese día. Enterrar a su esposa de casi treinta años, sin importar el escaso cariño que había entre ellos -a diferencia del amor apasionado que Arbela había encontrado con su marido-, creaba un vacío en su vida. Arbela se preguntó cómo elegiría llenar el vacío, y si un niño pequeño sería suficiente.

—Os volveréis a casar. Con el tiempo, encontraréis una mujer que os aprecie.

—Podría haberla amado. —La cabeza de Alejandro se balanceó pesadamente, su mirada de nuevo en la tierra recién removida sobre la tumba de su esposa.

—Os preocupabais por ella. Annag era feliz. —Arbela le acarició el brazo.

—Pero no la amé como se merecía, Bela. Mi esposa nunca supo lo que era ser amada de verdad.

—Y, hermano mío, tampoco vos.

CAPÍTULO 2

Mayo de 1249, un año después
Aldea de Hällstein, Isla de Mull

El estruendo de los ladridos de los perros despertó a Hanna del sueño en el mismo instante en que su marido se levantaba de la cama. El acero chirriaba sobre el cuero cuando sacó la espada de la vaina, y la pisada de los pies descalzos sobre el suelo de madera resultó sorprendentemente ligera para un hombre de su corpulencia. Torvald no perdió el tiempo diciéndole que se quedara atrás. Las mujeres de su mundo luchaban por defender lo que era suyo. Ella atendería sus deberes como jefa de las mujeres del clan.

Hanna se deslizó de la cama, metiendo los pies en unas finas botas de cuero, los brazos en un *kirtle* teñido de oscuro que se mezclaría con las sombras. Colocando tres pequeñas dagas en vainas ocultas, siguió a Torvald al oscuro pasillo y bajó las escaleras. Se separaron en el salón, silenciosos como fantasmas, aunque el movimiento en la casa larga crujía mientras otros se reunían para dar la alarma. Se oyeron gritos en el patio, se encendieron antorchas y los niños fueron conducidos en manada a la habitación segura bajo el suelo del salón. Hanna puso una mano suave sobre el hombro de su hija mientras subía la escalera hacia el pasadizo subterráneo.

—Guardad silencio.

Signy, de doce años, hizo una pausa y envió a Hanna una mirada angustiada.

—Sois una buena hija. —Las palabras apenas se deslizaron más allá del nudo en la garganta de Hanna.

La conmoción alcanzó su punto álgido fuera de los muros protectores, y tanto ella como Signy sabían que no se trataba de una simple incursión.

—Id —le dijo Hanna—. Cuidaos.

Signy asintió, cuadrando los hombros mientras miraba a Hanna a los ojos por última vez. Un momento después, su cabeza desapareció entre las sombras.

—No iré con los niños. Ayudaré a defender la aldea.

A continuación, Hanna se quedó mirando a su hijo de diez años, desgarbado y alto, con sólo una pizca de la corpulencia de su padre. Seguía siendo un niño, buscaba su permiso y no el de su padre, con un hacha en el puño y una daga en el cinto.

—No puedo teneros entre los hombres. Luchan como uno solo, y no tenéis el entrenamiento necesario. Buscad a otros dos como vos y defended la puerta. —Agitó la cabeza.

Sten asintió y miró al grupo que tenía detrás, señalando a un par de sus amigos más cercanos. Hanna les dirigió una última mirada mientras rezaba porque no les pasara nada. Había hecho lo que había podido.

Tras cruzar la puerta que daba al patio, Hanna se unió a otras mujeres con rostros sombríos a la luz de las antorchas. Más allá del borde del patio, hombres armados y ceñidos de acero se esforzaban por llegar a la orilla desde botes que cabeceaban con la marea. Los hombres de Hällstein les hacían retroceder, con el estruendo del metal en la oscuridad penetrada por el fuego. Los gritos de los heridos llegaron hasta las mujeres, y dos de ellas siguieron los gritos, pues su misión era atender a los heridos. Alrededor de Hanna, las mujeres se entregaron a sus tareas, sin necesidad de palabras y sin que ninguna surgiera de gargantas secas por el miedo. Entretanto, otro barco se alzaba contra la orilla, con la proa y las tablas encendidas, reflejando la danza de

las hogueras de Torvald mientras las llamas saltaban en lo alto de la playa rocosa, iluminando la batalla de rojo y dorado intensos. El corazón de Hanna se estremeció al ver los cuerpos entre las rocas. Los hombres de los barcos saltaron sobre el hervidero de moribundos, con las espadas relucientes, en dirección a la casa comunal.

El tiempo se desvaneció, se convirtió en nada, la acción a su alrededor se ralentizaba hasta hacerse insoportable. Sus oídos captaron los gritos de Torvald en medio de otras voces a medida que la lucha se intensificaba. Hanna avanzó a zancadas, con las faldas metidas en el cinturón para liberar sus movimientos, sacudiendo los brazos para aflojar los músculos. En ese instante, un hombre al que no reconoció se escabulló de la pelea y centró su atención en el patio vacío que precedía a la casa comunal. Su mirada se posó en Hanna, descartándola como amenaza, el último error que cometería aquella noche. Hanna se puso de lado, en su guardia, haciendo que se detuviera sorprendido. Sin vacilar, le clavó la daga en el vientre, justo debajo del esternón, en dirección ascendente hacia el grueso músculo entre el pecho y el abdomen. El grito de sorpresa se convirtió en angustia mientras el soldado luchaba por respirar. Sin detenerse a verlo morir, Hanna se enfrentó al siguiente enemigo.

* * *

El agotamiento entorpeció los sentidos de Hanna, amortiguó el dolor de las heridas y las pérdidas. Las pocas mujeres que se agolpaban a su alrededor parecían tan indiferentes como ella, con los hombros caídos y las ropas rotas o ensangrentadas. Sin embargo, el desafío brillaba en sus ojos cuando el sol del amanecer iluminó los restos carbonizados de la aldea y la casa comunal. Hanna se inclinó hacia un lado, con arcadas de bilis, aturdida por lo que imaginaba bajo los maderos quemados.

Se enderezó y miró a los guardias en busca de respuestas. ¿Habían escapado las mujeres y los niños escondidos en el pasadizo secreto? ¿Habían quedado atrapados? ¿Les había afectado el humo? ¿Habrían entrado los soldados antes de incendiar la estructura? ¿Habían hecho prisioneros? ¿O no dejaron supervivientes? ¿Cuál había sido el destino de Signy y Sten? ¿Eran estas pocas mujeres a su alrededor todo lo que quedaba de su clan?

Tal vez unos pocos afortunados se habían puesto a salvo en medio de la confusión al incendiarse la estructura de madera, pero estaba claro que ninguno de los que habían quedado atrás había sobrevivido. Su mirada se desvió hacia el suelo manchado de sangre entre el patio y la orilla, donde su marido y sus hombres habían librado su última batalla. Lo recordaría el resto de sus días, pero por ahora se aferraba a la siguiente respiración, al siguiente momento, apartando el terrible vacío de su interior. Apretó una mano contra la manga rasgada de su *kirtle*. En los instantes que había tardado en contener la hemorragia de la herida de cuchillo, la habían capturado y llevado al círculo de mujeres detenidas. Sus dedos se encontraron con sangre coagulada, y la tela estaba empapada. La agonía se había reducido a un sordo latido, aunque sabía que el dolor no tardaría en volver. Luchó contra el mareo provocado por la pérdida de sangre, decidida a permanecer de pie y escuchar su destino.

Unos hombres vestidos con telas de lana a cuadros que los identificaban como escoceses se pavoneaban alrededor del grupo de mujeres, mirándolas con lascivia. Unos pocos cruzaron el patio, cargando los barcos con el botín que habían descubierto antes de prender fuego al salón. Las riquezas de Hällstein estaban en el mar, no se medían en oro o gemas preciosas, aunque algunos tesoros transmitidos de generación en generación habían adornado las mesas y el cofre del salón.

La visión de la ruina total que la rodeaba provocó la ira y la desesperación de Hanna.

—¿Qué queréis?

Dirigiéndose a su líder -un hombre marcado por su aire de mando y su distanciamiento de la actividad a su alrededor- una mirada de desafío y desprecio, se autoproclamó portavoz de los aldeanos restantes. Al instante, el hombre le devolvió la mirada, con una ceja arqueada. Tras dudar un momento, se acercó. Se detuvo a unos metros, con los pies separados a la anchura de los hombros y el peso ligeramente inclinado hacia delante, y la fulminó con una mirada burlona.

—Nuestro soberano rey, Alejandro de Escocia, da la bienvenida a sus nuevos súbditos.

—No estamos sometidos a ningún rey de Escocia. De hecho, si estas son las acciones de vuestro rey, es despreciable y no merece la lealtad de nadie —escupió Hanna.

—Mi rey nos ordenó recuperar las islas. Por la fuerza o por transferencia de lealtad, lo que tenga más éxito.

—No he oído ninguna oferta de clemencia por alinearme con el rey escocés. —Las cejas de Hanna se alzaron. Luego recorrió con la mirada los cuerpos dispersos de sus compañeros de clan —. Dudo que se les haya presentado la sugerencia, tampoco.

—No me dijeron cuál ofrecer. Y dudo que al rey le importe mientras le entregue la tierra. — El escocés se encogió de hombros.

—¿Y qué hay de los objetos que habéis cargado en vuestro barco? ¿Le llevaréis el poco oro que teníamos?

Una sonrisa se dibujó en el rostro del hombre, separando los labios para mostrar sus dientes en una mueca depredadora que provocó un escalofrío en Hanna. Acortó la distancia que los separaba hasta que ella estuvo a punto de ahogarse por el abrumador olor a macho sin lavar y a sangre fresca.

—Ni el oro ni la recompensa que veo ante mí pasarán de mis manos. Hay cosas que no compartiré.

De pronto, una gaviota chilló en lo alto. Hanna inhaló, el aire espeso le recordó la muerte. El desafío guerreaba con la ira. Ira por las vidas desperdiciadas en la lucha por la tierra entre dos reyes. Ira por la arrogancia del hombre que tenía delante, al que no le importaba la vergüenza que infligiría a las mujeres que quedaban en su aldea.

—Venid conmigo.

—Haz con ellas lo que quieras. —El escocés agitó una mano sobre el grupo de mujeres mientras llamaba a sus hombres.

Se levantaron abucheos de excitación y aprobación, las manos se aferraron a la ropa y la carne. Las mujeres se defendieron a gritos, compensando con ferocidad lo que les faltaba en fuerza. Hanna se apartó cuando el líder la alcanzó y le dio un fuerte pisotón en la rodilla, gratificada por su gruñido de dolor y sorpresa. Desplazó el peso hacia un lado, pisando ligeramente el suelo con la pierna herida para mantener el equilibrio. Hanna no le dio oportunidad de recuperarse, sino que rápidamente le propinó una patada en la ingle. El soldado giró hacia un lado, pero no lo bastante rápido por lo que el pie de Hanna le dio de lleno entre las piernas. El soldado cayó al suelo, con un fuerte gruñido saliendo de su pecho.

Con un rápido movimiento, Hanna le clavó la espada entre dos vértebras de la base del cráneo, matándolo al instante. Poco después, giró sobre sí misma y se encontró fuera de la refriega. Una a una, las mujeres fueron sometidas, aunque el precio en gubias, apéndices dislocados y un hombre cuya capacidad para volver a ver era cuestionable, había pasado factura a sus captores. Sin aliento y murmurando con inquietud, lanzaron miradas enfurecidas a las mujeres, que seguían desafiantes. Entonces, una mujer captó la mirada de Hanna.

—Corred —susurró mientras le tiraban bruscamente de las manos a la espalda.

Hanna negó con la cabeza. Por otro lado, otra asintió, con una mirada feroz en su rostro

devastado.

—Vengadnos.

Aprovechando la oportunidad, Hanna echó a correr.

CAPÍTULO 3

Castillo MacLean

Alejandro MacLean se quedó mirando la misiva real sobre su escritorio. Conocía al rey Alejandro desde que llegó a Escocia casi veintisiete años antes, cuando el rey, que entonces tenía veintitrés años, se había casado con su novia de once y Alejandro era un descarado veinteañero recién llegado de Tierra Santa. A diferencia de muchos de los que vivían en el oeste de Escocia o en las islas occidentales, Alejandro y su padre habían permanecido fieles al rey escocés, aunque les costara la guerra y la piratería con sus vecinos, que juraban lealtad al rey Haakon de Noruega, o al actual rey de las islas.

Durante años, la activa presión del rey Alejandro para obtener las islas como parte de Escocia se había topado con la resistencia del rey Haakon. Esta vez, según las palabras cuidadosamente inscritas en el pergamino del escritorio, el rey no tenía intención de fracasar.

Alejandro buscó un mapa -aunque conocía bien la zona a la que se refería el rey en su misiva- y consideró la petición del rey Alejandro.

«Reunir una flota para purgar las Islas Occidentales de aquellos comprometidos con Noruega y convertirlos en súbditos de Escocia. Requerimos vuestra ayuda ya que vuestra familia es la más destacada en la construcción naval, y vecinos de los MacDougall, a quienes el rey de Noruega ha nombrado rey de las islas».

«¿Ayuda para atacar a los MacDougall?»

Alejandro resopló. La simpatía que sentía por el rey no significaba que la búsqueda actual del hombre le pareciera sana... o fácil.

Pasó la punta del dedo por el pergamino y trazó una línea imaginaria desde el castillo MacLean en Lochaline hasta la fortaleza de los MacDougall en Dunstaffnage. La distancia no era grande, pero las dificultades de lo que proponía el rey Alejandro iban mucho más allá de las habilidades de un simple constructor naval.

—¡Edan!

Alejandro sabía que su capitán estaría cerca si no estaba entrenando con los soldados. En los últimos meses -desde la muerte de su esposa- Alejandro había dejado gran parte de la dirección del clan en manos de Edan, prefiriendo pasar el tiempo a bordo de uno de sus barcos. El viaje de ida y vuelta a Iberia había durado casi un año, y la misiva del rey Alejandro había llegado pocos días después de su regreso a Morvern. Tuvo suerte de evitar a los piratas en la costa de Marruecos y verse atrapado en la última contienda del rey contra Noruega. Enseguida, se levantó de la silla y caminó desde su solar hasta el gran salón. Al ver a Edan sentado solo en una mesa, cruzó hasta llegar al largo banco.

—Leed esto. —Arrojó el pergamino a la mesa e inclinó el cuerpo para sentarse a horcajadas en el banco—. Decidme lo que pensáis.

Edan se limpió la boca y los dedos en un cuadrado de lino y tragó el bocado que acababa de dar. Observó el elaborado sello de la parte superior del pergamino.

—¿Una misiva del rey? Y sólo habéis estado en casa estos últimos días. Trabajáis rápido, Alejandro MacLean. ¿Estáis en problemas? —Sonrió.

—Depende de lo que llaméis problemas. Si os referís a los planes del rey de asediar Dunstaffnage y acabar con el dominio nórdico sobre las islas y el oeste de Escocia, entonces, sí.

Tenía la impresión de que el rey Alejandro estaba negociando con el rey Haakon la posesión de las islas.

—Su Majestad ha intentado durante los últimos cinco años rescatar las islas y los territorios occidentales de Noruega, pero el rey Haakon parece más interesado en ampliar sus fronteras que en vender a Escocia. El rey Alejandro rompió recientemente los lazos con Noruega, y se rumorea que se moverá pronto para ganar la tierra por la fuerza. No sé si ha comandado invasiones de las islas o simplemente ha hecho la vista gorda, pero las incursiones han aumentado últimamente. A menudo con severas represalias por parte de aquellos que no se someten al dominio de Escocia. —Edan levantó la vista bruscamente.

—Contadme —le invitó Alejandro—. He estado en el extranjero.

Apartando su plato, Edan aceptó un trago de cerveza antes de responder a la pregunta de Alejandro.

—El rey Alejandro desea una Escocia unificada. Y recordaréis que el rey Haakon atacó la costa escocesa no hace muchos años. Su hombre, Ewan de Argyll, del castillo de Dunstaffnage, se autoproclama ahora rey de las islas y se niega a abandonar sus lazos con Noruega. —Dio un largo sorbo a su taza y la dejó sobre la mesa. Se encorvó hacia delante, apoyó los antebrazos en las rodillas y juntó las puntas de los dedos.

—El rey está reuniendo un ejército y una armada. Ya conocéis su reputación contra los rebeldes. —Su mirada se cruzó con la de Alejandro y el corazón de este se estremeció al pensar en las implicaciones de la situación. El rey Alejandro, a pesar de todo lo bueno que había conseguido para Escocia, era conocido por su brutalidad cuando se le enfadaba.

—Dios mío. Quiere limpiar las islas de los nórdicos de una forma u otra.

—Sí. Cambiar su lealtad o enterrarlos. De una forma u otra pronto será suelo escocés a este paso. Hemos aceptado a unos cuantos, refugiados aquí, aunque me las he arreglado para mantenerlo en secreto.

—¿Aceptar refugiados nórdicos en una casa que ha jurado lealtad al rey escocés? — Alejandro enarcó las cejas.

—Bien. Me alegro de que lo hicierais. ¿Se han adaptado al clan? —Sonrió para disimular el dolor que le producían las palabras de Edan. El destino de los inocentes cuyo único delito era no estar del lado de los victoriosos le había atormentado la mayor parte de su vida adulta.

—En su mayor parte. Aunque si veis a una muchacha con cabello rubio de vikinga atendiendo las mesas, no deberíais comentarlo. —Edan se encogió de hombros y se recostó en su silla.

—Confieso que he estado demasiado preocupado con los detalles de mi viaje como para fijarme en las sirvientas.

—Y estáis muy ocupados con vuestra pequeña. Está claro que ella también disfrutó del viaje.

—Encantó a todo el mundo desde Ayr hasta Barcelona. Su nodriza ya no sabe qué idioma habla. —Alejandro se rio.

—Me alegro de que me haya acompañado. No sabía que una niña pudiera ser tan buena compañera -o un consuelo- a la temprana edad de cinco años. Y ahora, un año después, es toda una experta. —Se enterneció.

—Admito que me sorprendió cuando anunciasteis que ella viajaría con vos. No estoy seguro de haber aceptado semejante tarea.

—No podía soportar dejarla tan pronto después de la muerte de su madre. —La culpa persistente volvió a atravesar a Alejandro. Se revolvió en el asiento contra aquel sentimiento

inoportuno.

—Me alegro de que le haya levantado el ánimo. —La ceja levantada de Edan indicaba que había notado la incomodidad de Alejandro, pero no insistió en el tema.

—¿Qué haréis con la petición del rey? —Señaló con la cabeza la misiva que yacía sobre la mesa entre ellos.

—No puedo hacer otra cosa que considerarlo una orden. Ordenaré el acondicionamiento de uno de nuestros barcos mercantes para albergar soldados, con alojamiento para el rey, si desea acompañarme, y me pondré a su disposición.

—Alejandro suspiró, con el peso de la responsabilidad cayendo sobre sus hombros y arqueó una ceja—. Y rezaré por la liberación divina.

CAPÍTULO 4

Isla de Mull

El corazón de Hanna latía dolorosamente en su pecho, con un fuerte sonido en sus oídos. El dolor en el brazo le produjo náuseas y tragó saliva. Se detuvo a trompicones y se agazapó a la sombra de una gran roca, respirando hondo mientras se esforzaba por controlar el dolor. Pasaron varios minutos antes de que fuera consciente del suave piar de las aves terrestres y del ocasional chillido de una gaviota. Las olas golpeaban la orilla bajo el acantilado y la luz del sol centelleaba en el agua. Había llegado a la entrada oculta de la ruta de escape desde debajo de la casa comunal poco después del amanecer, teniendo cuidado de que no la siguieran. Pero no encontró a nadie cerca, ni siquiera indicios de que la roca que ocultaba la abertura se hubiera movido. Con su última esperanza desvanecida, Hanna se desplomó y sus lágrimas de angustia cayeron al suelo rocoso bajo ella. Todos los músculos de su cuerpo le dolían como si hubiera envejecido años. La cabeza le palpitaba de dolor y desesperación. Rodó lentamente hasta sentarse y se apoyó en la roca, con las rodillas pegadas a la barbilla, luchando contra el deseo de acurrucarse y dejar de existir. Su corazón estaba atado a aquel lugar, pero su cabeza, que no estaba dispuesta a rendirse, le advirtió de que los hombres la buscarían sin piedad y que la isla no la escondería para siempre.

Las últimas palabras que Frida le dirigió surgieron en su mente.

«Vengadnos».

Levantándose rígida del suelo, Hanna recorrió a regañadientes el sendero que descendía por los acantilados, sujetándose con fuerza el brazo para aliviar el dolor. Poco después llegó a la estrecha franja de agua que separaba la isla del continente escocés. El olor a humo y carbón se pegaba a su ropa y le manchaba el interior de la nariz. Pero sólo la tenue mancha que quedaba tras ella en un cielo por lo demás brillante atestiguaba el horror del que había huido. Había llegado el momento de tomar una decisión. No podía permanecer en la isla.

«¿MacLean o MacDougall? MacLean está más cerca. Mucho más cerca. MacDougall proporcionaría refugio ya que tiene lazos con el rey de Noruega».

Los gritos de las mujeres derrotadas resonaban en su cabeza. Reafirmó su determinación.

«MacLean es poderoso, y está del lado del rey de Escocia. No buscaré la comodidad del salón de MacDougall, sino el frío olvido que me espera después de vengar la muerte de mi familia».

Después de revisar el áspero vendaje que llevaba en el brazo, se levantó y miró a lo largo de la costa en busca de una embarcación que la llevara al otro lado del estrecho. Con buen tiempo, incluso un pequeño bote sería suficiente. Podía ver fácilmente la costa lejana y el viaje no duraría mucho si juzgaba bien la corriente.

«No sospecharán que huyo hacia MacLean».

Hanna miró por encima del hombro, pero no vio ninguna partida de asaltantes buscándola. Seguidamente, recogió sus faldas y se acercó a la orilla de la playa, atraída por una mancha gris desgastada entre los tonos más oscuros de las rocas.

¡Un barco! Pronto sabría si la llevaría al otro lado del estrecho o no. Y el lord escocés pronto descubriría lo que significaba ponerse del lado de un rey que masacraba inocentes.

* * *

Castillo MacLean

Un promontorio sobre Lochaline y el estrecho de Mull

Las murallas del castillo MacLean se alzaban imponentes sobre la cala. Hanna se detuvo y observó las puertas abiertas y los guardias en las torres y en la elevada almena. La estructura podría haber contenido fácilmente su casa comunal -y tal vez la mayor parte de su aldea-, pues sus proporciones eran mucho mayores que las de cualquier cosa que hubiera visto antes. Por un momento, no supo si había elegido bien. Se decía que los muros de la fortaleza de los MacDougall eran sólidos e inexpugnables, un refugio admirable. Respiró hondo mientras el rostro de Frida rondaba su mente.

La alianza de los MacDougall podía ser con el rey Haakon, pero su venganza estaba con los escoceses. El humo se acercaba a ella, el aroma de la cocina le recordaba que la comida no había sido una prioridad en su huida a través de Mull. Ignoró el gruñido de su estómago y se dirigió a la aldea, acompasando su paso al de la gente que la rodeaba, engendrando poco más que miradas fugazmente curiosas mientras hombres y mujeres se apresuraban a realizar sus tareas. Ahora que había completado la primera parte de su objetivo, buscaría un curandero y el refugio que pudiera y empezaría a formar un plan de venganza.

Hanna se despertó antes de que saliera el sol, rígida y dolorida por el incómodo lugar que había elegido para descansar. Había entregado su mejor daga al curandero que le había limpiado y cosido la herida. Destrozada, sin fuerzas por el cansancio y en un lugar extraño, Hanna había decidido que el rincón más oscuro entre dos tiendas cercanas al muelle sería el lugar más seguro para descansar. Había observado a la gente desde su escondite hasta caer rendida por el estupor: marineros que se quedaban en la taberna hasta que se cerraban las puertas, sirvientas que esquivaban las insinuaciones de los borrachos y mujeres que agradecían la oportunidad de ganar una moneda. Al final, el cansancio la venció y se durmió, casi ajena a los ruidos que la rodeaban.

De repente, un grito sobresaltado captó la atención de Hanna. Levantó la cabeza con cuidado y miró más allá de los barriles apilados que le impedían ver. Una muchacha que apenas llegaba a la adolescencia -a Hanna le recordaba mucho a su hija- corría a pocos metros de distancia, con el rostro asustado iluminado por un rayo de sol errante que se abría paso en el desordenado callejón. Por la longitud de las sombras, Hanna se sobresaltó al comprobar que la mañana estaba muy avanzada. Enseguida, tres hombres se asomaron a ambos lados de la muchacha, y el rayo de sol iluminó unas miradas lascivas y borrachas que se inclinaban precariamente sobre unos rostros cosidos y curtidos por la intemperie.

—Dadnos una muestra, muchacha —dijo uno—. Ya no estoy tan borracho.

—Todas las bonitas habían sido tomadas para cuando nos despertamos —se quejó otro—. Mi miembro no funciona tan bien después de tres jarras, de todos modos.

—¡Seis! —se jactó un tercero—. La mía necesita seis antes de rendirse. Anoche estaba flácida como un trozo de tela mojada. —Hizo un gesto grosero con una mano—. ¡Pero ya estoy listo!

La joven sacudió la cabeza violentamente, haciendo que su cabello rubio pálido brillara a la luz. El corazón de Hanna se apretó. Una daga se deslizó desde su funda bajo la manga hasta su mano. Apretó los dedos en la gastada empuñadura, esforzándose por oír las siguientes palabras.

—No soy [una puta](#). —La muchacha gimoteó, su intento de bravuconería fracasó cuando los hombres se acercaron.

—Pero sois nórdica, ¿verdad?

El primer hombre la miró con avidez y levantó una mano para tocar su brillante cabello. Luego se llevó un mechón a la nariz e inhaló profundamente.

—El olor de una refugiada. Vuestros hombres están todos muertos, no tenéis hogar. Abrid vuestras bonitas piernas y deja que un hombre de verdad os muestre lo que os perdéis. Un poco de desgaste por un poco de dinero no es una verdadera dificultad.

La furia se apoderó de Hanna. Ignorando la protesta de su brazo vendado, saltó de su escondite, haciendo que los barriles vacíos cayeran con estrépito sobre el camino empedrado. Los tres hombres levantaron la vista, frunciendo el ceño ante la interrupción. Por su parte, la muchacha retrocedió horrorizada, con las mejillas bañadas en lágrimas. Las imágenes de Signy brillaron ante los ojos de Hanna, encendiendo su rabia por no haber podido salvar a su hija.

—¡Soltadla!

—Iros, vieja bruja —gruñó uno—. No nos interesáis.

—Liberad a la muchacha y viviréis. —Hanna forzó las palabras con las mandíbulas apretadas por la ira.

Dos de los hombres soltaron una carcajada y el tercero miró la espada que llevaba en la mano.

—Tiene una daga. —Su voz instaba a la cautela.

—No es más que una mujer. ¡Así es como se las trata! —El líder le dirigió una mirada de fastidio. Sujetó a la muchacha y tiró de ella contra sí, rasgando el escote de su vestido y ahogando su grito con la boca. En dos rápidos pasos, Hanna estaba detrás de él, con la daga clavada en la parte baja de la espalda. La empuñó hacia arriba y le cortó el gran vaso sanguíneo del riñón.

El hombre se puso rígido. Echó la cabeza hacia atrás y un grito de dolor salió de su garganta. En un movimiento fluido, Hanna apartó a la muchacha, tomó al hombre por la barbilla y le apretó la cabeza contra el hombro. Con un movimiento ágil, arrastró la espada por la tensa piel del cuello, cortando profundamente. Después sostuvo su cuerpo un instante más, mientras su vida se derramaba, antes de dejarle caer al suelo. Sin que ninguno de los otros dos hombres pudiera responder, se giró con las manos separadas en señal de anticipación.

—¿Quién es el siguiente?

CAPÍTULO 5

Alejandro terminó de discutir con el maestro de obras la adaptación de la Marsopa a las necesidades del rey. Se echó el extremo del tartán al hombro y abandonó el camarote, con un fuerte deseo de quedarse y salir de nuevo a alta mar. Pero habría días en los que el rey requeriría su presencia. Su responsabilidad para con la corona debía entrar en primer lugar.

El rocío del mar acarició su rostro mientras cruzaba la cubierta del barco, adhiriéndose a la lana de su tartán como pequeños diamantes brillantes. La luz del sol calentaba el aire, desnudando la madera bajo sus pies. El camino hasta el castillo no era largo, pero tres soldados le acompañaron para protegerle. Juntos se dirigieron a la aldea, acercando las responsabilidades a Alejandro a cada paso. De pronto, el grito de una mujer rasgó el aire y Alejandro se llevó la mano a la empuñadura de su espada.

Uno de sus soldados señaló un callejón entre la tonelería y una pequeña taberna de mala reputación.

—Allí, lord.

Alejandro se adentró en el pasadizo, mientras sus soldados se desplegaban tras él para impedir que cayera en una trampa. Para su sorpresa, una mujer se enfrentó a él, surgiendo de la carnicería a sus pies como una valquiria iracunda. La sangre salpicaba una manga de su vestido y se extendía por su falda. Llevaba el cabello revuelto alrededor de la cara, con mechones dorados que la brisa levantaba en torno a la cabeza. Su edad era incierta, pero en su rostro brillaban unos penetrantes ojos verdes. Sus manos se agitaban suavemente ante ella como si buscaran su próximo objetivo, una espada larga y delgada que parpadeaba débilmente bajo la luz moteada. El hombre a sus pies no parecía dispuesto a levantarse, con la cabeza inclinada en un ángulo que denotaba muerte, y la sangre de su cuello empapando abundantemente la tela de su mugriento tartán. Enseguida, otros dos hombres entraron en acción de repente y se acercaron a Alejandro agitando las manos, gritando cada uno para que se les oyera por encima de los demás. Alejandro y sus soldados soltaron las espadas y les advirtieron que retrocedieran. Los hombres guardaron silencio y se mantuvieron a distancia, lanzando miradas ansiosas entre él y la mujer, que se negaba a cambiar de postura.

El cálido aroma de la sangre fresca invadió la nariz de Alejandro. Una muchacha de unos catorce años estaba acurrucada contra la pared de la taberna, a punto de saltar. El terror brillaba en sus ojos desorbitados y una mano sujetaba un puñado de tela desgarrada en el cuello de su vestido. Alejandro sintió un latido sordo en la cabeza, que crecía con la implacabilidad del martillo de una herrería mientras era catapultado al pasado, a un recuerdo que casi había olvidado.

El calor del sol del desierto le abrasaba la cara y le golpeaba los hombros. El caballo que tenía debajo se agitaba inquieto, el hedor a sangre y carbón pesaba en el aire.

Un improperio salió de los labios de Bohemundo. Felipe y Alejandro intercambiaron miradas de sorpresa.

—Malditos sean... —interrumpió el príncipe, obviamente incapaz de encontrar palabras para expresar su ira.

—Llegamos demasiado tarde —suspiró Felipe, con amargura en la voz. Sus manos sujetaban las riendas, con los nudillos blancos.

La bilis subió a la garganta de Alejandro cuando desmontaron de los inquietos caballos y atravesaron con los soldados del príncipe la pequeña aldea. Hombres y mujeres yacían sin vida en el polvo, atravesados por lanzas, hendidos por espadas y hachas. La tierra empapada de sangre se pegaba a las botas de Alejandro mientras caminaba, incapaz de encontrar un lugar limpio donde apoyar los pies.

Un gemido atrajo su atención hacia una forma casi desnuda que se desplomaba contra los restos de un muro calcinado. Al acercarse, vio que el cuerpo se retorció, con los dedos ennegrecidos por la sangre seca. Unos ojos vidriosos le miraron fijamente y, con un sobresalto que casi le revolvió el estómago, se dio cuenta de que la niña -que probablemente no tendría más de diez o doce años, a juzgar por los pequeños pechos y la falta de cabello- había sido maltratada. Sus labios se movieron sin hacer ruido y él se arrodilló a su lado, tocándole suavemente el costado de la cara con las yemas de los dedos. La muchacha cerró los ojos y volvió la cara hacia su suave caricia, como si buscara consuelo. Se le rompió el corazón y estrechó a la niña entre sus brazos, meciéndola suavemente mientras exhalaba su último suspiro.

La joven del callejón jadeó y se metió el puño en la boca para evitar un nuevo arrebato. En medio de una neblina roja, Alejandro luchó por traer su mente de vuelta al presente.

—¿Qué ha pasado?

—¡Ella lo mató! La maldita puta nórdica le ha matado. —Uno de los hombres señaló a la valquiria.

—¡Y él es escocés! ¡La pena es la muerte! —El otro asintió enérgicamente.

Alejandro se obligó a relajarse, forzó la tensión de sus hombros. Entonces, apuntó la punta de su espada hacia la joven que se aferraba a la mujer mayor.

—¿Qué os han hecho estos hombres?

La muchacha retrocedió, sacudiendo la cabeza.

—Me diréis lo que ha pasado. Ahora mismo.

La valquiria murmuró algo a la muchacha, demasiado bajo para que él pudiera captar las palabras. La muchacha volvió a negar con la cabeza.

—Está asustada —respondió la mujer.

—No quiero que me lo contéis. Estoy esperando a que hable. —La punta de la espada de Alejandro giró hacia ella. Despidió a la mujer, con la paciencia agotada.

—Mi señor... —La muchacha vaciló y volvió a agacharse detrás de la mujer.

—¡Hablad!

Los dos malhechores arrastraron los pies, más que dispuestos a expresar sus acusaciones una vez más. Los soldados de Alejandro avanzaron. La muchacha rompió en llanto.

—No toleraré este abuso de una niña inocente. —La valquiria rodeó con un brazo la cintura de la muchacha.

—Yo tampoco. Pero su relato es crucial. —Alejandro la miró, atónito.

—Mi señor, él me acosó. Yo . . . No lo deseaba. —Los sollozos de la muchacha cesaron y señaló al hombre a sus pies.

—¿Qué hizo? —Alejandro suavizó la voz.

—Me agarró y me empujó contra él —tragó saliva, se mordió el labio, y la ira encendió una tenue llama en sus ojos—, y me besó.

—Veo vuestro vestido. No ha sido un beso. Fue un abuso. —Alejandro asintió. Poco después, levantó la barbilla hacia la mujer de más edad—. Y ella le atacó en vuestro nombre.

No era una pregunta, sino un empujón para que terminara su relato. La joven miró a la

valquiria con admiración.

—Ella le advirtió primero.

—¿Fue así? —Alejandro miró a los amigos del muerto.

Los dos hombres arrastraron los pies, con la mirada perdida, incapaces de jurar la inocencia de su amigo. Uno lanzó una mirada fulminante a Alejandro.

—La mujer es nórdica. No tiene derecho a matar a un escocés. ¡Es nuestro derecho exigir justicia! Llévenla ante el barón.

—Recibiréis justicia. Yo soy el barón. —Alejandro lo miró con frialdad.

—Llevadlos a la mazmorra. No toleraré ningún abuso de mujeres o niños aquí. Colgadlos mañana. —Señaló a los malhechores.

* * *

Hanna temblaba de frío al darse cuenta de que probablemente había sellado su destino. Como nórdica en una aldea controlada por un señor escocés, su acción -aunque justificada en su mente- merecía la muerte. Su corazón latía con fuerza y la bilis se le subió a la garganta. No lamentaba haber matado a la escoria que tenía a sus pies. Sólo que había sido necesario.

—Llevadlos a las mazmorras —ordenó lord MacLean con un movimiento del brazo.

Para sorpresa de Hanna, su gesto incluía a los dos hombres de mala reputación, no a ella ni a la muchacha cuya vida había salvado. Dirigió su mirada hacia el imponente hombre, sobresaltada por el calor abrasador del escrutinio del lord, reconociendo una repugnancia profunda en él, aunque no sabía si de una nórdica que había matado a uno de los suyos o de hombres que se aprovechaban de inocentes.

Los dos hombres protestaron en voz alta, incrédulos *por* parecer culpables, cuando estaba claro que la *nórdica* había matado a un escocés, mientras que ellos sólo habían buscado un momento del tiempo de la muchacha.

La joven deslizó su mano fría por el pliegue del codo de Hanna. Sin prestar atención al ensangrentado vestido de Hanna y al cadáver a sus pies, la muchacha se acercó, con el cuerpo tembloroso. Hanna tocó la cabeza de la muchacha con la mejilla, reconociendo su presencia y su necesidad de consuelo. Cautelosa como una loba dispuesta a luchar por su cachorro, sus ojos no se apartaron del barón.

La mirada del barón, severa e inflexible, acalló las palabras y acusaciones de los malhechores. Enfundando la espada, esperó a que dos de sus soldados se llevaran a los hombres y se volvió hacia Hanna.

—¿Estáis herida? —La voz de Alejandro la envolvió en silencio, la ira mordaz se suavizó y se convirtió en una amable pregunta. Una pequeña parte de ella respondió a su aparente preocupación, pero retrocedió como si la hubieran abofeteado. Era un escocés, su enemigo. Sólo deseaba atraparla. Ella no confiaría en él.

Hanna miró a su alrededor, sin encontrar escapatoria. Sus miradas se cruzaron, cada una luchando por la ventaja. Hanna se negaba a acobardarse, el miedo la mantenía rígida, el corazón le latía a un ritmo imposible, dispuesta a huir. Flexionó la mano, ajustando la empuñadura de su daga. No cedería ante el escocés.

Lord MacLean soltó un largo y profundo suspiro e inclinó la cabeza, dándole la victoria. Mientras tanto, Hanna se preparaba para su siguiente movimiento. Finalmente, Alejandro levantó una mano y torció un dedo.

—Venid conmigo.

CAPÍTULO 6

Inmovilizada como un halcón abatido ante la mirada de un lobo hambriento, la mujer lo observó con ojos cautelosos. Alejandro le dio la oportunidad de calmarse, giró sobre sus talones y se alejó unos pasos. Al cabo de un momento, oyó el susurro del acero sobre el cuero cuando ella guardó la espada. La miró de frente y observó el destello de sus ojos verdes y la autoritaria inclinación de su barbilla. Alejandro ocultó una sonrisa, sin saber por qué le atraía su actitud desafiante. En cuanto a la mujer, apoyó firmemente las manos en los delgados hombros de la niña.

—No le haréis daño a esta niña.

—Ambas estáis bajo la protección de los MacLean. Estaréis a salvo.

Ninguna de las mujeres respondió, sus modales guardados.

—¿Acabáis de llegar? —Alejandro inclinó la cabeza.

Las dos mujeres intercambiaron miradas. La más joven asintió vacilante.

—Necesitaréis un lugar donde dormir y trabajo para alimentaros. Siempre se necesita ayuda en la cocina. Venid conmigo y os presentaré a Jean. —Alejandro llegó a una conclusión y asintió con la cabeza. Luego miró el vendaje de su brazo—. Ella se encargará de curar vuestras heridas.

La comunicación silenciosa fluyó entre la mujer y la niña en el apretón apenas perceptible de los dedos manchados de sangre de la mujer sobre los delgados hombros y el leve asentimiento de respuesta de la niña. Alejandro hizo un gesto al guardia que le quedaba y salió del callejón mientras el zumbido de ira desaparecía y era sustituido por el disgusto.

«¡Mierda! ¿En qué estaba pensando el rey Alejandro, dando rienda suelta a los hombres en la conquista de las islas?»

Alejandro echó un vistazo por encima del hombro, complacido de ver a las dos nórdicas que lo seguían. La muchacha estaba pálida, todavía asustada por el encuentro y la forma en que la habían salvado. Parecía apenas lo bastante mayor para tener una hija de esa edad, pero él no era un experto en adivinar la edad de las mujeres.

La multitud se separó cuando él condujo a la pequeña comitiva a través de las puertas del castillo. Las botas se deslizaban sobre la almena de piedra y Alejandro vislumbró rostros curiosos, guardias atentos al regreso de su lord.

Alejandro convocó a un muchacho con un movimiento de la barbilla.

—Buscad a Jean. Decidle que la necesito.

—Sí, lord. —El muchacho cruzó el patio hacia el salón.

—Bienvenidas al castillo MacLean. Descansaremos y beberemos algo en mi solar. —Alejandro se volvió hacia las mujeres que le seguían.

La mujer mayor se detuvo, con los ojos abiertos de par en par, las fosas nasales encendidas como si oliera el peligro.

—Os he prometido seguridad, y la tendréis. Aunque sois una guerrera formidable, no tendré que recurrir a subterfugios para capturaros y arrojaros a las mazmorras. Ese no es ni mi deseo ni mi intención. —Comprendió su recelo y trató de tranquilizarla.

—No me fío de un hombre leal al rey de Escocia. —La mujer levantó la barbilla en señal de desafío.

—Confiad en vuestro instinto. Mi palabra es mi compromiso.

Con una mirada a la joven a su lado, la mujer pareció deliberar sobre sus palabras antes de soltar por fin un pequeño suspiro.

—Acepto en su nombre.

—Le pediré a Jean agua y tal vez un vestido limpio para las dos.

—No pido caridad. El agua será suficiente —contestó la mujer con rudeza.

—No pretendía insultaros, ni ofreceros ayuda más allá de vuestra comodidad inmediata. —Alejandro se estremeció, ligeramente irritado por la actitud punzante de la mujer. Atravesó las grandes puertas y condujo a la pareja más allá de los sirvientes, que hacían una pausa en sus tareas para mirar abiertamente. Abrió la puerta de su solar y condujo a las mujeres al interior. Se asomó al salón e indicó a una sirvienta que se acercara y la envió a buscar vestidos adecuados para sus invitadas.

Un muchacho con los ojos muy abiertos, dejando de lado a la valquiria, puso dos cubos de agua cerca de la chimenea y huyó de la habitación. Alejandro indicó a las mujeres que utilizaran el agua y la muchacha vertió un chorro sobre las manos de la anciana mientras las limpiaba. Para no cometer el error de acercarse a la mayor, Alejandro ofreció un grueso trozo de lino a la muchacha, con el que se secó.

Jean entró a toda prisa, secándose las manos en el delantal, con la cara sonrojada por las prisas o tal vez por su trabajo en la cocina. Se detuvo y observó a las dos mujeres con una ceja levantada.

—Encontré a esta pareja acosada por tres hombres en el muelle. —Alejandro señaló a sus invitados.

—Creo *que* uno de ellos no estuvo de acuerdo con su oferta. —Jean resopló y se dirigió a su silla tras el enorme escritorio. Poco después, miró a la mujer mayor con escepticismo. La barbilla de esta última se levantó un poco, y su rostro se llenó de ira. Los ojos de Jean se abrieron de par en par, poco acostumbrada a cualquier muestra de falta de respeto.

—Fue poco honorable. —Los labios de Alejandro se movieron hacia abajo en señal de desagrado, más por el acto en el que había sorprendido a los hombres que por la descortesía de la asediada mujer. Ya tendría tiempo de recuperarse—. Los dos hombres que aún viven residen en la mazmorra, esperan la horca por sus ofensas. —El barón se sentó, apoyándose en el cómodo armazón de cuero de la silla.

—¿Y cuál será *su* destino? —Jean inclinó la cabeza hacia las mujeres.

—Depende de ellos, pero tienen mi voto de protección y les ofrecí trabajo aquí, dependiendo de vuestra aprobación.

—¿Cuál es vuestro nombre, muchacha? Aquí sois bienvenida. —El rostro de Jean se ablandó, dejando al descubierto su tierno corazón, demasiado a menudo oculto bajo sus modales bulliciosos y llenos de sentido común.

—Mi nombre es Aadny —susurró. Las mujeres intercambiaron miradas y la más joven, de nuevo aferrada al brazo de la otra, se aventuró a responder. Entonces dirigió una mirada de adoración a la mujer mayor que tenía a su lado.

—Yo soy Hanna, de la aldea de Hällstein, en la isla de Mull. La aldea y mi familia fueron destruidos, gracias a vuestro rey escocés. —Levantó la barbilla.

—*Jeg er lei meg* —le ofreció, aunque no sabía cómo una simple disculpa compensaría lo que ella había sufrido. Por su parte, la voz de la mujer, áspera por la ira y la pena, no disimulaba su acento nórdico, que Alejandro conocía bien.

Ambas se sobresaltaron.

—Hablo algo de nórdico. Mi negocio exige dominio de idiomas. —Alejandro se encogió de

hombros.

—Para las damas, lord. —Una sirvienta apareció en la puerta. Con un movimiento de cabeza, levantó un puñado de robusta lana marrón.

Hanna y Aadny la miraron de reojo.

—Os tendré en una bañera y con ropa limpia enseguida. —Jean cogió los vestidos. Con mano firme y maternal, acercó a Aadny a su lado.

—Que el curandero le eche un vistazo al brazo de Hanna, por favor. Preferiría no encontrármela en la cama con fiebre dentro de un día o dos. —Alejandro levantó una mano.

—Dejádmelo a mí, lord. Haré que el curandero la atienda. Estoy segura de que tengo alojamiento y trabajo para las dos. —Jean asintió enérgicamente con la cabeza. Con un movimiento de sus faldas, acompañó a las mujeres fuera de la habitación. Cuando la puerta se cerró tras ellas, Alejandro se volvió hacia el desorden de su escritorio, deseoso de dejarlo atrás y seguir a las mujeres, ansioso por ver que Hanna estuviera bien atendida. Con un gesto irónico de la cabeza, desechó el impulso, pues no tenía necesidad de enredarse con uno de los muchos refugiados que llegaban a diario al castillo MacLean. Sin embargo, el peculiar deseo que había sentido la primera vez que la vio, con la daga chorreando sangre, la cara pálida y el cabello moteado con la oscura salpicadura -una feroz valquiria defendiendo el honor de una joven muchacha-, volvió a estremecer su pecho y le oprimió con fuerza las entrañas. Aunque se le presentaban casi a diario muchachas aceptables, si decidía tomar otra esposa, había encontrado a la única mujer que ningún anciano del clan MacLean aprobaría.

Así pues, Alejandro suspiró. Jean se preocuparía por la mujer. Tal vez fuera mejor que descartara de su mente a la valquiria de cabellos dorados y ojos heridos.

CAPÍTULO 7

Hanna ignoró la charla de Jean mientras se sumergía en la bañera de madera. El agua podría haber estado tan fría como el estrecho de Mull por toda la atención que prestaba a esos pequeños detalles. Le molestaba aceptar la hospitalidad del lord MacLean y no confiaba en sus motivos ni en los de la gente que la rodeaba. Eran escoceses, salvajes e incivilizados: enemigos de los nórdicos.

Enseguida, unas manos le recogieron suavemente el cabello y ella apretó los dientes para no mostrar su repugnancia. El agua le corría por la cabeza y los dedos le masajeaban el cabello y el cuero cabelludo con jabón perfumado aromatizado con romero. El estómago de Hanna se contrajo ante la amabilidad ofrecida y se aferró a los bordes de la bañera, utilizando el dolor sordo para evitar que su destrozado corazón la traicionara.

—Necesito una muchacha que me ayude con los niños. Aadny me vendrá bien. —
Jean chasqueó la lengua—. Freya os ayudará a terminar el baño y os enseñará la casa. Si necesitáis algo más, enviad a alguien a buscarme. —Hizo un gesto a Hanna.

Con un susurro de faldas y las llaves del castillo tintineando en su cintura, Jean salió a toda prisa de la habitación, con Aadny como una sombra silenciosa pisándole los talones. La puerta se cerró y se hizo el silencio. El agua escurrió el jabón del cabello de Hanna, que se inclinó hacia delante, cogió un trozo de tela de la mesa y lo enjabonó con más jabón perfumado. Frotando enérgicamente, borró las huellas de los dos últimos días.

Tras un último enjuague, la otra mujer extendió el cabello de Hanna sobre sus hombros para que empezara a secarse y se puso en pie, secándose las manos en el delantal.

—Vuestro nombre no es escocés. —Hanna miró a Freya.

La otra mujer, con el cabello de un dorado ligeramente más oscuro que el de Hanna, asintió y levantó los ojos preocupados para encontrarse con su mirada.

—Yo también soy una refugiada. Llegué aquí hace poco más de un año. Aquí encontraréis seguridad, y aceptación.

—¿Aceptación? —Hanna retrocedió, horrorizada. No podía imaginar un lugar entre los escoceses donde ella, una nórdica, fuera aceptada. Su pasado era demasiado tormentoso, los recientes ataques a los pueblos nórdicos demasiado sangrientos.

—El lord es un hombre justo, el trabajo no es oneroso. Después de un tiempo, descubriréis que la gente de aquí es amable. Es mejor que olvidéis vuestro pasado. Haced una nueva vida. — Los labios de Freya se afinaron.

—No lo habéis olvidado. —Las palabras de Hanna no cuestionaban lo que ella sabía que era la verdad.

—Os ayudaré a vestiros y os mostraré vuestros deberes. Mi vida como nórdica ha terminado. He hecho las paces conmigo misma. Ahora haríais bien en consideraros escocesa. — Freya meneó la cabeza.

La sangre de Hanna se encendió en sus venas. Ni por toda la paz de Escocia se consideraría escocesa. Era nórdica, y el clan MacLean pronto se lo recordaría también. Se vistió rápidamente, deslizándose su daga en la manga cuando la atención de Freya se desvió, y luego siguió a la mujer a la cocina. Rápidamente le explicaron sus deberes y se puso a cortar verduras, con los ojos escudriñando la concurrida habitación y los oídos atentos a la aguda charla. De pronto, el

corazón de Hanna estuvo a punto de detenerse al ver a una muchacha casi de la edad de su hija Signy, con las mejillas sonrosadas bajo el resplandor de la enorme chimenea donde atendía el fuego de la cocina. Empujando el feroz anhelo más allá de la pena que obstruía su garganta, Hanna arrastró la mirada hacia las mujeres que tenía más cerca. Sus acciones hablaban de una larga práctica. Sus voces, sin embargo, se alzaron con entusiasmo, y Hanna se dio cuenta de que la cena de esta noche era algo más que una simple reunión.

—Ya es hora de que él se case —declaró una mujer mayor y pechugona a la derecha de Hanna, cuyo pecho se balanceaba mientras sus manos amasaban con firmeza una masa de hojaldre.

—Destruiría las esperanzas de Agnes —bromeó la mujer del otro lado de la mesa de madera mientras le daba un codazo a la que tenía al lado.

—Necesita una mujer con más experiencia para calentar su cama —replicó la que se llamaba Agnes—. Ya tenía suficiente consuelo antes de que muriera su mujer.

—No habléis mal de los muertos —amonestó la primera mujer—. La mujer cumplió con su deber.

—Sí, pero con sólo una pequeña muchacha para demostrarlo. —Agnes chasqueó la lengua y se inclinó hacia su trabajo.

—Nuestra Agnes tiene debilidad por nuestro lord —confió la vecina más cercana de Hanna, con los ojos brillantes—. ¡Una verdadera debilidad!

—No me he acostado con él. —Las mejillas de Agnes se encendieron, claramente sensible a sus sentimientos por el lord MacLean.

—Una de las muchachas aquí esta noche lo hará, recordad mis palabras. Hay un grupo de hermosas doncellas esperando para darle el heredero que necesita, pese a su brillante niña. —La mujer de más edad se quitó la harina de las manos con aire decidido.

—Esta es la razón de nuestro trabajo extra de hoy. El lord MacLean por fin se ha asentado después de sus viajes y los ancianos han hecho venir a la más hermosa de nuestras muchachas para tentarle a que vuelva a casarse. —Le dirigió una mirada a Hanna.

En ese momento, una niña de cabello oscuro, probablemente de no más de cinco o seis veranos, entró en la sala dando saltitos, dirigiéndose a la gran mesa de preparación, con la nariz inclinada hacia arriba, como si estuviera olfateando el aire. Sus ojos danzaban alegremente mientras se acercaba a la anciana.

—Lachina, ¿están listas las empanadas? —Su voz aflautada y juguetona, sus diminutos dedos se arrastraron por la manga de la mujer y golpearon la harina que cubría sus antebrazos.

—Ya sabéis que no, niña. —Lachina se llevó una mano a la cadera, con una amplia sonrisa en la cara.

—Y también sabéis que no os estropearé la cena dándoos una de antemano. Largaos. Necesitáis un buen caldo, no una empanada de más. —Meneó un dedo hacia la muchacha.

Lachina echó bayas en las bolas de masa, dobló la masa una vez y las colocó en una fuente. Miró a la joven y se llevó las empanadas crudas. La muchacha pasó la punta de un dedo por la harina esparcida por la mesa y se volvió hacia las otras mujeres.

Al contemplar el anhelo en los ojos de la muchacha, Hanna se quedó sin aliento. Anchos y oscuros, eran lo opuesto a los de su hija, pero algo en la niña despertó el interés de Hanna. El cabello oscuro se le escapaba de la trenza que llevaba a la espalda, y un hilo deshilachado marcaba el borde de una manga. El dobladillo del vestido le llegaba unos centímetros por encima de las botas, robustas pero manchadas, y Hanna se preguntó si se habría vestido sola aquella mañana.

¿Quizá huérfana? ¿O la hija menor de una familia numerosa, vestida con ropa usada y a la que no se echaba de menos hasta la hora de acostarse, siempre y cuando cumpliera con sus tareas? En contra de su buen juicio, Hanna dejó el cuchillo sobre la tabla de cortar y se limpió las manos en el delantal.

—¿Tenéis la barriga vacía? —Luchó contra el impulso de acercarse demasiado, pero no pudo negar la atracción de la niña desamparada.

—Sí. Y nunca, casi nunca —se corrigió—, consigo una de las mejores empanadas de Cook. —La niña asintió rápidamente.

—¡Intento comer verduras, de verdad que sí! —Envío a Hanna una mirada virtuosa y se avergonzó—. Pero Peigi no siempre está de acuerdo.

Hanna imaginó a una hermana mayor, enfadada por el cuidado de una niña que apenas tenía edad para valerse por sí misma, imponiéndole estrictas restricciones. Se dirigió a la bandeja para enfriar, cerca del horno, donde reposaban las empanadas ya horneadas, y le hizo señas a la niña para que se acercara. Envolvió una empanada con un trozo de lino y se la entregó.

—No os queméis la boca, y aseguraos de coméroslo todo en el plato de la cena. —Acarició la cabeza de la niña, apartándole de la cara mechones de espeso cabello negro.

—Gracias. —La niña asintió e inclinó la cabeza—. Sois nueva aquí, ¿verdad?

Hanna afirmó con la cabeza, con un repentino escalofrío en la piel. No era su intención llamar la atención, pero los ojos brillantes de la niña parecían notarlo.

—Conozco a todo el mundo en la cocina. Soy Gillian. ¿Cómo os llamáis? ¿Queréis ser mi amiga?

—Soy Hanna. Y debo volver a mis obligaciones. No le digáis a nadie lo de la empanada.

—Oh, no lo haré. Peigi no me dejaría comer otra. —Los ojos de la niña bailaron alegremente.

Con una mirada a Hanna y un gesto de la mano, la niña se escabulló entre las mesas y cruzó la puerta de la cocina.

—Su padre estará muy ocupado cuando sea mayor de edad. —Lachina se acercó a Hanna y suspiró—. Que Dios bendiga su alma.

* * *

Alejandro se quedó mirando a las jóvenes que se intercalaban en las mesas con varios miembros de su familia. Algunas sonreían abiertamente, otras lanzaban miradas bajo las pestañas. Todas eran atractivas. Todas eran jóvenes.

—Recordadme de quién ha sido la idea. —Mordió su labio para no fruncir el ceño.

Lo último que necesitaba era un esfuerzo concertado para volver a casarse. Una vez había sido suficiente, que en paz descansara el alma sufrida de Annag. Había pasado largos meses a bordo de barcos y en países extranjeros, probando lo que le ofrecían. No volvería a quedar encadenado por el deber.

—Algunos de los ancianos aún creen que deberíais volver a casaros y tener un heredero. Tenéis mucho donde elegir. —Edan miró a la multitud.

—Son lo bastante jóvenes como para ser mis hijas. No veo por qué no podemos decidirnos por el hijo de Arbela, o incluso por el marido de Gillian cuando sea mayor de edad. —Alejandro resopló con disgusto. Hizo un gesto vago con una mano hacia las mesas abarrotadas—. Esto es ridículo.

—Probad algunas, lord. No tenéis por qué conservarlas. —Edan se levantó y se acercó.

Con una amplia sonrisa, Edan se alejó, dejando a Alejandro en su difícil situación. Para

alivio de MacLean, Gillian cruzó la sala antes de que ninguno de los padres más ambiciosos pudiera acercarse a su mesa, esquivando hábilmente los esfuerzos de su cuidadora por detenerla. Con sus ojos danzantes que reflejaban su sonrisa de triunfo, Gillian se zambulló en el regazo de Alejandro cuando éste apartó la silla de la mesa. Le plantó un sonoro beso en la mejilla y luego se acomodó contra él, observando a la masa de doncellas con toda la sutil confianza de una niña de seis años bien amada.

—Están mirando, padre. —Se metió el pulgar en la boca y movió los hombros más firmemente contra Alejandro. Intentó susurrar alrededor de su dígito escondido, pero sólo consiguió una calidad áspera, con un volumen lo bastante alto como para que se oyera.

—Sí, cariño. Ninguna es tan bonita como vos. —Alejandro ahogó una carcajada. Le acercó la boca a la oreja y su cabello casi negro le hizo cosquillas en la nariz.

—Os están mirando. —Gillian se incorporó de golpe y retiró el pulgar, corrigiéndole con el ceño fruncido.

—Apuesto a que no pueden creer que una muchacha tan bonita tenga un padre tan viejo y *decrépito*.

—No estáis viejo. Sólo tenéis un poco de cabello gris, y la tía Bela tiene muchas más canas que vos. —Su hija suspiró y luego apoyó la mejilla en el pecho de Alejandro, con sus ojos observando la multitud que disminuía ahora que la comida había terminado.

—Imagino que yo encaneceré a medida que vos crezcáis. Y yo que vos, no repetiría lo del cabello de la tía Bela. —Alejandro sonrió al imaginar la respuesta de su hermana a la sincera observación de Gillian. Esperaba con impaciencia los años venideros con su precoz hija. Brillante, alegre y segura de sí misma, le recordaba mucho a su tía Bela, y Alejandro se preguntó cómo había sobrevivido su padre a las ingeniosas habilidades de su hermana cuando era niña.

—Están seguros de que necesitáis una madre y han venido a ver si pueden soportar vivir conmigo. Somos una pareja, ya sabéis. —Empujó el codo de Gillian.

—No necesito una madre. ¿Acaso queréis una esposa? —La cabeza de Gillian se inclinó con interés. Su nariz se arrugó con la pregunta y Alejandro se tragó una carcajada.

—No lo creo. Pero si cambio de opinión, elegiremos una juntos.

—Me cae bien. Ella es cordial. —Gillian se sentó hacia delante, señalando a una mujer que despejaba una de las mesas.

A continuación, Alejandro siguió la mirada de su hija, sobresaltado al descubrir a su valquiria de antes limpiando las gastadas tablas. Era poco probable que hubiera reparado en su aspecto si Gillian no la hubiera señalado. Su cabello, retirado de la cara y enroscado alrededor de la cabeza en una gruesa trenza, brillaba dorado a la luz de las antorchas. Sus movimientos eran concisos, con la gracia de una leona esbelta, y él se encontró deseando haberla visto abatir al rufián del callejón aquella mañana. Los labios del lord esbozaron una media sonrisa.

«Qué maldito pensamiento sobre una mujer a la que apenas conozco y que podría ser juzgada por asesinato, si así lo deseara».

De repente, su mirada se detuvo en la mujer. Recordando su actitud casi salvaje de antes.

«Hanna, ¿verdad?»

Qué diferencia había entre un baño y un cambio de ropa. Su sonrisa se intensificó y surgió un interés puramente masculino.

—¿Por qué no hablamos con vuestra nueva amiga? —Empujó levemente a Gillian desde su regazo y se levantó.

CAPÍTULO 8

Hanna dirigió una mirada hacia la mesa principal, sorprendida al ver a la niña de cabello oscuro que había conocido antes, acurrucada en el regazo del lord. En ese momento, su corazón se sobresaltó. El carácter desenvuelto y seguro de la niña entre el personal de cocina debería haberla alertado, pero se había dejado llevar demasiado por la dulzura de la niña y su aspecto desaliñado como para prestar atención a las señales de advertencia. Ahora, vestida con un elegante vestido de lana fina -sin un solo dobladillo roto o estropeado a la vista-, irradiaba el encanto de la hija de un lord mimado.

Gillian. La hija de MacLean.

Una baja rabia hervía a fuego lento en su vientre. La hija del escocés vivía, mientras Signy yacía bajo una pila de escombros carbonizados. La oscuridad rodeaba su visión mientras reflexionaba sobre el posible cambio en sus planes de venganza. Sería fácil atacar al lord a través de su hija... y qué apropiado que su pérdida se hiciera eco de la de ella. Entonces, las fosas nasales de Hanna se encendieron con desagrado. Cogió un plato de la mesa y golpeó los platos que había recogido sobre la amplia superficie. Sujetando las asas con los nudillos blancos, Hanna se preparó contra las abrumadoras olas de dolor.

«A nadie le importó que mi hija muriera. O mi hijo. Nadie dudó en destruir mi familia, mi vida. Es más, los malditos escoceses disfrutaban con la tarea».

Las lágrimas resbalaron de sus ojos ardientes y parpadeó para aclarar su visión mientras llevaba su carga a la cocina. De pronto, algo tiró de su falda.

—¿Hanna? —Una pequeña voz chirrió.

Hanna se giró. Su plato chocó contra un pecho ancho a escasos centímetros, y los platos se estrellaron contra el suelo. Soltó la bandeja, liberó las manos y la punta de una daga apareció mágicamente de su manga. Su mirada se deslizó de la niña al hombre que tenía delante. Este la sujetó por el antebrazo, inmovilizándola y haciendo ineficaz su amenaza. Sus ojos oscuros se clavaron en los de ella, recordándole que aquel hombre no había triunfado como lord por ser débil.

La tensa línea de su mandíbula reflejaba los músculos tensos de su cuerpo, con el peso ligeramente inclinado hacia delante, preparado para contrarrestar su siguiente movimiento. Forzando su ira, se relajó, apartando la mirada para indicar al menos una rendición parcial. Su agarre se aflojó, aunque ella sabía que llevaría las marcas de sus dedos durante unos días, pero él no la soltó del todo. Su tacto le quemaba la piel. Su medio paso acortó la distancia que quedaba entre ellos, atrapando la amenaza de la daga.

—¿Estáis bien? —Su voz le llegó a los oídos, suave como *whisky* añejo.

—Me dijeron que no tolerabais el maltrato hacia las mujeres. —Hanna lo miró con recelo y su corazón se aceleró.

Con un esfuerzo supremo, mantuvo su tono apenas dentro del rango del lenguaje civilizado. Algo brilló en sus ojos, pero desapareció rápidamente.

—Es comprensible que deseéis protegeros. Y es una suerte que nadie haya visto el brillo del acero entre nosotros. Guardad vuestra daga —gruñó lord MacLean. Hubo un momento de tenso silencio—. Vuestra seguridad está garantizada. Y el problema se arreglará fácilmente.

La daga desapareció en la estrecha funda que llevaba bajo la manga, y la vacilación de

Hanna fue breve y pasó desapercibida. Tenía ganas de clavarle la hoja en el pecho y acabar con su tormento. Unirse a su familia en la otra vida era muy atractivo, y no dudaba de que no duraría mucho a manos de los soldados del lord una vez saciada su sed de venganza. ¿Pero una muerte rápida para el lord comparada con toda una vida de la misma tristeza y pérdida que ella sentía? Necesitaba más tiempo para planear su venganza.

—Recoged lo que se ha deslizado bajo las mesas. No podemos tener a Hanna arrastrándose por donde un niño cabe mejor. —Se enderezó, soltándola mientras señalaba a un muchacho que pasaba—. Me disculpo. Gillian dijo que os conoció antes, y quería preguntaros cómo estabais. No era mi intención asustaros. —Lord MacLean volvió a centrar su atención en la mujer.

—Estoy bien. Volveré a mis obligaciones. —Estaba furiosa por deber su actual hogar y comida a un escocés al que despreciaba, pero ocultó su enfado.

El lord sonrió. Hanna ahuyentó el impulso de devolverle el gesto, negándose a dejar que las ligeras arrugas en las comisuras exteriores de sus ojos influyeran en su opinión sobre él. Era un hombre del rey y, por tanto, estaba alineado con quienes habían destruido a su familia y amigos. Una bonita sonrisa y unos modales amables no podían cambiar la inclinación de su lealtad.

Hanna juró que su sonrisa pronto sería cosa del pasado.

* * *

La mirada de Alejandro siguió la retirada de la nórdica, con los hombros erguidos y la cabeza alta. Suspiró. Demasiada gente -viudas, huérfanos- huía de las islas, buscando refugio de la batalla entre los dos reyes. Unos pocos escaparon justo antes de que el hacha de la muerte los alcanzara, pero la mayoría llegó con la ropa manchada de sangre y el corazón oscuro y vacío. Había algo en Hanna que le atraía. Su dolor era reciente, pero seguía adelante con sus tareas sin vacilar. Se comportaba como una reina, incluso mientras limpiaba las manchas de comida de las mesas llenas de cicatrices. Él la había visto defendiendo a una muchacha indefensa, sabía que era capaz de ser violenta. Sin embargo, Gillian había visto algo más amable en Hanna y le había caído bien. Tal vez había un lado más acogedor en su valquiria.

¿Su valquiria? Su miembro se excitó complacido.

—¿Os gusta, padre? —Gillian interrumpió sus pensamientos.

—Creo que Hanna es una buena mujer. Y su corazón está destrozado. No la tratéis mal, ¿sí? —Hanna desapareció en el salón hacia la cocina y Alejandro, de mala gana, dirigió la mirada hacia su hija.

—Oh, ella me necesita. Quizás vos también. —Gillian desestimó su preocupación.

* * *

Hanna se revolvía inquieta en su jergón del salón. Poco acostumbrada a dormir entre tantos, cada respiración, cada ronquido, cada crujido de paja se combinaban para dispersar la poca paz que había logrado reunir tras su agotador día. Permaneció despierta hasta bien entrada la noche, reflexionando sobre las últimas horas. La misericordia del lord MacLean fue un trago amargo. No sentía ningún remordimiento por haber matado al hombre del muelle que había atraído con arrogancia a una joven. Y la confundió cuando condenó a muerte a los otros dos, impartiendo justicia imparcial donde otros la habrían condenado. Quería dar un escarmiento al escocés. Herirlo como ella había sido herida. Obligarle a comprender la profundidad de su dolor, una pérdida tan profunda que sólo su propia muerte podría reparar. Una voccecita que no deseaba oír le susurró que el lord MacLean era un hombre misericordioso y que hacerle daño no era

honorable.

Hanna cerró los ojos. Tiró de la fina manta sobre sus hombros y cayó en un sueño agitado.

CAPÍTULO 9

Alejandro se pasó una mano por el cabello con frustración, sorprendido por Gillian mientras examinaba la lista de provisiones para la Marsopa. Aunque aún faltaban varias semanas para que se reuniera con el rey, su hija se negaba a ser postergada.

—Esta vez no puedo llevaros conmigo, Gillian. No os preocupéis. Sólo estaré fuera un par de noches.

—¡Quiero ir, padre! —Sus ojos oscuros estaban llenos de lágrimas.

Alejandro inspiró profundamente. Este viaje no sería emocionante, lleno de puertos diferentes y mercaderes ofreciendo mercancías para deleitar la fantasía de una niña. Probablemente significaría un largo y prolongado asedio, y sus esperanzas de pasar una semana fuera parecían demasiado optimistas.

—Lo sé, muchacha. Y me encantaría teneros conmigo... otra vez.

—Quiero acompañaros esta vez. —Gillian hizo un mohín.

—No es un viaje para una muchachita. Os llevaré al muelle a ver la Marsopa hoy, antes de irme. —Alejandro esperaba que el soborno tuviera éxito.

—No quiero quedarme. Peigi no está bien y no tendré a nadie cuando os vayáis.

—Esta vez su labio inferior se deslizó hacia delante mientras las comisuras se desviaban hacia abajo.

—La batalla no es lugar para una muchacha, y estaré demasiado ocupado para dedicarme a vos. —La determinación de Alejandro decayó y cogió a Gillian en brazos.

La acarició por debajo de la barbilla, arrancándole un atisbo de sonrisa mientras ella agachaba la cabeza. Luego Alejandro probó una nueva táctica.

—Quizá deberíamos dedicar una o dos horas a pensar en un nombre para vuestro nuevo cachorro.

—¡Padre! ¿De verdad tengo un cachorro? —El rostro de Gillian se iluminó y se incorporó de golpe.

—Creo que ya tenéis edad para cuidar de uno. ¿Os gustaría?

—¡Oh, sí! Lo cuidaré como nunca. Incluso le daré mis zanahorias —añadió solemnemente y asintió enérgicamente.

—Comeréis vuestras propias zanahorias, Gillian MacLean. Los cachorros no se las comen. —Alejandro echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

Gillian se encogió de hombros, alegremente despreocupada de que la descubrieran en su estratagema para evitar la verdura que más le disgustaba. Después de dejar a su hija en el regazo, Alejandro la cogió de la mano.

—Vamos a ver si está en la perrera.

Enseguida, Gillian saltó a su lado, y su corazón se aceleró ante su alegría. El último año había sido difícil para la niña, pero Alejandro se alegró de ver cómo se animaba.

Poco después, se acercaron a la perrera y el entusiasmo de Gillian se duplicó, luego se triplicó, hasta que se aferró a su brazo, casi sin poder evitar saltar.

—¿Cuál es la primera lección con los animales, muchacha?

—No quiero asustarle —susurró Gillian y se tranquilizó de inmediato—. ¿Me estoy portando bien?

—Sí, perfectamente. —Le dio una palmadita en la mano. A continuación, abrió la media puerta de un empujón. En ese momento, Gillian se tapó la boca con las manos, con los ojos muy abiertos y brillantes.

—¡Oh, padre! ¡Es muy peludo!

—Un pequeño regalo de vuestra tía Bela. La madre del cachorro es una de sus perras *aidi*, y su padre es un sabueso. Creo que será bastante grande cuando crezca.

Alejandro miró las enormes patas del cachorro.

—Lo llamaré Bjarne —anunció Gillian—. ¡Será grande como un oso!

—Creo que tenéis razón. —La risa de Alejandro resonó.

Gillian cayó de rodillas, chillando de felicidad cuando el cachorro corrió hacia ella y se dejó caer en su regazo, lloviendo besos descuidados en sus mejillas.

—¿Puede dormir conmigo? —Acurrucó al cachorro en sus brazos.

—Tendremos que preguntarle a Peigi. Ella estará a cargo de vos mientras yo no esté. Y también de Bjarne. —Alejandro suspiró.

—Oh, padre, no creo que a Peigi le gusten los perros. Y ella no está bien. ¿Puede alguien más cuidarme mientras estáis fuera? —El semblante de Gillian decayó. Su voz melancólica tocó el corazón de Alejandro. Era cierto que Peigi era estricta con la niña, pero Alejandro podía contar con ella para cuidar a su hija con su vida. Aunque sabía que Gillian consideraba a su enfermera un poco estricta, siempre se preocupaba por el bien de la niña.

—Tal vez sólo esta vez. No sé quién podría ser, aunque estoy de acuerdo en que Peigi no es útil si no se encuentra bien. —Alejandro buscó en su memoria a alguien que pudiera sustituir a Peigi durante la semana que él estaría fuera.

—Vamos a ver a Hanna. Creo que le gustan los cachorros. —Gillian sonrió.

—Una idea excelente, hija. Creo que deberíamos ir a ver a Hanna. —Una chispa de interés recorrió a Alejandro.

* * *

Las risas se escucharon cerca de la puerta de la cocina, salpicadas de carcajadas agudas que llamaron la atención de Hanna. Lord MacLean, en el acto de tomar un bocado de un pastel, se detuvo, con el rostro enrojecido, y su hija saltando de un pie a otro.

—¡Os he pillado! —gritó la niña alegremente—. ¡A la cocinera también le gustáis!

—No vais a arruinar mi cena, muchacha. —El lord MacLean se metió el último bocado en la boca, masticó y tragó rápidamente.

—Me aburrí de esperar a que sacarais a pasear a vuestro cachorrito y temí morirme de hambre antes de que llegais. —Le plantó un beso sincero en la mejilla.

—¡Padre! Bjarne me necesitaba. —Gillian apoyó un puño en una cadera.

—Entonces, ¿habéis decidido traer el cachorro al castillo? —El lord miró al animal que colgaba de los brazos de su hija.

—Se portará bien. Ya lo veréis. —Gillian asintió enérgicamente.

Hanna se encogió, deseando encontrar un rincón sombrío en el que desaparecer. No quería ver a los felices padre e hija. Ni al cachorro de cola que se movía lentamente y ojos conmovedores. Demasiados recuerdos, que refrescaban su tristeza, tirando de su corazón de formas inexplicables.

—Ahí está Hanna. —Gillian inclinó la cabeza en dirección a la mujer—. ¿Os gustan los perros? —Cogió al cachorro en brazos y se acercó a Hanna—. Bjarne y yo vamos a ser grandes amigos. —Levantó un poco al cachorro encogiéndose de hombros para enseñárselo.

—¿Bjarne? —Desconcertada, Hanna se quedó mirando al cachorro.

—Sí. Es peludo como un oso. Su verdadero nombre es Torbjorn, que significa «oso de Thor en nórdico». Pero yo le llamo Bjarne.

—¿Habláis nórdico? —La voz inexpresiva de la niña sobresaltó a Hanna. Miró al lord en busca de confirmación. MacLean sonrió y el corazón de Hanna dio un vuelco.

—La muchacha tiene oído para los idiomas. —Echó un vistazo a la habitación—. Y como parece que en esta cocina tenemos tantos que hablan nórdico como escocés o gaélico, no tenía motivos para no aprender.

—Pero, estáis alineados con el rey Alejandro... no lo entiendo. —Hanna sacudió la cabeza, temiendo algún tipo de trampa.

—El rey tiene sus planes —aceptó el lord con suavidad—. Pero no me preocupan, siempre que no interfieran con vuestras obligaciones y no nos pongan a mí o a mi clan en una situación insostenible.

La furia se encendió en Hanna. Su familia había caído en manos de hombres que utilizaban el nombre del rey Alejandro para su conquista.

—Vuestro rey ha violado su acuerdo con Noruega.

—El rey Alejandro ha llegado a la conclusión de que él y Noruega están en un callejón sin salida. Como tal, está preparado para unificar Escocia por los medios más expeditivos a su disposición. —Lord MacLean permaneció en silencio durante varios segundos.

—¡Ha firmado nuestra sentencia de muerte! El rey Haakon está demasiado lejos... —Hanna no pudo detener sus palabras y se mordió el labio contra la efusión.

—Tal vez deberíamos hacer tiempo para discutir vuestros pensamientos en otro momento. —Lord MacLean se acercó, bajando el tono de voz, indicando la atención que habían atraído en la cocina.

—No tengo pensamientos. —Hanna se encogió de hombros y volvió a la tabla de cortar.

—Creo que sí —replicó el lord, con voz suave como la seda sobre el filo de acero del mando.

El cachorro gimió, aparentemente ya no complacido en el agarre de Gillian. Se retorció, obligando a la niña a soltarlo. Sus gordas patas arañaron el suelo de piedra cuando divisó a un gato atigrado que acababa de posarse en un trozo de luz solar en la puerta del jardín. Con un aullido de desafío, Bjarne saltó hacia él mientras el gato enfurecido arqueaba la espalda, siseando y escupiendo una advertencia al cachorro desatento.

—¡Bjarne! ¡No! —Gillian corrió tras él.

El gato saltó sobre una mesa cercana, haciendo que las mujeres que trabajaban allí chillaran en señal de protesta. Bjarne patinó hasta detenerse, y su juvenil falta de coordinación le hizo chocar contra las patas de la mesa. Un cuenco de vajilla, colocado demasiado cerca del borde, cayó en picado al suelo, haciéndose añicos con el impacto. Gillian recogió a su cachorro y lo regañó enérgicamente.

Lord MacLean encaró a Hanna, con su mirada penetrante perdida.

—Por favor, acompañadme a mi solar.

Enseguida, Hanna dejó lentamente el cuchillo de cocina sobre la mesa y se limpió las manos en un trozo de tela que colgaba de su cinturón. Lo siguió por el pasadizo, manteniendo una buena distancia entre ellos, con la piel erizada por la sensación de estar tan cerca del lord MacLean. Su brazo se flexionó ligeramente, comprobando el peso de la pequeña daga que llevaba en la manga.

Lord MacLean se sentó en una silla cerca de la chimenea y le indicó a Hanna que hiciera lo mismo, pero esta se negó y permaneció pegada a los tablones junto a la puerta, mirándolo por

debajo de las pestañas.

—No os morderé. —El lord reclinó la cabeza en la silla.

—No. Habéis hecho mucho más que eso. —Hanna negó con la cabeza.

—¿Qué he hecho? —Giró la cabeza en su dirección.

—Sois escocesa. Yo soy nórdica. No me pondré en peligro. —Hanna caminó dentro de la habitación, la cabeza en alto, actitud servil ido.

—Estáis bajo mi protección. Y responderéis a mis preguntas. —Frunció el ceño.

Inmediatamente, Hanna se estremeció al reconocer lo verdaderamente precaria que era su posición. Sin protección masculina, pocos hombres dudarían en utilizarla a su antojo. Y el jefe del clan tenía más derecho que la mayoría. Hanna apretó los dientes, segura de que no se dejaría vencer tan fácilmente como el hombre de los muelles. Podía huir, luchar o aceptar. ¿Cuál elegiría?

El lord volvió a hacerle señas para que se sentara frente a él, y esta vez Hanna aceptó. Se acomodó en el borde del asiento, con las manos en el regazo y el pulgar acariciando la longitud de la vaina oculta bajo la manga.

—Relajaos. Un pequeño descanso os sentará bien —suspiró.

Hanna levantó una ceja, invitándole a renunciar a las galanterías y hacer sus preguntas.

—Pido disculpas por mi brusquedad de antes. Parece que reaccionáis a todo lo que digo como si os hubiera hecho daño. ¿Alguien de aquí ha intentado haceros daño?

Para sorpresa de Hanna, una sonrisa se dibujó en el rostro del lord.

—Digo que lo *habéis intentado*, porque sé muy bien que os negaríais, y que yo sepa, no ha habido ninguna oleada de heridas que requieran los cuidados de un curandero. Sois una mujer peligrosa, Hanna de Hällstein.

—Hablando de la curandera, ¿cómo está vuestro brazo? —Sus ojos se entrecerraron.

—No me impide cumplir con mis obligaciones. ¿Teníais otras preguntas para mí, lord? Por si no os habéis dado cuenta, yo también soy una mujer *ocupada*. —Hanna se recogió las faldas y se dispuso a levantarse.

—¿Tenéis otra familia cerca?

La pregunta, aunque esperada, la dejó sin aliento. Hanna tragó con fuerza, deseando que sus pulmones funcionaran correctamente.

—No tengo familiares con los que refugiarme, lord. La aldea de mis padres fue arrasada hace más de un año en otra de las purgas del rey Alejandro. Les he perdido la pista, y realmente no sé si aún viven.

—Por favor, llámame Alejandro. —El lord se inclinó hacia delante, con la mirada fija.

Las palabras volvieron a tomarla desprevenida. Su invitación era demasiado personal y Hanna no podía permitir esa intimidad. Volvió a encontrar la voz, aunque se le quebró entre los dientes al forzarse a decir en voz alta lo que había sucedido apenas tres noches antes.

—Mi familia -mi marido y mis dos hijos- murieron en una incursión de escoceses, y nuestra aldea ardió hasta los cimientos.

—Siento mucho vuestra pérdida. Esto ha ido demasiado lejos. Mi padre juró lealtad al rey de Escocia cuando vinimos aquí hace casi treinta años. Era un movimiento conveniente, ya que esperaba establecer un comercio marítimo en los puertos de la costa escocesa. Mis antepasados, sin embargo, se alinearon con el rey de las islas, por lo que ambas partes nos aceptaron y nos consideraron sospechosos. —Alejandro negó con la cabeza.

—Sé que sois el hombre del rey, aunque hemos... *habíamos* comerciado con vosotros algunas veces en el pasado. Parece que tenéis reputación de imparcial por ambas partes. —Hanna

lo miró con cautela.

—Y sin embargo habláis de mi reputación como si os doliera.

—Mi hogar fue atacado por soldados bajo las órdenes de vuestro rey. —Hanna se quedó inmóvil. Su garganta se estrechó y las palmas de sus manos sudaron—. Nos dieron la oportunidad de jurar lealtad al rey escocés, renunciando a todo vínculo con el rey Haakon y el rey de las Islas, *después* de que mataran a los hombres e incendiaran la casa larga y a quienes se refugiaban en ella.

—¿Qué habríais dicho si hubierais tenido tiempo de responder a su demanda antes de semejante carnicería? —La mirada de Alejandro se entrecerró e inclinó la cabeza hacia un lado.

—Me habría negado. —Hanna le dirigió una mirada gélida.

CAPÍTULO 10

—Me alegro de que Peigi me pidiera ayuda para cuidaros. Me recordáis a mi pequeña hermana. —Los dedos pálidos y delgados de Aadny acariciaron el cabello oscuro de Gillian, alisando las secciones en una trenza—. Sois una niña muy alegre, como lo era ella. —Aadny pellizcó suavemente la oreja de Gillian.

Hanna apenas prestó atención a las palabras de Aadny. Hacía dos días que Peigi, enferma, había solicitado la ayuda de Aadny, y Hanna descubrió que la proximidad con la hija del lord agotaba sus emociones. Aadny seguía pegada al lado de Hanna, como si al salvarle la vida estuvieran ahora unidas para siempre, y Gillian se había unido a su pequeño círculo. Era imposible ver a Aadny y a Gillian juntas mientras ella tramaba su venganza.

«No puedo vengarme de una inocente».

El pensamiento luchaba constantemente en su cabeza, y sólo la risa alegre de Gillian y las travesuras de Bjarne tenían el poder de acallar la pasión que la venganza agitaba en su pecho.

«¿En qué momento determinan mis actos la verdad de mi corazón?»

Hanna no podía negar el dolor de la pérdida, el terrible espacio vacío en su pecho que a menudo le impedía respirar. Había matado a hombres, tanto en combate como en defensa propia. Pero este acto que contemplaba no era lo mismo. La muerte de Gillian causaría el mismo dolor al lord MacLean. Sin embargo, no disminuiría el suyo, y no honraría la memoria de Signy o Sten. Se quedó mirando las manos de Aadny, hipnotizada por su movimiento lento y repetitivo. Imaginó el tacto del cabello fino como el de un bebé bajo sus propios dedos, el roce de la seda contra la piel rugosa por el trabajo. Una punzada de añoranza la recorrió.

—¿Hanna? ¿Me contaréis un cuento esta noche? —La voz de Gillian resonó a través del dolor.

—Creo que no conozco ninguna historia. Llevaré a Bjarne afuera una vez más y luego deberíais dormir. —Hanna soltó el aliento y dio un paso hacia el presente.

Gillian miró por encima del hombro mientras Aadny aseguraba la parte inferior de la trenza.

—¿No les contabais cuentos a vuestros hijos?

—¿A mis hijos? —La pregunta pilló desprevenida a Hanna.

—¿No tenéis hijos?

La pregunta de Gillian era inocente, pero Hanna apenas podía responder, tan apretada estaba la cuerda alrededor de su corazón.

—Creo que Hanna no desea hablar de ello —le susurró Aadny a Gillian.

El rostro de la niña se desanimó. Después de un momento, se levantó y se acercó a Hanna, rodeándole las rodillas con los brazos.

—Mis hermanos y hermanas también murieron. —Hundió la cara contra la falda de Hanna.

—También mi madre.

El pecho de Hanna subía y bajaba rápidamente, el único ritmo que mantenía a raya sus lágrimas. Sus manos se retorcían, se abrían y volvían a retorcerse. Las rodillas le temblaron y se tumbó en el suelo, cogiendo a Gillian en brazos. Mientras tanto, Aadny se arrodilló junto a ellas y sus sollozos se mezclaron con los de Gillian. Finalmente, completamente vacía y despojada mientras sus pensamientos de venganza huían, las lágrimas calientes de Hanna se deslizaron por sus mejillas.

* * *

Alejandro veía la amistad de Gillian con Hanna con cierta suspicacia. Aunque la mujer llevaba menos de una noche en el castillo MacLean, era fácil ver que la niña estaba enamorada tanto de Aadny -lo cual era comprensible, ya que la muchacha era más una hermana mayor que una enfermera- como de Hanna. Aunque Hanna parecía mantener a Gillian a distancia.

A decir verdad, el interés de Alejandro por la nórdica era más personal. Había muchas jóvenes, tanto escocesas como nórdicas, disponibles para cuidar de Gillian. No obstante, Alejandro sentía que su atención se dirigía cada vez más hacia Hanna. Incluso cuando su mirada se encontró con una mirada fría y calculadora. ¿Qué contemplaba Hanna?

La curiosidad del lord no tenía límites. El brillo dorado del cabello de Hanna, su gracia nervuda, la mirada penetrante de sus ojos verde oscuro, le urgían a hacer algo más que mirar. Quería tocarla, derramar sus trenzas sueltas sobre sus manos, captar su interés, comprometer su naturaleza salvaje y apasionada. Quizá Edan tuviera razón. Nadie pestañearía si tomara una amante.

De repente, la puerta de su solar se abrió unos centímetros y una sombra apareció en la mitad inferior del hueco. Gillian asomó la cabeza por el borde del tablón de madera, con los ojos muy abiertos por la angustia. Alejandro se levantó de inmediato.

—Cariño. ¿Qué os pasa?

—He hecho llorar a Hanna. —Gimoteó mientras se acurrucaba contra su padre, quien la levantó en brazos y la llevó a una de las sillas junto a la chimenea. Luego se acomodó contra los profundos cojines y la abrazó con fuerza.

—Contadme qué ha pasado.

Gillian le contó la historia en pequeños lamentos. Ahora que Hanna se había retirado a dormir, dejando a Aadny en la habitación de Gillian, la niña se sentía invadida por el remordimiento y buscaba el consuelo de Alejandro.

—Estoy seguro de que sabe que no queríais hacerle daño. Se sentirá mejor por la mañana, al igual que vos. Y ahora, me estremezco al pensar lo que Aadny pensará si se despierta y encuentra que os habéis ido.

—Oh, no pensaba en ella. ¿Debo volver a mi habitación? ¿Puedo dormir aquí? — Los labios de Gillian se fruncieron.

—Creo que es mejor que os lleve de vuelta. Aunque no sé si seré bienvenido dentro. —Bajó la voz a un susurro conspirativo—. A las jovencitas no les gusta despertarse y encontrar hombres en su habitación sin ser invitadas. —Movi6 las cejas y Gillian sonrió.

—Volveré a mi habitación. —Se deslizó de su regazo—. No quisiera asustar a Aadny. — Puso las palmas de las manos sobre sus rodillas y se inclinó hacia delante para plantarle un beso gigante en la mejilla. Volvió a reírse, recuperado el humor, y Alejandro abrió la puerta, haciendo ademán de asomarse al salón.

—Todo despejado —susurró el lord. Entonces, Gillian salió corriendo al pasillo, con su vestido blanco de dormir ondeando en el oscuro salón. Mientras tanto, Alejandro la observaba hasta que llegó a su propia puerta, a dos habitaciones de distancia. Gillian se detuvo y le lanzó un beso antes de entrar. Alejandro escuchó el chasquido de su puerta al cerrarse y se apoyó en el marco, pensativo.

«Así que eso es lo que impide que Hanna caiga bajo el hechizo de Gillian. La herida es aún demasiado reciente, demasiado abierta para que ella considere la posibilidad de entregar su corazón a la niña».

Tal vez Gillian tenía razón después de todo. Tal vez Hanna necesitaba a Gillian, y también a

Alejandro.

Con la mano en el pestillo, empezó a cerrar la puerta. Pero una figura se detuvo al final de la escalera y cruzó el salón corriendo hacia las escaleras que conducían a la almena. Tras dudar un momento, Alejandro le siguió.

* * *

Hanna cerró la puerta de la pequeña habitación bajo las vigas donde ella y Aadny se acuartelaban. Como su estancia se alargaba, Jean les había asignado aquel pequeño espacio en lugar de tenerlas desperdigadas por el gran salón. Dos jergones, apilados con edredones remendados y rematados con mantas de lana descoloridas, ocupaban gran parte del espacio del suelo, aunque el aire amargo de la noche solía colarse entre las grietas del suelo de madera y entre las paredes de piedra y el tejado, lo que hacía que las habitaciones pequeñas fueran preferibles a las grandes, más difíciles de calentar.

Por lo general, Aadny y ella se llevaban piedras calientes a la cama y, de vez en cuando, cuando Hanna podía, una piedra más pequeña para calentar agua en una palangana pequeña y abollada para un lavado rápido. Pero esta noche, sola y desconsolada, Hanna se hundió en su jergón, ajena al frío.

«No puedo hacerlo. Mi corazón no desea infligir dolor a inocentes. Lord MacLean no es el hombre que comandó a los hombres que quemaron mi aldea. No puedo lastimar a Gillian más de lo que lastimaría a mi propio hijo».

De pronto, algo agudo se retorció en sus entrañas y casi gritó ante el dolor inesperado.

«Mi familia se ha ido. Sin embargo, yo vivo».

Miró fijamente a la oscuridad.

«¿Por qué? ¿Por qué razón Dios me mantiene aquí? ¿Qué he hecho para merecer tal tormento? ¿Cómo puedo soportar el dolor?»

El viento susurraba bajo el alero y una contraventana golpeó contra la piedra: un sonido vacío que resonó en lo más profundo de Hanna. La oscuridad fue demasiado y Hanna saltó del jergón, sin prestar atención a la manta que se le enredaba en los tobillos. Tropezó con la puerta y la abrió de un tirón, encontrándose con el tenue resplandor de una antorcha. Con ciega determinación, atravesó el pasadizo y bajó las escaleras hasta el rellano situado un piso más abajo, donde dormían el lord y su familia. Una puerta al final del salón daba a una estrecha escalera que conducía a la almena. Hanna subió y huyó hasta el borde del muro de piedra. El aire fresco corrió sobre su piel, erizándola. Los pómulos y la nariz se le helaron al instante. Hanna respiró hondo, temblorosa, y contempló el paisaje en blanco y negro.

Los árboles desvelaban sus oscuros secretos bajo la brillante luz de la luna, revelando a las criaturas de la noche mientras correteaban. El aire, perfumado con flores de verano y tierra húmeda, llenó su nariz y sus pulmones con el aroma de la vida. En ese momento, un búho llamó desde lo alto de un árbol. Al instante cesó todo movimiento en el suelo, la vida se suspendió mientras la amenaza del depredador se cernía sobre ellos.

La luz de la luna reflejada en los ojos del búho fascinó a Hanna. El emplumado cazador observó su territorio durante largos minutos y luego, con un silbido silencioso de sus poderosas alas, planeó hacia el bosque, liberando de la muerte una vez más a las criaturas que se encontraban abajo.

La respiración de Hanna se escapó en un largo suspiro y no se sobresaltó cuando un cálido peso se posó sobre su hombro. Su mirada se detuvo en la mano, cuyo cabello negro brotaba de los nudillos raspados. Levantando lentamente los ojos, se encontró con la mirada preocupada de

lord MacLean.

—Deteneos, Hanna —susurró—. Así no es como los vencéis.

CAPÍTULO 11

—¿Qué sabéis de mi miseria? —preguntó Hanna, con la voz ronca por el dolor y la cólera —. No me queda nada. Vuestro rey me ha matado con tanta certeza como el escocés que destruyó a mi familia.

—Entiendo algo de vuestro dolor. Os vacía, dejándoos como una cáscara de lo que una vez fuisteis. Luego os llena de ira, hasta reventar, y sentís pánico al daros cuenta de que estáis verdaderamente solos y de que todo lo que una vez fue bueno y correcto dentro de vos se ha ido.

—No me reconozco. —La voz de Hanna decayó.

—Porque no sois vos. El hombre que mató a vuestra familia es el culpable. Pero escuchadme, Hanna. Si hacéis esto, si saltáis del muro, él ganará. Sin levantar una mano más, habrá ganado.

—No sois más que un hombre. ¿Qué sabéis del dolor de una madre? —Hanna miró por encima del borde de la almena.

—Un hombre, sí. Pero uno que ha experimentado el dolor de muchas formas. La pérdida de un buen amigo en la batalla, de un padre y de un hijo en brazos de su madre.

La atención de Hanna se volvió lentamente hacia él, sus ojos oscuros por la angustia, pero su ceño fruncido se suavizó, dándole esperanzas de que aún no la había perdido.

—¿Queréis venir conmigo? Conozco un lugar tranquilo donde podemos hablar sin interrupciones.

Tras respirar hondo, como si estuviera tomando una decisión, Hanna asintió. Alejandro apretó suavemente su mano, animándola a caminar con él. A continuación, la dejó en la puerta de su habitación el tiempo suficiente para coger una pesada capa y una gruesa manta de lana, agradecido de que ninguno de los dos se hubiera desvestido para pasar la noche. Luego la condujo a través del gran salón, iluminado únicamente por el pálido resplandor del fuego de la chimenea. Los ronquidos, acompañados de algún gruñido ocasional, cubrían el paso casi insonoro de sus pies y los de Hanna entre los durmientes.

Enseguida, Alejandro soltó la mano de Hanna y empujó una de las enormes puertas lo suficiente para que pudieran pasar. Señalando con la cabeza al par de guardias que permanecían atentos en el umbral, la cogió de la mano y la guio a través del patio hasta la pequeña iglesia adosada a la muralla exterior del castillo MacLean. Un gran árbol crecía junto al edificio, proyectando sus sombras sobre el cementerio escondido tras una baja valla de piedra. Poco después, la llevó a un banco bajo el árbol y cubrió la superficie de madera con la manta. Sin mediar palabra, Hanna se hundió en el asiento, cruzó las manos sobre el regazo y dejó que Alejandro le envolviera los hombros con la capa.

La niebla se extendió a sus pies, envolviéndolos. De no haber sido por el leve roce de las botas en la almena, habría sido fácil imaginar que eran las únicas personas despiertas a aquella hora. Entonces, el lord se sentó a su lado.

«Quiero saberlo todo sobre vos».

¿Aceptaría sus preguntas? ¿Sería sincera? ¿Se lo contaría todo?

Alejandro se quedó mirando los marcadores alineados ordenadamente tras los muros de piedra, anclados en niebla blanca al frío suelo.

—Vengo aquí de vez en cuando, cuando quiero pensar. —Alejandro señaló las tumbas con

la cabeza—. ¿Os molesta?

—Es un lugar interesante para visitar. Ya veo por qué seguís soltero. —Hanna suspiró profundamente.

—Sí, las muchachas prefieren una multitud más animada. —Alejandro resopló, con un regocijo inexplicable ante el humor seco de Hanna.

—¿Por qué aquí? —Hannaladeó la cabeza.

—Es donde está enterrada mi familia. —Inclinó la cabeza hacia una hilera de pequeñas cruces, una más grande en medio.

—¿Vuestros antepasados?

—Mis hijos. Y mi mujer. —A Alejandro se le hizo un nudo en la garganta.

—Vuestra hija los mencionó. —La lenta inhalación de Hanna reflejó la tristeza de Alejandro.

—Sí. Me contó lo que hablasteis esta noche. Estaba disgustada porque os hizo llorar.

—Hablaré con ella. No tiene la culpa.

—Se lo dije. Y estoy seguro de que me creyó. Aunque escucharlo de vos sería bueno.

Alejandro hizo una pausa y se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos en los muslos. Quería saber más, pero Hanna ya le había dirigido más palabras -sin rencor, eso sí- que desde que había llegado a Morvern. Sin embargo, decidió arriesgarse.

—¿Me contaríais algo de vuestra familia?

Hanna no respondió y, tras varios instantes de silencio, Alejandro temió haber preguntado mucho y demasiado pronto. Buscó su mano con cuidado, despacio, procurando no sobresaltarla. Sus dedos se enroscaron suavemente en los de ella y Hanna respiró entrecortadamente. Le apretó la mano y ella le devolvió el gesto.

—Mi hija Signy tenía doce años. Los hombres vinieron por la noche. Me desperté con los ladridos de los perros y cuando Torvald abandonó nuestra cama.

Hanna levantó la cara a la luz de la luna y el corazón de Alejandro se apretó al ver la mancha brillante de lágrimas en sus mejillas.

—La envié a ella y a las otras niñas y niños a la zona oculta bajo la casa larga. Mi hijo Sten no quiso ir. Aunque sólo tenía diez veranos, se consideraba un hombre y quería defender su hogar.

Una brisa previa al amanecer corría entre las ramas del árbol que tenían encima, haciendo vibrar las hojas como un susurro de aprobación.

—Un joven valiente. Un orgullo para vos y para su padre.

—Lo puse a él y a algunos de sus amigos a vigilar la puerta de la casa comunal. Fue lo único que se me ocurrió que les daría un sentido de propósito y los mantendría alejados de la lucha.

—Sois una mujer sabia, Hanna de Hällstein. Fue una elección honorable.

—Sin embargo, no importó —replicó ella, con voz amarga—. Al final, ninguno sobrevivió. —Sus hombros temblaron. Por su parte, Alejandro se inclinó hacia ella y apoyó la palma de la mano en la curva de su mejilla. La humedad de sus lágrimas le hizo perder la compostura y tiró suavemente de la cabeza de ella hacia su hombro. Su cuerpo se puso rígido y él susurró contra su cabello.

—No temáis, cariño. No os haré daño. Dejad que caigan vuestras lágrimas. No sé si servirán de algo, pero no sirven de nada si están encerradas.

Hanna se acercó más y su cabeza se apoyó en su hombro. Alejandro la abrazó hasta que sus estremecimientos cesaron y sus lágrimas silenciosas empaparon su lino. La mujer se apartó y

volvió a colocarse a su lado, con la mano entre las suyas. Alejandro acortó la distancia que los separaba y su muslo se cruzó con el de ella a través de la falda.

—Sois una superviviente, Hanna. —Volvió a apretarle la mano.

—¿Pero con qué propósito? ¿De qué sirve esta vida de dolor y desesperación? Deseaba vengarme, pero no puedo hacer nada. —Su voz, pesada por las secuelas de sus lágrimas, le llegó al corazón.

—¿Me buscabais para vengaros? Aunque vuestra familia no fue destruida por orden mía, confieso que me sorprende no haber encontrado vuestra daga en mis costillas. Como he dicho antes, sois una mujer formidable, Hanna.

—No me importaba a quién hacía daño. Simplemente necesitaba un escocés que me hiciera tanto daño como yo. Buscar refugio con los MacDougall habría sido más seguro, pues nadie puede traspasar los muros del castillo de Dunstaffnage, y el rey Haakon lo ha nombrado rey de las islas. —Hanna se miró las manos. Sus ojos recorrieron los brazos de Alejandro, encontrándose finalmente con su mirada—. Sé que no sois la persona responsable de las muertes y la destrucción de Hällstein. Pero sois un escocés, y por tanto mi enemigo.

—Oh, Hanna, no soy vuestro enemigo. Espero que os quedéis en el castillo MacLean.

—¿Tanta necesidad tenéis de personal de cocina que solicitáis la ayuda de mujeres nórdicas? ¿No enfadará eso a vuestro rey?

—El rey tiene poco que decir sobre quién duerme tras los muros de MacLean. No ayudaré a la rebelión, pero aquellos que busquen refugio son bienvenidos aquí.

—Mis esperanzas de que os quedéis aquí son un poco más personales. —Se apoyó en el respaldo del banco.

* * *

—¿Qué queréis que haga, lord? —Hanna se detuvo, midiendo la importancia de sus palabras.

—En primer lugar, me gustaría que me llamarais Alejandro, como os he permitido hacer antes.

El peso de sus grandes y callosas manos se duplicó. El latido de su corazón se aceleró. El miedo se cerró sobre ella como una trampa.

—No es apropiado que lo haga.

—No doy ni una oportunidad a un grillo en un páramo lleno de petirrojos sobre la conveniencia de hacerlo. Deseo que me habléis de igual a igual.

—No soy vuestro igual.

—Oh, yo creo que sí. Si hubierais visitado el castillo MacLean del brazo de vuestro marido, os habrían dado de comer en la mesa alta, y yo os habría recibido con un beso en el dorso de la mano. —Se llevó la mano a los labios.

—Creo que me ofrecisteis un lugar en vuestra cocina y no en vuestra mazmorra. — Los dedos de Hanna se curvaron mientras luchaba contra el impulso de apartar la mano.

—Sí. Os tomé la medida entonces, y he revisado mi opinión muy poco desde entonces. — Alejandro se encogió de hombros y bajó la mano, pero no la soltó.

—¿Oh? ¿Y quién creéis que soy? Ya os he dicho que vine aquí planeando vengarme.

—Así es. Pero os consideraré una mujer honorable el día que os conocí, y eso no ha cambiado. Espero que hayáis abandonado la idea de la venganza. Mi corazón lamenta vuestra pérdida, Hanna. Pero aprenderéis a vivir con ello con el tiempo.

—¿Con el tiempo? —Hanna escupió las palabras—. ¿El *tiempo* llenará el vacío de mi

corazón? ¿El *tiempo* me devolverá lo que he perdido?

—No. No soy tan tonto como para creer eso. Al igual que vos, he perdido a mis seres más queridos. He enterrado a tres hijos, a mi padre y a mi esposa. Aunque mi pérdida fue menos brutal, no somos tan diferentes, Hanna.

—¿Los habéis olvidado? ¿Se ha calmado el dolor? —La angustia de la pérdida la desgarró.

—No. No los olvidaré, ni olvidaré la promesa que fueron sus vidas. Sin embargo, a veces encuentro que el dolor se ha aliviado.

—¿A veces? ¿Qué pasa entonces? —Un pequeño destello de esperanza se encendió en su interior.

—De vez en cuando, encuentro algo tan bello o tan pacífico que mi corazón se llena. En esos momentos, el dolor me abandona, aunque sólo sea por un tiempo.

Alejandro se movió en el banco y Hanna se estremeció bajo el calor de su mirada. Lo miró, preguntándose si alguna vez encontraría esos momentos de belleza y paz. Sin embargo, algo se agitaba en los márgenes de su dolor, como los hilos que se aflojan en una prenda desgastada, aliviando su atadura y permitiéndole respirar con más libertad. Para su sorpresa, su presencia la reconfortó, la caricia de su pulgar en el dorso de su mano, ligera y poco exigente.

A continuación, Hanna se apartó. No quería que la tocara, no le gustaba reconocer que era humano, amable. Sin embargo, se dio cuenta de que su recelo hacia él disminuía, y de que su ira tal vez se había atenuado un poco.

—¿Qué más deseáis de mí?

—Quiero veros sonreír, Hanna. Me gustaría mucho que me dedicarais una sonrisa sincera.

—Eso puede ser más de lo que puedo soportar. Más de lo que soy capaz.

—Sí. Por ahora. Pero recuerda que aquí estáis a salvo. Y sois buscada.

—¿Buscada? ¿Las habilidades del personal de cocina son tan lamentablemente escasas? —Recayó en el desprecio, luchando contra la compasión de sus palabras.

—Hanna, cuando estéis dispuesta, os ofreceré el calor de mi cama. Nunca será la condición de vuestra estancia aquí, porque eso no tiene coste. Simplemente deseo que mis intenciones os queden claras.

Hanna retrocedió como si la hubieran abofeteado.

—¿Queréis que me convierta en vuestra amante?

CAPÍTULO 12

Hanna prestó poca atención a las burlas y risas de las mujeres en la cocina. Se había preocupado por la proposición de Alejandro como un perro con un hueso fresco durante gran parte del resto de la noche, una vez que se separaron, y aún no podía decidir si se sentía halagada u ofendida. Con la seguridad de que no la presionarían, Hanna había decidido quedarse en el castillo MacLean, al menos por un tiempo. Aadny la necesitaba tanto como Gillian. ¿Se atrevería a permitir que llenaran el enorme vacío de su corazón? El recuerdo de que no volvería a pasar unos días así con su hijo o su hija le produjo una punzada de dolor. Sus manos flaquearon y respiró hondo para tranquilizarse.

—Esa le ha echado el ojo al lord y está deseando calentarle la cama. —La mujer que estaba a su lado le dio un ligero codazo, sacando a Hanna de sus pensamientos. Una sonrisa iluminó su rostro mientras asentía a Agnes.

—¿Y por qué no? Soy lo bastante joven para dar a luz a un heredero. —Agnes alzó la barbilla con altivez ante el comentario de la mujer.

—¡Y aún os quedan casi todos los dientes! —Una carcajada recorrió la habitación.

—¡Oh, una bonita sonrisa puede atraerlo, pero no es lo que mantiene el interés de un hombre!

La risa siguió a este poco de sabiduría.

—¿Y qué hay de vos, Hanna?

—Sí, Hanna. ¿Buscaríais el favor del lord? —intervino otra.

Hanna negó con la cabeza, preguntándose si la mujer tendría el don de la vista. Seguramente el lord no habría hablado de su conversación con otros.

—No. Soy nórdica. ¿Por qué habría de buscarme?

Era una buena pregunta, una que no había sabido responder.

—Ella preferiría atravesarlo que acostarse con él —refunfuñó Agnes, con los ojos brillantes y una mirada fulminante.

—Como haría cualquier mujer que se acercara a donde no la invitan. —Hanna levantó una ceja en señal de desafío.

Gillian recorrió la sala con su cachorro pisándole los talones. Echó un vistazo a las mesas de trabajo, moviendo la nariz en busca de empanadas, sin duda. Entonces, Lachina subió a la niña a una mesa, le dio un bacalao que había sobrado de la comida de la mañana y le tiró un hueso recién cortado a Bjarne. Gillian masticó alegremente su golosina, balanceando las piernas de un lado a otro, con la mirada interesada siguiendo las bromas de las mujeres. Mientras tanto, Hanna dirigió una mirada de advertencia a las mujeres y la conversación derivó hacia temas más mundanos.

—¿Qué planes tenéis para hoy, Gillian? ¿Os anima vuestra institutriz a estudiar?

—Peigi no se encuentra bien y está durmiendo la siesta. Y sé leer en tres idiomas. Me gustaría visitar el Veloz hoy. —Gillian negó con la cabeza al tiempo que mordía una segunda torta de avena. Un trozo cayó al suelo y Bjarne dejó de preocuparse por su hueso el tiempo suficiente para olfatear y devorar lo que se había caído. Luego buscó en el suelo una vez más y volvió a roer.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué iba a interesarse una jovencita en deambular por un barco? Hanna echó

zanahorias picadas en un cuenco grande. Esperaba que la niña sólo estuviera meditando sobre las posibilidades del día. Los recuerdos que Hanna tenía de los barcos no eran agradables.

—Es el barco de mi padre y yo elegí su nombre. Así que supongo que en parte también es mío. Mi padre dice que pronto estará listo para viajar a España. He estado allí y me lo he pasado muy bien. No me mareo ni nada. —Gillian se encogió de hombros.

—¿Habéis estado en España? Habéis viajado mucho para ser tan joven. —Hanna se maravilló.

—Sabéis que a Peigi no le gustará que os alejéis del castillo. —Se limpió las manos con un trapo y apoyó un puño en la cintura. Poco después, miró fijamente a Gillian, esperando que la niña no tuviera intención de irse sola.

—Razón de más para que me llevéis a ver al Veloz esta mañana. Además, afuera es tan hermoso que no es justo quedarse encerrada, ¿no? —Gillian saltó al suelo y una sonrisa iluminó su rostro.

Hanna no pudo contener su sonrisa como respuesta. Gillian era tan brillante y simpática que no pudo encontrar en su corazón la forma de regañar a la niña. De pronto, el rostro de Frida flotó ante ella, con la consternación deformando sus rasgos, cogiendo a Hanna con la guardia baja. Su respiración se entrecortó.

«¡Vengadme! ¡Vengadnos!»

—¿Hanna? —chirrió la vocecilla de Gillian, rompiendo el hechizo de Frida.

Hanna se sobresaltó, parpadeando rápidamente para concentrarse en Gillian. Bjarne inclinó la cabeza, y el movimiento amplió la visión de Hanna. Cuando Frida se desvaneció en el pasado, Hanna se obligó a sonreír.

—Venid conmigo, Gillian. Cuando terminemos nuestras tareas matutinas, iremos a ver ese bote vuestro.

* * *

Gillian saltó junto a Hanna, charlando alegremente. Por detrás, Bjarne jugueteaba.

—No es un *bote* —explicó la niña—. Es un *barco*, y es el más grande que se haya visto nunca, o al menos que yo *haya visto*, y eso que he visto barcos grandes —añadió con toda seriedad.

Hanna ahogó una leve sonrisa ante la precocidad de Gillian. Su corazón se animó enormemente mientras la niña parloteaba. A medida que se acercaban al puerto, la mirada de Hanna se elevó hacia los altos mástiles del enorme barco.

—Es grandioso, ¿verdad? —Gillian le cogió la mano y sus ojos brillaron.

El pavor invadió el vientre de Hanna.

«Venían en tres grandes barcos, atestados de hombres que deseaban derramar sangre vikinga».

—Quiero subir a bordo. —Gillian deslizó la palma de la mano del agarre de Hanna.

—¡Gillian, esperad! —Hanna se sobresaltó, levantando la vista mientras la niña corría hacia los tablones que abarcaban el abismo entre el barco y el muelle. Recogiéndose las faldas, Hanna corrió tras la niña, casi tropezando con el desgarrado cachorro que se detuvo en el borde del muelle. Mirando las tablas con desconfianza, Bjarne se agachó y gimoteó mientras Gillian seguía subiendo por la pasarela.

Fue entonces cuando Gillian se detuvo en el borde del barco.

—¡A la vista, el Veloz!

Una voz profunda se elevó por encima de los ruidos estridentes de la construcción naval.

—A la vista, ¡el muelle!

—¿Permiso para venir a bordo? —Gillian trino.

—Permiso concedido.

—¡Vamos, Hanna! —Gillian lanzó una mirada ansiosa por encima del hombro.

Rodeando al cachorro, Hanna corrió por la plancha, mientras Gillian la guiaba con firmeza. Cuando la exasperación se apoderó de ella y Hanna se mordió las palabras de reprimenda, un hombre se acercó a Gillian, con su corpulento cuerpo coronado por una melena castaña oscura y una poblada barba a juego. El corazón de Hanna se detuvo.

«No puede ser».

Sacudió la cabeza para disipar el recuerdo.

«No es él».

Su complexión era la misma que la del líder de los hombres que habían destruido su familia, su vida. Sin embargo, en las semanas transcurridas desde entonces había conocido a muchos de estatura similar, y este hombre no era diferente de ellos. Sólo el recuerdo del barco le hizo pensar en aquel bruto.

Su sonrisa fácil al pasar junto a Gillian la tranquilizó un poco. Seguro que el diablo no sonreía a los niños.

—Veo que tenéis a vuestra cuidadora con vos —señaló a Hanna con la cabeza.

—Ella es Hanna. Es mi amiga. Mi cuidadora, Peigi, no se encuentra bien. —Gillian puso una mano en el brazo de Hanna.

—Oh, es un honor para mí tener tan bonitas muchachas a bordo. Avisaré a vuestro padre cuando el Veloz esté listo para su viaje inaugural, y tal vez os traiga a vos y a vuestra amiga con él—. Los ojos del hombre se entrecerraron contra el sol.

—Necesito una muchacha que coma zanahorias para que me ayude al timón ese día.

—Le envió un guiño a Hanna.

Acarició a Gillian por debajo de la barbilla, con una amplia sonrisa.

—Haré lo que pueda. —Gillian dirigió una mirada a Hanna como esperando que no hubiera oído el intercambio. Luego su mirada se desvió más allá de ella. Su cuerpo se puso rígido y se aferró con fuerza a la mano de Hanna, alarmada.

—¡Bjarne! ¡No!

Demasiado rápido para que Hanna reaccionara, Gillian pasó a toda velocidad, mientras los gritos de la niña resonaban en sus oídos. En ese instante, una nube se precipitó ante el sol, oscureciendo el cielo, y el viento arreció, llevándole mechones de cabello a la cara. La realidad se quebró y Hanna volvió a oír los gritos de las mujeres, de rabia, angustia y miedo. Al mismo tiempo, las gaviotas chillaban sobre ella.

«¡Vengadnos, Hanna!»

La nórdica negó con la cabeza, pero el rostro de Frida se burlaba de ella.

«No sois una verdadera guerrera. Os preocupáis más por el hijo de nuestro enemigo que por los hijos que perdisteis».

—¡No! —gritó Hanna.

«¡Ella no es el enemigo!»

—¡Hanna!

El grito agudo de Gillian rompió el aire, sacando a Hanna de su angustia. Vio a Gillian boca abajo, tendida sobre las tablas del muelle. Hanna dudó un instante, pero se arrebató la falda por encima de los tobillos y corrió al lado de Gillian.

—¡Se ha caído! —sollozó Gillian, estirando la mano todo lo que pudo hacia el cachorro que

flotaba en el agua. Movi6 los dedos, pero no podía alcanzarlo.

Hanna se arrodilló a su lado, intentando no reflejar el pánico que sentía en su interior mientras el suave balanceo del barco creaba olas que se movían rítmicamente sobre la cabeza de Bjarne.

—Gillian, dejadme intentarlo.

Apartándose las lágrimas de la cara, Gillian retrocedió unos centímetros para dejar espacio a Hanna.

—¡Ayudadlo! ¡Por favor!

Ignorando los gritos del barco, Hanna se tumbó sobre las tablas y se acercó al cachorro. Sus aullidos se hicieron menos frecuentes mientras luchaba por mantenerse a flote. De pronto, una fuerte ola empujó a Bjarne contra un pilote.

—¡Ayuda! —Gillian gritó y se lanzó hacia delante, deslizándose sobre los húmedos tablones, peligrosamente cerca del borde.

Los pies golpeaban las tablas mientras los hombres respondían a los gritos de Gillian. Rodando torpemente desde su posición boca abajo, Hanna intentó alcanzar la parte trasera del vestido de Gillian y falló.

—¡Gillian! —Una voz de hombre gritó.

Las voces llenaron la cabeza de Hanna.

«Soltadla. Nadie salvó a vuestra hija».

CAPÍTULO 13

Alejandro levantó la vista de los libros de cuentas que tenía sobre la mesa. Una joven estaba en la puerta de su solar, retorciéndose las manos y claramente enfadada. El lord dejó la pluma en el tintero y se levantó.

—¿Puedo ayudaros?

La mujer miró por encima del hombro como si temiera que alguien la oyera. Alejandro le indicó que entrara en la habitación. Ella avanzó dos pasos y luego se detuvo.

—Mi lord, soy Agnes, de la cocina. —Le dirigió una mirada preocupada.

—Adelante.

—Yo... He visto a la nueva nórdica con vuestra hija.

—Sí. A Gillian le agrada. —Alejandro entrecerró la mirada.

—La muchacha ha sido engañada. Me temo que está en grave peligro. —Agnes dio otro paso adelante.

Un frío temor lo invadió.

«No es posible. Hanna no puede querer hacerle daño. La cocinera está equivocada».

Inmediatamente, atravesó las puertas del castillo, débilmente consciente de los soldados que cerraban tras él. Sus pies golpearon el camino familiar a través de la aldea hasta el muelle mientras un grito se elevaba en el aire.

«¡Socorro!»

Dividido entre la necesidad de tener arcadas mientras el terror serpenteaba por su vientre, y el impulso de correr más rápido, Alejandro apretó los puños y encontró un poco más de velocidad. Al llegar a la cima de una pequeña colina, la vista del muelle se extendía ante él.

«¿Por qué huye Gillian del Veloz? ¿De quién huye? ¿Por qué no la detiene Hanna?»

Gillian resbaló, y cayó.

«¿Dónde demonios está Hanna?»

Alejandro apartó la mirada de su hija y divisó a la nórdica mientras corría desde el Veloz hasta el muelle donde yacía Gillian.

Un desnivel en el camino restó visibilidad a Alejandro.

—¡Gillian! —Alejandro corrió hacia el muelle, gritando el nombre de su hija. Los soldados de su guardia personal martilleaban las tablas tras él. Alejandro esquivó a marineros y marineros de cubierta y corrió hacia el muelle. Los hombres se apartaron apresuradamente mientras él se abría paso entre sus filas.

Un destello de faldas marrones marcó la silueta de Hanna esparcida por el muelle. Gillian no aparecía por ninguna parte, con sus gritos ahogados. Entonces, la mano de Alejandro agarró la empuñadura de su espada. Su otra mano se extendió hacia delante, encontrándose con aire vacío, demasiado lejos para ser de ayuda.

«Soltadla».

Las palabras saltaron a su cerebro, pero naufragaron en sus labios. ¿Hanna había sujetado a Gillian para ayudarla? ¿O la retuvo en el agua?

—¡Gillian! —rugió el lord.

Con un giro de su cuerpo, Hanna hizo rodar a Gillian hasta el borde del muelle, aferrándola contra su pecho. Alejandro llegó a su lado y apartó a Gillian de un empujón, poniéndola en pie

detrás de él. Hanna se incorporó, mirando fijamente al agua. Los hombres rodearon a Alejandro y éste centró su atención en Gillian, agachándose a su lado mientras inspeccionaba cada centímetro.

—¡Mirad, padre! —Gillian se retorció entre sus brazos.

En ese momento, el lord levantó la vista cuando dos hombres se lanzaron tras Hanna, que había aprovechado para alejarse a toda prisa.

—¡No la dejéis escapar! ¡Intentó matar a la hija del lord! —gritó uno de los hombres.

Hanna miró por encima del hombro, con el rostro pálido. Su paso vaciló, y dos hombres se le echaron encima en un instante, uno a cada lado. Dejando caer su peso inesperadamente, Hanna se zafó de sus garras, haciéndolos caer en picado mientras sacaba una daga de la manga.

—¡Alto! —Alejandro se puso en pie.

—¡No! —chilló Gillian.

—Quedaos aquí. —Alejandro cogió a su hija por el hombro y se la pasó a uno de sus soldados.

Gillian frunció el ceño, con una expresión de feroz rebeldía en el rostro.

—No desobedezcáis —advirtió Alejandro.

Gillian le soltó las manos y se alejó corriendo.

Con una maldición, Alejandro corrió tras ella, pero se detuvo cuando Gillian se abalanzó sobre Bjarne, que salía a duras penas del lago, abrazándolo contra su pecho. Finalmente, el lord se volvió hacia Hanna, con el corazón latiéndole erráticamente.

—Quisiera que me contarais qué ha pasado.

—Retirad a vuestros hombres. —Manchas brillantes aparecieron en las mejillas de Hanna.

Alejandro asintió y los dos hombres se alejaron varios pasos.

—Guardad vuestra daga.

Hanna le lanzó una mirada desafiante. Tras un momento, la envainó.

—No le he hecho daño a vuestra hija.

—Contadme qué ha pasado.

—Hablamos con el capitán.

La nórdica señaló con la cabeza al maestro constructor de barcos, nombrándolo mal, pero Alejandro no comentó su error.

—Volvió a su trabajo y Gillian vio cómo su cachorro intentaba saltar del muelle al barco.

—No le gustan las tablas —dijo Gillian—. ¡Se cayó al agua!

—Gillian corrió delante de mí. Yo... No debería haberla dejado escapar. Cuando la alcancé, la cogí y fallé.

Uno de los hombres refunfuñó y movió los pies. Hanna le dirigió una mirada acusadora. Dio un paso adelante, sacando pecho, con beligerancia en los ojos.

—¡La empujasteis! ¡Os he visto! La muchacha casi cae al lago.

—Yo la atrapé. —Hanna le lanzó una mirada de arco.

—Una vez que estuvimos lo suficientemente cerca para ver de qué se trataba —se burló.

—No le haría daño. —Hanna se estremeció.

—Se dice que buscáis venganza. ¡Nos colgarán a todos antes de permitir que le hagáis daño a la niña! —El hombre se encrespó mientras la acechaba.

El viento silbaba entre los árboles, haciendo que las olas chocaran contra la orilla. Bjarne gimoteó en el apretado agarre de Gillian. Por su parte, Alejandro estudió a la mujer que tenía delante. Sus ojos brillaban desafiantes, su vestido la envolvía en la asfixiante garra de la tormenta que se avecinaba. La daga volvió a aparecer.

—Un paso más y os clavaré el pie en estos tablones —amenazó Hanna y el hombre vaciló.

—¿Todavía os obsesiona la necesidad de venganza? ¿O sois la mujer que creo que sois? —Alejandro apretó la mandíbula con frustración.

Pasaron largos momentos. La tensión se enroscaba entre ellos.

—¿Me equivoco, Hanna?

—Hoy he salvado a Gillian. Quizá sólo se hubiera dado un chapuzón inoportuno si no la hubiera agarrado. Pero no podía arriesgarme a que quedara aplastada entre el barco y los pilotes. Si queréis creerlos a esta gentuza -señaló a los dos hombres con el ceño fruncido-, es vuestro privilegio. —Hanna levantó la barbilla.

—Si me lo permitís, lord, desde mi punto de vista, la dama no ha intentado hacer daño a la niña. —El capitán dio un paso adelante.

—Y parece que se hizo daño a sí misma tratando de salvar a la pequeña Gillian —señaló a Hanna con la cabeza.

Hanna se llevó los dedos a la mejilla donde el dolor hablaba de golpear las tablas de madera mientras agarraba a Gillian.

—Padre, Hanna no me haría daño. Ni siquiera me regaña mucho. —La vocecita de Gillian se posó en el corazón de Alejandro y su desconfianza se derritió.

—Hablaré con Eric más tarde. Por ahora, deseo estar a solas con Hanna y Gillian. Los demás podéis marcharos —indicó al hombre que había acusado a Hanna.

Lord MacLean tenía toda la apariencia de un hombre paciente, pero los que lo rodeaban desaparecieron rápidamente ante su desdicho. Gillian soltó a Bjarne y se acercó a Hanna, agarrando sus faldas con un puño mugriento mientras se apoyaba en las piernas de la nórdica.

—Padre, no os enojéis con Bjarne. No sabía que no podía saltar la brecha.

Hanna se asombró del juicio de Gillian.

«¿Enfadado con el perro? El lord está enfadado conmigo».

—No estoy enfadado con ninguno de vosotros, excepto con el hombre que acusó a Hanna —la voz de Alejandro retumbó.

—Él está equivocado —respondió Gillian con naturalidad—. Hanna no me haría daño. Hanna me quiere.

—¿Es cierto? —La mirada del lord se dirigió a Hanna.

—Sí que me agrada. —Su voz bajó de tono, traicionando su ira—. Y, sí, el hombre está equivocado.

—¡Bien! Regáñale, padre, y no volverá a hacerlo. —Gillian sonrió, feliz.

—¿Podemos volver? Tengo hambre. —Levantó su rostro hacia Hanna.

Hanna miró al lord.

—Volved al salón, Gillian. Os seguiremos. —Alejandro asintió brevemente.

Con un chasquido de dedos para hacer señas a Bjarne, Gillian subió por el sendero, deshaciéndose rápidamente de sus problemas.

—¿Quién me ha acusado? —Hanna miró al lord con recelo y Alejandro la miró sin comprender.

—Aparte del hombre que llamáis Eric. ¿Por qué corrísteis aquí?

—Una mujer de la cocina estaba preocupada porque Gillian estaba en peligro.

—¿Una mujer -y creo saber quién- os puso en mi contra tan fácilmente? Si hubiera ido a vuestra cama anoche, ¿habríais guardado una daga bajo la almohada? ¿Os acostaríais conmigo, pero no confiaríais en mí? —Su evasiva irritó a Hanna.

—Siempre guardo una daga. —Sacudió la cabeza—. Hanna, si no hubiera confianza entre

nosotros, no os invitaría a mi cama. No obtengo placer adicional del peligro. Prefiero asumir que despertaré con mis partes intactas.

A pesar de la fría rabia que le producía su aparente traición por un simple susurro de una fuente envidiosa, Hanna tuvo que reprimir la sonrisa. Necesitaría astucia para vencer a este hombre. No lo sometería con su fuerza bruta. Hasta el momento, sólo había recibido un suave toque de él. La anchura de sus hombros y sus largos brazos prometían mucho más.

—Hanna, no debería haber escuchado a Agnes. Me temo que en lo que respecta a Gillian, tengo un punto ciego.

—He matado intentando proteger a mi hija. —Hanna soltó un fuerte suspiro. Su garganta de repente se obstruyó con lágrimas—. No os condenaré por querer proteger a la vuestra.

CAPÍTULO 14

Hanna se llevó las yemas de los dedos a la mejilla, probando el ungüento que el lord le había obligado a aceptar de la curandera. Su preocupación y su sonrisa irónica, cuando le recordó que había sufrido por su hija, acabaron con la reserva que sentía hacia él. No hacía tanto tiempo que ella le había deseado un gran mal, tal vez incluso la muerte de su hija. Se estremeció. Gillian no. Nunca Gillian. Y quizás tampoco al lord. Su deseo de venganza disminuía cada día, sustituido por algo mucho más cálido, más sano, más deseable. Él era escocés, pero ahora ella lo conocía como un hombre que se preocupaba profundamente, y que la había tratado con justicia.

Alejandro le había preguntado si le acompañaría después de la comida del mediodía para ver los cambios que se estaban haciendo en la Marsopa. Una parte de ella se resistía a la petición de aprobar las condiciones para el rey escocés, y otra parte de ella se resistía a ser vista tan libremente en compañía del lord MacLean. Este le había pedido que se convirtiera en su amante, y si le acompañaba, la gente asumiría que había aceptado. Ese no era el papel que ella deseaba.

Seguidamente, Hanna levantó la vista cuando Alejandro asomó la cabeza por la puerta abierta. No parecía en absoluto desconcertado por encontrarse en el nivel más alto de la torre, en una de las habitaciones más pequeñas y mal equipadas de todo el castillo.

—¿Estáis lista?

—No creo que sea una buena idea. —Hanna negó con la cabeza.

—¿Por qué no? —Entró de lleno en la puerta.

—No quiero que vuestra gente se haga una idea equivocada de mí.

—También son vuestra gente, mientras viváis aquí —protestó Alejandro.

—Eso no cambia el hecho de que pertenezco a un clan enemigo, a un país enemigo. Y que me vean a vuestro lado indica un vínculo entre nosotros que no existe.

—Eso es cierto —admitió.

—Y aún debo trabajar entre ellos.

—Agnes trabajará en la lavandería. No tenéis que temer represalias de ella.

Hanna enarcó las cejas.

—Decidió crear problemas donde no los había. Si hubierais actuado así, seríais vos la que estaríais revisando las prendas manchadas —resopló Alejandro.

«¿Justicia? ¿Imparcialidad? ¿Qué clase de hombre es?»

—¿Vendréis? He enviado a Gillian a Peigi para que duerma una siesta después del ajetreo de la mañana. No quiero ir solo. —Le envió una mirada encantadora.

—Los lores casi nunca van solos a ninguna parte —observó ella con sorna.

—Quiero ir con vos. —Puso pies en polvorosa y cruzó los brazos sobre el pecho, afianzándose firmemente en el sitio.

—¡Ja! Demasiado para no exigir mi cumplimiento. ¿Es una condición para mi estancia? Porque sabéis que, si voy, acortaré la distancia a vuestra cama, al menos en la mente de vuestra gente. —Hanna no pudo resistir una pequeña insinuación para recordarle su declaración de la noche anterior.

—No. No pondré condiciones a vuestra estancia. Sin embargo, usaré todos los encantos a mi disposición para atraeros a mi lado. —Alejandro sonrió ampliamente.

—¿Encantos? ¿Atiborrar mi puerta como un dios nórdico? —Una de las cejas de Hanna se

inclinó con recelo.

—Creo que nunca me han comparado con un dios nórdico. Por otra parte, tampoco he escuchado nunca las opiniones de una hermosa nórdica. —Inclinó la cabeza, considerando la imagen de hombre engreído.

—¿Las mujeres de aquí no os alaban? —Hanna lo provocó, ignorando el revoloteo de su vientre cuando la llamó hermosa. Era una estratagema de hombre. Ella sabía que no era hermosa.

—No presto atención. Para los de mi salón, soy su lord. Las mujeres que desfilan ante mí como posibles candidatas a esposa hablan con halagos vacíos. Si os referís a las que comparten mi cama, no repetiré esas confidencias.

—He oído que vos y vuestra difunta esposa no solíais estar de acuerdo. —Los cotilleos de cocina vinieron a la mente de Hanna. Luego aventuró una rápida mirada a sus facciones, curiosa por ver cómo reaccionaba.

—Incluso dos años después de su muerte, los cotilleos no cesan. Tal vez tengáis motivos de sobra para rechazar mi petición hoy. No os lo exigiré. —Su sonrisa se transformó en ceño, pero se limitó a negar con la cabeza.

Incluso cuando la liberó de su petición, sus ojos le rogaron que se uniera a él.

—Me pondré una capa sobre el vestido e iré con vos. —Hanna suspiró e indicó las manchas que manchaban la lana.

—¿No tenéis otro vestido? —Alejandro frunció el ceño.

—No. —Hanna vaciló mientras aceptaba los cambios en su vida—. No creía que fuera a necesitar otro.

* * *

¿Necesitar otro? Un pensamiento inconcebible teniendo en cuenta el vasto armario de su difunta esposa. Se dio cuenta.

—Sabíais que moriríais si os vengabais.

—Sí. —Hanna lo miró fijamente.

—¿Necesitáis otro vestido, Hanna? Alejandro la estudió con atención.

Para su alivio, ella asintió.

—Sí, creo que sí.

—¿Me acompañaréis hoy? —Con un pequeño suspiro, Alejandro se aferró a su declaración anterior.

«Freya, ayúdame, porque me resulta difícil resistirme a una súplica tan sincera».

Enseguida, cogió la capa que colgaba de una percha junto a la puerta, una prenda claramente en desuso. Sin embargo, Alejandro se le adelantó, se la colocó sobre los hombros como si fuera de seda fina. Entonces, le detuvo la mano cuando ella buscaba la capucha.

—No os pongáis la capucha.

La nórdica le lanzó una mirada interrogante.

—Me gusta vuestro cabello. —Le hizo un gesto para que le precediera, ocultando su sonrisa ante su mirada sorprendida. Disfrutaba jugando con Hanna, provocándola para que le contara sus pensamientos privados, escuchando su franqueza. Y también disfrutaba cuando ella lo superaba.

A continuación, entraron en el patio, observando las oscuras nubes que se cernían sobre ellos.

—¿Nos arriesgamos a empaparnos, mi lord?

—Si os cae una gota encima, mandaré hacer tres vestidos para reemplazar éste —prometió Alejandro, complacido por la expresión ligeramente escéptica de Hanna—. Puedo

soportar el coste, Hanna, pero sólo si me llamáis Alejandro.

La frase dio en el clavo. Las mejillas de Hanna se sonrosaron y su mirada se desvió.

—¿Es demasiado difícil para vos... o debería enseñároslo en nórdico?

—¿Cuál es vuestro nombre en nórdico? —Volvió su mirada, sorprendida.

—Alejandro. —Esta vez no pudo contener la risa ante la mirada de dolor que ella le dirigió. Le puso la palma de la mano en la espalda y la empujó a cruzar el patio. Seis de sus guardias personales los flanqueaban a una discreta distancia. Hanna miró por encima del hombro.

—¿Tantos son?

Alejandro la siguió con la mirada, la familiaridad de su guardia estaba tan arraigada que apenas había reparado en ellos.

—Es el protocolo. Y es la única forma que tengo de aparentar normalidad. Dentro de las murallas suele haber dos que me cubren las espaldas o vigilan la habitación en la que estoy. Fuera, hay más. —Se encogió de hombros—. Gillian también tiene un guardia, aunque a menudo se escabulle. Como no sale de las murallas del castillo sin escolta, suele estar bajo la vigilancia de Peigi. Si sale, debe ser vigilada. —Hizo una pausa y frunció el ceño—. Hoy no tiene guardia.

—No. No estoy acostumbrada a tales precauciones. —Hanna sacudió la cabeza.

—Ella sería un excelente objetivo para el rescate. Debes prometer que reuniréis al menos dos soldados para vigilarla en caso de que os engañe para que la llevéis más allá de las murallas de nuevo.

—Veo el peligro. Haré lo que me pedís.

Alejandro la sujetó por el codo, apoyándola en un terreno rocoso. No porque la considerara frágil o incapaz de superar el pequeño obstáculo, sino porque disfrutaba tocándola. Luego saludó al maestro constructor que había dejado su trabajo en el Veloz para unirse a ellos. Se puso a su lado mientras recorrían el muelle hasta llegar a la nave más pequeña.

—¿Cómo va el reacondicionamiento? —preguntó Alejandro.

En ese instante, el capitán hizo una breve reverencia a Hanna y luego pasó a hablar de detalles y preguntas sobre la Marsopa.

—No tiene por qué ser lujoso —le recordó Alejandro—. Simplemente adecuado en caso de que el rey decida navegar con nosotros. Si desea un buque insignia personal, estoy seguro de que podremos considerar la idea más adelante.

—Entonces todo estará en su sitio la semana que viene. Venid a verlo por vos mismo.

—Excelente. Tendremos que zarpar al final de la noche para reunirnos con el rey.

El capitán les hizo señas para que subieran a bordo. Alejandro ayudó a Hanna a subir la empinada plancha, pero ella le soltó la mano del brazo y le indicó con la cabeza que continuara sin ella.

Entre tanto, Alejandro escuchó con media oreja los comentarios del capitán, mientras sus ojos observaban la madera pulida y el metal reluciente en cada centímetro del barco. El camarote del capitán había sido ampliado y equipado con una cama, un escritorio y una silla en medio de un amplio espacio, y tapizado con tela pesada para mantener a raya el aire frío. Un segundo camarote, generalmente reservado para un invitado -en caso de tener un cliente de pago-, había sido acondicionado de forma similar. Además, un almacén se había convertido en dormitorio adicional para los soldados, ya que el rey tendría el suyo propio, y Alejandro sospechaba que el rey Alejandro estaría ansioso por probar la Marsopa en persona.

—Estoy muy contento. Habéis hecho lo que os pedí, y a tiempo. Muchas gracias. — Alejandro sonrió. Por su parte, el capitán asintió con la cabeza en señal de aceptación. Cumplido su deber, Alejandro se desvió al instante—. Me aseguraré de que los víveres y cualquier otra

cosa que necesitéis estén disponibles. —Hizo un breve gesto de despedida al capitán y se giró en busca de Hanna, que permanecía cerca de donde él la había dejado, con la mirada perdida en el lejano horizonte.

—¿Qué os preocupa, Hanna? Rápidamente cruzó los tablones a su lado.

—Vinieron de noche: tres barcos negros iluminados con faroles y antorchas.

Alejandro la abrazó con cautela, sintiendo el leve escalofrío que le recorrió el cuerpo. Tal vez el lord se había ganado su confianza, pero a ella le llevaría tiempo vencer sus demonios.

CAPÍTULO 15

No es que Alejandro estuviera hambriento, simplemente nunca había podido resistirse al aroma de las empanadas recién horneadas. Y, como lord, era menos probable que le dieran una bofetada por coger a hurtadillas una empanada caliente de la mesa de enfriamiento. Su barriga gruñía mientras se despojaba de su tartán manchado de sudor. La práctica con la espada de esta mañana había sido agotadora, y se había quedado en medio de aquel grupo de hombres mucho más jóvenes y bien entrenados por la única razón de que no le apetecía una tarde de contabilidad.

Enseguida, Alejandro se echó agua por el cuello y los hombros, cogió un trozo de lino para secarse y decidió tomar un par de las preciadas tartas de Cook antes de acomodarse en su escritorio. El creciente aroma parecía destinado a distraerle. Se frotó el grueso cabello y se echó el paño sobre los hombros, seguro de que necesitaría un tartán limpio antes de reanudar sus tareas, y dudando si dejar enfriar las tartas antes de volver a recoger una.

—¿Qué preferís primero?

La voz femenina y directa le sobresaltó. Alejandro giró la cabeza y su mirada se posó en la esbelta figura de Hanna, que permanecía pacientemente a un lado. Se deleitó un instante con la ceja arqueada sobre los ojos verde oscuro y la boca sin llegar a esbozar una sonrisa. Una de sus manos sostenía un tartán doblado y, presumiblemente, limpio. La otra, una pequeña fuente con dos empanadas humeantes. El estómago de Alejandro rugió al ver las empanadillas, aunque su miembro se agitó con un hambre diferente.

—Hace poco más de un mes que vivís aquí, ¿y ya me conocéis tan bien?

—Sois un hombre difícil de entender, mi lord. —Hanna levantó primero una mano y luego la otra, pidiéndole que eligiera—. Y vuestra hija ya ha hecho su elección.

Con una sonrisa, Alejandro cogió una tarta y se la devoró de dos bocados mientras aspiraba aire frío sobre los dientes para aliviar el ardor del manjar caliente.

Paciente, Hanna esperó a que tuviera las manos libres y le ofreció la camisa con una mirada mordaz por su estado a medio vestir. Entonces, Alejandro cogió el tartán y se lo colocó por encima de la cabeza, refunfuñando en silencio que no le habría pedido que se cubriera si hubiera sido al revés. Se pasó el dobladillo por las caderas y se ajustó subrepticamente los *trews*. Luego cogió la segunda tarta y se la comió lentamente, saboreando los sabores mientras Hanna dejaba a un lado el plato vacío y se acercaba para atarle las cuerdas al cuello. Su aroma llegó hasta él, desafiando el atractivo de las empanadas. Asimismo, acalló el gemido de su pecho, luchando contra el impulso de apretarse contra ella. Se preguntó brevemente qué haría Hanna si le subía las faldas y la arrinconaba contra la pared del torreón, con las piernas alrededor de su cintura. Finalmente, con una palmada en la proa, se dio la vuelta para recoger su plato. Contrariado por el fin de sus fantasías, metió en su boca lo que quedaba de la empanada y trató de hablar mientras masticaba.

—¿*Gilam*?

Hanna miró por encima del hombro y luego lo encaró, con ambas manos en el borde de la fuente, que sostenía apoyada en la falda, como si fuera un escudo.

—Es una niña encantadora. Aunque me pregunto si le vendría bien un tutor. Alguien que hable tantos idiomas como ella. —Esta vez levantó un borde de los labios, dejando entrever una sonrisa.

—Parece que estáis bien. —Alejandro tragó saliva, intrigado.

—Supongo que la respuesta correcta es *gracias*, ya que asumiré que ha sido una declaración sincera, no una mirada lasciva y una sugerencia de comportamiento que ya he rechazado. —Un leve rubor tiñó sus mejillas.

—¡Por Dios, muchacha! —exclamó Alejandro, no tan sorprendido por su respuesta como disgustado por forzar su ardor a un lado una vez más—. Sois libres de vivir aquí sin condiciones, ¿no lo he dicho ya bastante? Aunque también sois libres de suponer que no rechazaré un suave beso de gratitud si os apetece.

—Me *inclino* por no precipitarme en algo para lo que no estoy preparada. Hace demasiado poco que enviudé, como bien sabéis. —Hanna enarcó una ceja.

—Habladme de él —instó Alejandro, inexplicablemente celoso del hombre que había dominado el cuerpo de Hanna, su lealtad, su tacto.

—¿Por qué queríais saber de él? —La expresión de Hanna se volvió cautelosa.

—Porque me dice más de vos.

—Torvald y yo nos casamos para unir dos clanes por la sangre. Era un buen líder y un buen padre. —Hanna lo miró un momento y luego se encogió de hombros.

—¿Fue un buen marido?

—Mantenía la comida en la mesa y la disciplina en nuestro hogar. —La mirada de Hanna se entrecerró como si no quisiera hablar mal de los muertos.

—¿Le queríais, Hanna?

—No me disgustaba. Era honorable y estaba claro que amaba a nuestros hijos.

—Ya sabéis que mi mujer y yo tuvimos un matrimonio sin amor. Tal vez nos esforzamos demasiado al principio. Nuestros clanes habían sido enemigos acérrimos y no nos atrevíamos a fracasar. —Alejandro asimiló los áridos hechos y suspiró—. Pero la pérdida de los gemelos, y de nuestro hijo poco después, acabó con la débil relación que teníamos. Gillian nació mucho después y fue una sorpresa para su madre y para mí. —Posó su mirada en Hanna—. A pesar de nuestras diferencias, nos mantuvimos fieles el uno al otro.

—Aun así, debéis echarla de menos.

—No era una mujer difícil, y mi matrimonio podría haber sido mucho peor. Sin embargo, siento que me he perdido algo. —Alejandro consideró su afirmación, escuchando la ligera pregunta en su voz.

—El matrimonio de mi hermana empezó por conveniencia. Pero desarrollaron una pasión mutua pocas veces vista. No recuerdo a mi madre, murió cuando yo era un niño, pero todo el mundo decía que ella y mi padre se querían mucho. Mi padre se perdió muchos años de matrimonio, pero no el amor. —Los labios de Hanna se entreabrieron ligeramente, como si quisiera decir algo más, pero luego cambió de opinión.

* * *

Hanna regresó a la cocina, tomándose su tiempo mientras meditaba sobre la declaración de Alejandro. ¿Se había perdido el amor? Casi seguro que sí, pues, aunque su marido había sido un hombre lujurioso, había sido lo bastante considerado como para no forzarla y siempre había acabado rápido. Sin embargo, había ocurrido algunas veces... no, mejor no pensar en esas cosas. Torvald estaba muerto. Era demasiado pronto para considerar otra alianza, ¡y menos con un escocés! Mientras permaneciera alejada de su gente, el matrimonio estaba fuera de su alcance.

¿Pero lo estaba el amor?

A continuación, Hanna cruzó la cocina, enjuagó rápidamente la fuente y la dejó a un lado

para que se secara. Salió por la puerta hacia la perrera, donde había dejado a Gillian molestando al amo de la perrera para que le enseñara trucos a Bjarne, y vio a lord MacLean robando otra de las empanadas de Cook, aunque se inclinó hacia delante y besó la mejilla que le ofrecía la mujer mientras ella agitaba una cuchara de madera alrededor de su cabeza como amenaza implícita.

Cumplidas las formalidades, Cook le puso una segunda empanada en las manos y lo despidió. Su sonrisa iluminó la cocina, tan alegre como la de cualquier muchacho, y se inclinó antes de que sus ojos se encontraran con los de ella.

De pronto, un cosquilleo recorrió la piel de Hanna. Era un hombre lo bastante varonil como para captar la atención de cualquier mujer, pero ella desesperaba por unirse a las filas de damas solteras que buscaban algo más que un vistazo al lord MacLean.

¡Qué tontería! Si se quedaba en el castillo MacLean, había otros hombres disponibles si deseaba formar un vínculo. Aunque no había visto ninguno que compitiera con Alejandro MacLean. Se dejó llevar por su mirada, oscura y misteriosa, audaz y atrevida. ¿Cómo sería su beso? ¿Se suavizarían sus labios cincelados contra los suyos? No se imaginaba que fueran duros e impersonales. Su contacto casual hizo que un hormigueo recorriera su piel. ¿Cómo se sentiría acariciada? El vientre se le calentó al pensarlo.

¿Honraría al hijo que concibieran?

Hanna se mordió el labio, pensativa. ¿Sería ella la única responsable de sus actos? Inclinó la cabeza, reconociéndola, y se marchó, llevando consigo sus empanadas, dejando que Hanna se preguntara qué le había ofrecido. En ese momento, suspiró. Era demasiado pronto. Torvald merecía ser recordado. Y, sin embargo, si él hubiera muerto de muerte natural, ella se habría visto presionada a casarse de nuevo rápidamente para mantener el liderazgo del clan. Y sin familia o parientes, ¿quién estaba allí para aconsejarla?

¿Deseaba someterse a la autoridad de otro hombre o valoraba la poca libertad que tenía? Y si aceptaba las atenciones del barón, ¿qué le ocurriría cuando Alejandro MacLean tomara otra esposa?

CAPÍTULO 16

Arbela estrechó la mirada hacia su hermano, con una mezcla de desconcierto y placer por su aparente buen humor. El lord observaba a la multitud en el salón mientras la gente se ocupaba de sus tareas, con una leve sonrisa en el rostro, como si esperara algo.

—¿Por qué estáis de tan buen humor? —preguntó.

—¿En qué soy diferente? —Alejandro la miró, sorprendido.

—Vuestras sonrisas eran tristes la última vez que os vi, hermano. Parece que os habéis despojado de preocupaciones y años desde la última vez que os vi. —Arbela le alborotó el cabello como si fuera un muchacho.

—No estaba en mi mejor forma después del funeral de Annag —le recordó Alejandro suavemente.

—No, incluso antes de eso parecíais susceptible, casi áspero. Sospechaba que tenía mucho que ver con las muertes de padre y del joven Donal, así como con las responsabilidades del clan, además del oficio que supervisáis.

—Y con una esposa que os dejó demasiado solos. No aplaudo su muerte, pero me alegra veros más relajado. —Arbela bajó la voz.

De pronto, al fondo del salón se levantó un alboroto: ladridos estridentes y risas de niña entre el estrépito de un banco sobre el suelo de piedra. Arbela miró rápidamente a su hermano, esperando que frunciera el ceño. Pero la expresión de su rostro la dejó boquiabierta. Con los ojos fijos en la gente que salía del alboroto, su sonrisa hambrienta se ensanchó. Desvió la mirada hacia el fondo de la sala y vio a Gillian charlando alegremente con una mujer rubia a su lado mientras se acercaban a la mesa principal. La mujer no era la cuidadora de Gillian.

—¿Peigi ha dejado de ser útil?

Alejandro no contestó. Entonces, Arbela le dio un empujón en el hombro por haberla ignorado y le dedicó a Gillian una cálida sonrisa cuando la niña chilló y saltó alrededor de la mesa para ponerse a su lado.

—¿Cómo está mi sobrina favorita? —Arbela abrazó a Gillian con fuerza.

—Soy vuestra única sobrina. —La niña rio y le devolvió el abrazo.

—No se pueden pedir mejores probabilidades —bromeó Arbela.

—¿Qué son las *probabilidades*? —quiso saber Gillian.

—¡Arbela! —Alejandro lanzó una mirada de advertencia a su hermana.

—¿Podríais presentarme a vuestra nueva cuidadora? —Arbela cambió hábilmente de tema.

—Ella es Hanna. —Gillian saltó de su regazo y cogió la mano de la mujer, llevándola hacia delante y usó un tono formal.

—Hanna, ella es mi tía Bela, la hermana de mi padre. Vive en Dunfaileas, pero vivió aquí cuando era pequeña, como yo.

La mirada cautelosa de Hanna pasó de Gillian a Arbela y finalmente a Alejandro.

—Es un placer conoceros. —Arbela miró de Hanna a Alejandro, extrañada por la mirada que ambos intercambiaron.

—El placer es mío, *milady*. —Hanna volvió a prestar atención a la presentación.

Aunque su voz era moderada, sus palabras contenían un matiz que Arbela ya había oído antes.

—¿Nórdica? —Arbela levantó una ceja.
—Sí. —Los ojos de Hanna brillaron.
—Aquí sois bienvenida. —Arbela le dedicó una agradable sonrisa.
—Eso me han dicho. —Hanna miró de nuevo a Alejandro.
—No es mi cuidadora. Es mi amiga. Peigi ha estado enferma y Hanna es mucho más divertida. Y también Aadny —interrumpió Gillian.
—¿Aadny? —Arbela clavó una mirada en Alejandro.
—Ella y Hanna llegaron el mismo día. Aadny ha sido como una hermana mayor para Gillian. Aunque no tan mandona ni entrometida. —El lord le devolvió la mirada con una ceja levantada.
—He venido a ver cuánto habéis crecido vos y el cachorro, y a comprobar que vuestro padre no se metía en líos. ¿Dónde está la bestia que os envié? —Arbela agradeció su ocurrencia con una sonrisa y se volvió hacia Gillian.
Gillian dio varios pasos más allá de la mesa mientras buscaba al perro.
—¡Bjarne! —Envío a Arbela una mirada de disculpa—. Debe de haber escapado. Había un gato al otro lado de la puerta. Supongo que lo habéis oído.
—Sí, creo que sí. Tal vez sea mejor que vayáis a buscarlo y yo me reuniré con vosotros dentro de un rato. —Arbela sonrió—. Ha sido un placer conocerlos. Espero que podamos hablar antes de que me vaya —saludó a Hanna con la cabeza.
—Eso espero, *milady*. —Hanna se retiró rápidamente en busca de Gillian.
Alejandro se quedó mirando a la nórdica mientras se alejaba. En ese momento, Arbela le golpeó el hombro.
—¿Así que esta es la que os impide responder a mis invitaciones a visitarme?

* * *

Hipnotizado por el contoneo de las caderas de Hanna, Alejandro salió a regañadientes de su trance y prestó atención a su hermana, con la esperanza de desviar su curiosidad. Su sonrisa le dijo que veía mucho más de lo que él pretendía.
—Gillian está ayudando a Hanna a superar el dolor por la pérdida de su familia.
—¡Qué tono tan hipócrita! También estáis deseando ayudarla a olvidar su pasado.
—Arbela soltó una carcajada.
—¿Y qué si lo estoy? El consejo ha estado detrás de mí este último año para encontrar a una mujer de mi elección. —Alejandro tamborileó con las yemas de los dedos en el brazo de su silla.
—Sí, y casaros con ella. —El tono arisco de Arbela le recordó las exigencias del consejo—. ¿Tenéis intención de casaros con esta nórdica?
—Se me había pasado por la cabeza —refunfuñó Alejandro, molesto al oír su dilema salir de sus labios.
—¿Qué dirá el consejo?
—No me importa. —Su ira aumentó.
—Debería. Aunque seáis el barón, ellos son vuestro consejo.
—No deberían preocuparse por quién me lleve a la cama.
—No se preocuparán. Pero atar al clan a una mujer de clara ascendencia nórdica podría ponerlos a vos y al clan en una situación precaria con el rey. —Arbela agachó la cabeza, complacida.
En el fondo, Alejandro quería gritar que era perfectamente capaz de manejar la política de su propio clan, pero sabía que su hermana se limitaba a decir lo obvio.

—¿No tenéis una cita con el rey dentro de quince días? —insistió.

—¿Qué queréis que haga? ¿Pedirle su bendición para casarme con una nórdica mientras conspiramos para arrebatárselo al rey de Noruega el control de las islas?

—¿Le habéis hablado de vuestros deseos a Hanna? —Arbela se inclinó hacia él y le puso una mano encima.

Alejandro asintió con la cabeza en respuesta.

—¿Cómo ha respondido? ¿Se *resiste* a casaros con vos?

Alejandro frunció el ceño. ¿Por qué parecía que Arbela aprobaba la idea de que Hanna pudiera tener fuertes sentimientos sobre casarse con un escocés?

—No le pedí que se casara conmigo.

—Dijisteis que sí. —Arbela retrocedió.

—No. No le pedí que se casara conmigo. Le pedí que se convirtiera en mi amante.

—Venid conmigo. —La silla de Arbela chirrió en el suelo de piedra mientras se levantaba con fuerza. Su orden, inflexible tras años de criar a su propia prole, no le dejó otra opción. Dio un último sorbo a su copa y se levantó para seguirla. Entraron en su solar y Arbela cerró la puerta tras ellos.

—¿Habéis perdido la cabeza? ¿O es que la vejez os ha alcanzado por fin? Mi hermano, el galante caballero al que las muchachas arrojaban su virginidad...

—¡Nunca desfloré a una inocente! —protestó Alejandro y se detuvo, pues sabía que estaba equivocado.

—Una. No estaba al tanto. Ella era muy convincente. Y fue antes de casarme.

—Pasasteis casi treinta años de casado siéndole fiel a vuestra mujer. Y ahora que eres libre para casaros de nuevo, os habéis pasado el último año surcando la costa mediterránea, aunque imagino que al menos habréis aprendido a ser discretos. —Arbela le pinchó el pecho con el índice.

—No me abrí camino a través de las ciudades portuarias —gruñó—. Llevaba a mi hija conmigo.

—Sea como fuere, ahora tenéis una mujer en mente -es muy hermosa, por cierto, y Gillian parece enamorada de ella- ¡y no hacéis más que mirarla como un muchacho enamorado! Os lo merecéis, ella no hará más que intercambiar miradas de cachorro con vosotras. ¡Ofreciéndooos para hacerla vuestra amante! —Arbela arqueó las cejas en un gesto irónico que conocía demasiado bien.

—¿Estáis diciendo que *debería* casarme con una nórdica? —Alejandro sacudió la cabeza como un buey aturdido por el golpe de un carnicero.

—No *una* nórdica, *esa* nórdica —corrigió Arbela—. O al menos dadle la cortesía de hablarle con el corazón. Me imagino las tonterías que habréis soltado para mantenerla a distancia. No tenéis costumbre de cortejar, hermano.

CAPÍTULO 17

El lord llamó la atención de Hanna con un rápido gesto mientras Arbela entablaba conversación con Gillian sobre las virtudes de su cachorro. Hanna se apartó, respondiendo a un peculiar impulso de estar cerca de él. Su interés despertó su curiosidad y, en contra de su buen juicio -mientras su corazón marcaba una extraña y ansiosa cadencia-, se unió a él mientras bordeaba una pila de escudos de madera muy desgastados que yacían en el borde del campo de prácticas. Con las manos entre los amplios puños de las mangas, se puso a su lado y miró por encima del hombro hacia donde la mujer mayor jugueteaba con Gillian y su cachorro.

—Oh, mi hermana es una buena muchacha —dijo lord MacLean—, y siempre fuimos uña y carne mientras crecíamos. Somos gemelos, ¿se nota?

—Me hacéis gracia. Aunque vuestros ojos son diferentes. —De nuevo, Hanna miró a Arbela con el rabillo del ojo.

—Así es ella. Nacimos y crecimos en Tierra Santa, y nuestra madre era armenia. Arbela pasó dos inviernos fríos aquí antes de dejar los satenes y brocados por la lana resistente, aunque todavía le gustan las sedas y las joyas. Así que es frecuente verla con trenzas y túnica.

—Se pinta los ojos con kohl, aunque no tanto como antes. —Sonrió.

—Lady Arbela es muy hermosa. —Hanna se sorprendió al saber que su madre no era escocesa. Lo siguió, admirando la gracia guerrera de sus músculos, hasta que por fin se detuvo a cierta distancia, detrás del establo donde pastaban las yeguas de cría, con el vientre hinchado por los potros del año próximo. Entonces, Alejandro apoyó los hombros contra la pared del establo, frente a la apacible escena. Cogió a Hanna de la mano y la llevó ante él, con la espalda apoyada en su pecho. En ese instante, Hanna se tensó cuando sus brazos la rodearon, sorprendida a partes iguales por la emoción de su tacto y por el temor a una trampa.

—Creo que ya os he dicho antes que, en caso de tener que arrojaros a las mazmorras, no recurriré a engaños. Os he traído aquí porque quería abrazaros y hay demasiada gente en cualquier otro sitio.

Liberándose del pánico, Hanna se dejó llevar por la calidez de los brazos que la rodeaban, su aliento en la mejilla y la firme evidencia de su deseo en las nalgas.

Un nuevo calor floreció, deslizándose por su cuello desde un lugar indescriptible en lo más profundo de su ser.

—Os observo con Gillian y me pregunto cómo habría sido veros encinta, estar a vuestro lado para dar la bienvenida a este mundo a un bebé. Me pregunto si un hijo nuestro habría tenido vuestro color o el mío—. La voz de Alejandro retumbó.

—Mi lord...

—Alejandro. —Sus labios rozaron la parte superior de su oreja.

—Alejandro, lo que pedís es... —Hanna tragó saliva y forzó la respiración.

—¿Es qué? ¿Es sórdido? ¿Deshonroso? ¿Desagradable para vos? ¿O podría ser apasionado? ¿Bello? ¿Satisfactorio? —le preguntó cuando ella no continuó.

—No creo que sea desagradable acostarse con vos. Aunque carezco de experiencia pasional, creo que seríais un amante generoso. —Hanna se inclinó hacia delante, deshaciéndose de su abrazo, y luego se puso de frente a él. Volvió a acercarse cuando le apoyó las manos en la cintura y se colocó entre sus pies. Al percibir su aroma, respiró con indulgencia, embriagada por el olor

a lana caliente y a hombre.

—Hanna, no os obligaré. Pero, ¿podríamos experimentar? Si no os gusta, no lo haremos. —Inclinó la cabeza—. Al menos digamos que lo intentamos.

—¿Qué sugerís? —¿Cuánto de sí misma estaba dispuesta a ceder para probar el enigma que encontraba en aquel hombre?

—Un simple beso, Hanna. No queremos escandalizar a los caballos. —Las yemas de los dedos de Alejandro acariciaron la línea de su mandíbula. Su ocurrencia la hizo sonreír, y se apresuró a atraparla, acercando sus labios a los suyos. Le mordisqueó el labio inferior y lo recorrió con la lengua. Las chispas encendieron cada centímetro de ella, desafiando sus sentidos de una forma que nunca había experimentado. Consciente de todas las texturas y contornos de sus labios, respondió audazmente a su pregunta no formulada, abriendo la boca para recibir sus caricias desgarradoras, respondiendo a su creciente ardor con una pasión que la tomó desprevenida. El cuerpo de Alejandro, tan relajado como poco antes, se tensó cuando él la atrajo hacia sí. Hanna le rodeó el cuello con los brazos, apretándose contra él cuando la oleada de su boca exigió su rendición. Ella se negó, obligándolo a retroceder mientras buscaba más. Un gemido se le escapó al encontrarse con la sólida pared de su pecho. De repente, deslizó una rodilla por su muslo, abriéndose a la dura caricia de su miembro mientras la mano de Alejandro le apretaba las nalgas a través de las capas de la falda. Sus gemidos llenaron sus oídos. Empujó las capas de tela hacia atrás y la levantó, girando mientras presionaba la espalda de Hanna contra la pared. Instantáneamente, la joven le rodeó la cintura con las piernas y se rindió a su boca con un suspiro. Alejandro apretó su miembro contra el vientre de Hanna. Jadeando, apretó la frente contra la suya.

—Por Dios —dijo, con voz áspera—, ¿qué hay en la pasión que no entendáis?

—¿A eso le llamáis un simple beso? —replicó Hanna con una sonrisa dibujada en los labios.

—Creo que hemos escandalizado a los caballos y echado por tierra todas las nociones previas de un simple beso más allá de lo imaginable. —Alejandro gimió y se acercó más—. No puede no afectarlos.

La respiración de Hanna se entrecortó entre una carcajada y un gemido, que emergió como un jadeo cuando la pasión encendió cada nervio. En el cielo, un trueno retumbó. Hanna parpadeó, consciente de repente de la presencia de nubes oscuras donde momentos antes había un cielo encapotado. Los relámpagos brillaron y un zumbido le llenó los oídos. Por su parte, Alejandro chilló y se deslizó hacia un lado, refugiándose de la lluvia a su lado, bajo el alero del tejado en el establo. Encontró su mano y la apretó como si temiera que huyera. Luego besó su cabeza.

—Tengo una idea. Seguidme.

* * *

El fragante aroma del heno fresco le llenó la nariz. Las puntas cortadas de la hierba seca le pinchaban a través del tartán arrugado bajo él en lugares que no habían sido pinchados en muchos años. ¿Qué le había poseído para seducir a Hanna en el establo?

Terminar de seducir a Hanna quizá fuera una frase más adecuada. ¿O ella lo había seducido a él? Estaba seguro de que nunca había experimentado nada parecido a su valquiria. Hanna se acurrucó contra él, profundamente dormida, probablemente agotada por una sesión de sexo que lo dejó preguntándose cuándo podría volver a moverse.

El heno crepitaba suavemente mientras él movía la cabeza de un lado a otro y estiraba las

piernas. En ese momento, Hanna suspiró y le pasó una mano por el pecho, sujetándolo. El sonido de la lluvia amainó y Alejandro oyó el traqueteo de los cubos y el murmullo de las voces que marcaban la hora de comer. Su estómago se aventuró a gruñir, pero sin convicción.

«Hanna de Hällstein, ¿qué me habéis hecho?»

Con mucho esfuerzo, rodó hacia un lado y depositó un beso en la frente de Hanna. Un sabor ligeramente salado permaneció en sus labios.

—Podríamos quedarnos esta noche, pero creo que estaríamos más cómodos en mi cama —le susurró al oído.

Inmediatamente, los ojos de Hanna se abrieron de golpe, y su cuerpo se tensó. Antes de que las palabras tranquilizadoras salieran de su boca, ella se relajó. El heno crujió mientras la nórdica inclinaba ligeramente la cabeza.

—¿Deseáis continuar con esto?

—Espero que esto no haya sido un hecho aislado. —El miembro de Alejandro se agitó al oír su voz—. Admito que la experiencia ha recibido mi más sincera aprobación. ¿Qué decís, Hanna? ¿Me aceptáis?

—Ha sido más de lo que esperaba. No sabía que hombres y mujeres pudieran disfrutar de esto juntos. —La mano de Hanna volvió a acariciarle el pecho, con los dedos retorciéndose suavemente en la mata de cabello.

—¿A vuestro marido no le interesan vuestros afectos? —Alejandro sintió celos.

—Venía a verme a menudo y acababa pronto. —Hanna negó con la cabeza.

—Os mostraría generosidad en el amor, Hanna. Si me dierais una oportunidad.

—Ya lo habéis hecho. No me arrepiento de haber estado en vuestros brazos.

—No parecéis estar segura de querer añadir más momentos a los ya vividos. Si no os arrepentís, ¿qué es lo que teméis? —Alejandro entrecerró los ojos y frunció el ceño.

Hanna guardó silencio por un momento y luego se levantó de su cama improvisada, acomodándose sobre la manta con las piernas recogidas bajo ella. Atrapó las manos entre las rodillas y le dirigió una mirada franca, aunque Alejandro creyó ver un destello de tristeza acechando en el fondo verde oscuro. Bajó la mirada y admiró el juego de sombras de la luz del atardecer sobre sus pechos pálidos y la suave curva de sus caderas. Luego apretó las manos y se obligó a escuchar.

—Temo hacerme a un lado cuando tomáis por esposa a una escocesa.

Alejandro se arriesgó a tomarle la barbilla con la palma de la mano. Su pulso se aceleró al contacto con la piel y volvió a desearla con el fervor de un joven.

—No planeo tomar una esposa. Puedo nombrar heredera a Gillian o, si el consejo se opone, el hijo de mi hermana, que se crió aquí de joven, sería un lord admirable. Vos y yo somos libres de disfrutar el uno del otro todo el tiempo que deseemos.

—Fui criada para ser una doncella escudo, no alguien atractiva. —Hanna negó con la cabeza, con la piel suave bajo su tacto.

—Sois una mujer fuerte. —Le pasó el pulgar por el hueso de la mejilla—. Pero fuisteis hecha para estar con un hombre, no para oponeros a él.

—Alejandro, llegará un momento en que os casaréis, por un heredero, una alianza, tal vez incluso por amor. Pero no seré yo, y me rompería el corazón marcharme.

—Entonces casaos conmigo —exigió Alejandro—. No me sirven los votos para atarme a la mujer que amo. Pero si os parece bien, proclamaré ante Dios y los MacLean que sois mi esposa hasta que la muerte nos separe.

—No seré aceptada. Nuestro pueblo está en guerra. Vuestro rey se prepara para derrocar al

rey de Noruega. —Hanna suspiró—. Cuando entremos al salón, seremos lord y sirvienta una vez más. —Cogió su camisa.

—No os alejéis, Hanna. Una mujer que teme perder, ama mucho. ¿Me amáis?

—Alejandro cogió el suave vestido antes de que pudiera ponérselo por la cabeza.

—No puedo explicarlo. Sois escocés y hace poco más de un mes que no sabía nada de vos. Pero os admiro mucho.

—Eso no es lo que he preguntado. ¿Me amáis? —gruñó Alejandro.

—En media hora, los mozos de cuadra estarán cenando y podremos escabullirnos sin ser vistos. —Hanna miró hacia abajo, como si pudiera ver el establo a través del heno y las vigas. Poco después, le deslizó una mano por el brazo y el hombro, bajando las yemas de los dedos por el pecho y el vientre hasta donde la esperaba su miembro—. Dejadme que os explique mi respuesta.

CAPÍTULO 18

Arbela dejó de apretar las cinchas de su caballo y miró a su hermano con severidad.

—Pensé que estaríais de mejor humor para despedirme.

—Ella no me quiere.

—Os quería mucho, si me lo preguntáis. ¿Le propusisteis matrimonio? —resopló Arbela.

—Sí.

—Y la oferta fracasó después de que la buscarais como vuestra amante.

Arbela se acercó demasiado a ella y Alejandro la fulminó con la mirada.

—Incluso tan deseable como debéis de ser, y no busquéis alabanzas en mí. Después de todo, sois mi hermano y conozco vuestros secretos. Aun así, una mujer que ama con el corazón no desea que la cuenten como algo secundario en vuestra vida. —Se encogió de hombros.

—¿Y ser una esposa no la coloca en primer lugar?

—No sois tan bobo como para creer que una novia se eleva instantáneamente a tal estatus una vez que la tinta del contrato está seca. Es raro que marido y mujer estén en pie de igualdad.

—Arbela enarcó una ceja. Dio un fuerte tirón a la cincha, apretó el nudo y soltó el cuero del estribo—. Os habéis cavado un buen agujero, hermano. Os deseo lo mejor, y me encantaría reclamar a Hanna como mi hermana por matrimonio. Pero si queréis quedárosla, debéis darle algo más que una caricia memorable. Debéis darle vuestro corazón.

—*Gnas barov*, Alejandro. Espero veros de mejor humor la próxima vez que os visite. —Arbela se subió a la silla y recogió las riendas. A continuación, la guardia se puso en posición de firmes.

Arbela y su escolta armada salieron del patio con estrépito, y los cascos de los caballos levantaron trozos de tierra húmeda. Alejandro miró al cielo, calculando la posibilidad de disponer de una hora para ver cómo estaba la Marsopa antes de zarpar dentro de dos días. Navegar era algo que conocía y conocía bien, un pensamiento reconfortante entre una multitud de pensamientos inquietantes.

Después del tiempo que habían pasado juntos el día anterior, Alejandro conocía el cuerpo de Hanna, aunque no tanto como le hubiera gustado, y su cuerpo ansiaba el de ella como nada que hubiera conocido antes. Si no podía ganarse su corazón y convencerla de que aceptara su proposición antes de zarpar, se preguntaba si tendría otra oportunidad.

* * *

Gillian rebotaba en el regazo de Aadny y sus chillidos de indignación resonaban en la pequeña habitación. Inquieta por estar encerrada en el castillo mientras volvía a llover después de la cena, Gillian había pedido que le contaran un cuento. La habitación de Hanna y Aadny bajo el alero resultó ser el lugar perfecto para evitar a Peigi, cuyos huesos doloridos acortaron su paciencia, y para que Hanna aflojara por fin su vigilia contra el reencuentro con Alejandro. El efecto que había tenido en sus sentidos la había estremecido e inquietado a la vez, agudizando su reacción al menor sonido o movimiento.

No quería necesitarlo tanto. Era una tontería creer que él no había hecho más que apaciguar una necesidad, una curiosidad. Dos veces se había preguntado si no sería mejor abandonar el santuario del castillo MacLean. Si no fuera por Aadny y Gillian, habría hecho más que

considerar el inquietante pensamiento.

—¡Oh! ¿Mataron a Thjadi? —Gillian arrugó la nariz—. ¿Lo quemaron?

Hanna inclinó la cabeza, tratando de recordar qué historia había recitado. Ah, Loki y el gigante.

—El gigante *había* estado persiguiendo a Loki —explicó—. Los dioses no pudieron hacer más que protegerlo, y protegerse a sí mismos. Ellos estaban agradecidos de que Loki hubiera traído de vuelta a Idun, porque estaban envejeciendo y sólo ella podía mantenerlos jóvenes.

—¿Y todo fue bien una vez que Idun regresó? —Gillian se lo pensó y asintió.

—No del todo. Porque cuando Thjadi murió, su hija, Skadi, apareció en medio de su celebración para vengar la muerte de su padre. —Hanna se encontró con la mirada de Aadny.

La ironía se apoderó de Hanna por contarle a Gillian una historia relacionada con la venganza cuando ésta había sido la dueña de su corazón no hacía mucho tiempo. Sin embargo, una peculiar sensación de bienestar se apoderó de ella al contemplar a la niña y a la joven que había tomado bajo su protección. Una sonrisa se dibujó en una comisura de sus labios.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Gillian, ansiosa por conocer el resto de la historia.

—Bueno, no fue fácil convencer a Skadi de que dejara de lado su venganza, pero los dioses fueron pacientes con ella, y al final aceptó los términos de la reparación.

—¿Qué es «*re-pa-ra-ción*»? —Gillian le lanzó una mirada de desconcierto.

—Reparación significa compensar un daño que os han hecho.

—¿Qué le dieron? —Los ojos de Gillian se abrieron de par en par.

—Tres cosas. Primero, los dioses tomaron los ojos de Thjadi y los lanzaron al cielo, donde se convirtieron en dos estrellas brillantes.

—Supongo que eso puede ser bonito. —Gillian frunció el ceño, luego cambió de expresión.

—Suenan horripilante, pero de alguna manera encantador, y tal vez un honor. Una forma de recordar a Thjadi cada vez que miráis al cielo nocturno.

—Mi mamá me mira desde el cielo, así que fue un buen regalo. ¿Qué más le regalaron? —Gillian palmeó, recuperado su buen humor.

—La segunda bendición fue hacerla reír. Skadi era demasiado solemne y triste, y los dioses juraron que la harían reír. —Hanna puso cara de pena—. Pero, aunque los dioses intentaron muchas cosas, ninguna consiguió hacer reír a Skadi, ni siquiera sonreír.

—¡Oh, no! ¿Eso la enfadó? —Los ojos de Gillian se abrieron de par en par con consternación.

—Puede que sí. Pero Loki, cuyo nombre significa *embaucador*, ató un extremo de una cuerda al cuello de una cabra y... —Su mirada voló hacia la de Aadny, que cerró los ojos al instante, apretando la boca contra la risa.

—Y empezó a jugar al tira y afloja con la cabra —terminó diciendo con desgana, segura de que la imagen de Loki atando un extremo de la cuerda al cuello de la cabra y el otro a *sus propios testículos* sólo serviría para confundir la historia, y tal vez para que la niña de seis años le hiciera preguntas incómodas.

—¿Y eso la hizo reír? —Gillian frunció el ceño.

—Sí —se atragantó Aadny—. Así fue.

—¿Cuál fue su tercera bendición? —Gillian suspiró como si se le escapara la lógica nórdica, pero aceptó la historia.

—Casarse con el dios de su elección. Sin embargo, tenía que elegir a su marido sólo por la vista de sus piernas. —Hanna se sintió aliviada al pasar a la siguiente parte de la historia.

—Mi padre tiene unas piernas bonitas. Todas las mujeres lo dicen.

—¿Escuchando hablar lo que no deberíais? —Hanna lanzó una mirada burlona a la niña, intentando apartar su mente del recuerdo de las musculosas piernas de Alejandro entrelazadas con las suyas.

—Los adultos no siempre se acuerdan de que estoy ahí. ¿Skadi eligió el par de piernas adecuado? —Gillian se encogió de hombros.

—No. Buscó el par que creía que pertenecía a Baldur, un dios muy querido por todos y también muy guapo. Las piernas que eligió resultaron ser las de Njord.

«Niña observadora».

—¿Eso fue malo? —Gillian se apoyó en Aadny en busca de consuelo, con cara de preocupación.

—Era un dios del mar muy rico, pero el problema entre ellos era que ninguno soportaba vivir en casa del otro. Njord amaba el mar y el grito de las gaviotas, y Skadi apreciaba las montañas nevadas y el aullido de los lobos en el aire. Pronto se separaron y nunca volvieron a estar juntos. —Hanna se encogió de hombros.

—Se supone que mi padre va a casarse de nuevo porque necesita un muchacho que sea lord cuando él ya no esté. Quiero que sea feliz. —Gillian frunció el ceño y su barbilla se inclinó hacia adelante con una decisión tomada—. ¡Me encargaré de que no elija esposa por sus piernas!

—¿Vivíais cerca del mar, Hanna? —Hizo una pausa y se acarició el labio con los dos dientes delanteros.

—Sí. ¿Por qué?

—¿Era muy diferente allí? Tenemos el estrecho de Mull y la isla entre nosotros y el mar, aunque el agua es bastante salada. ¿Os gusta estar aquí?

—Estoy contenta aquí, tesoro mío. Vos y Aadny habéis llenado un hueco en mi corazón y reemplazado un lugar oscuro con mucha luz.

—Así fue cuando murió mi madre. Mi padre y yo nos fuimos durante un año porque estaba demasiado triste para quedarse aquí. Me alegro de que estéis aquí, Hanna. Aadny y yo cuidaremos de vos. —Gillian asintió solemnemente y ladeó la cabeza—. Tal vez padre ayude.

Hanna casi se atraganta. La ayuda del padre de Gillian la había sumido en un tormento de indecisión. ¿Por qué no había sabido que ceder a la tentación de acostarse con el lord MacLean era una mala idea? Porque no tenía experiencia en lo que él llamaba hacer el amor. Someterse en silencio a Torvald se asemejaba a hacer el amor con Alejandro tanto como colgar los pies en un plácido lago se asemejaba a enfrentarse a un mar embravecido por la tormenta. Sucumbir a la atracción de sus caricias la había dejado saciada, pero hambrienta de más.

«¿Ayuda? Me atrevería a decir que necesito ayuda. Pero no de vuestro padre, tesoro. No, no sobreviviría a su eventual rechazo. No permitiré que me rompa el corazón».

CAPÍTULO 19

Al día siguiente, una citación en el solar del lord provocó en Hanna oleadas contradictorias de expectación y temor que aceleraron su pulso. Las intensas miradas de Alejandro mientras ella realizaba sus tareas cotidianas en el salón durante la comida de la mañana le hicieron saber que él no había olvidado su tiempo robado en el desván del establo y que no estaba dispuesto a renunciar a intentar avanzar en su relación. Entonces, enderezó los hombros y llamó a la puerta cerrada. Recelosa, esperó a que él le ordenara entrar, pero no lo hizo. Exasperada por la pérdida de tiempo, se apartó medio paso y, tras dudar un momento, cogió el pestillo y abrió la puerta. Alejandro no estaba en la habitación, pero un gran bulto descansaba prominentemente sobre su escritorio. Un trozo de pergamino yacía sobre el paquete, atrayendo la curiosidad de Hanna. Por ello, se acercó al escritorio y la sorpresa se apoderó de sus ojos cuando leyó la única palabra que aparecía en la tira de pergamino, escrita con letra masculina: *Hanna*. Tocó el manajo de tela, y las yemas de sus dedos apenas registraron el tejido de la lana antes de retroceder. Tras ella se cerró la puerta con un chasquido y se giró como si hubiera sido sorprendida en un acto traicionero.

—¿Os gusta? —Alejandro cruzó la habitación con la cabeza inclinada en un gesto de curiosidad.

—¿Gustarme? —Hanna entrecerró los ojos.

¿Qué preguntaba exactamente?

Su pregunta hizo saltar las alarmas bajo su piel. ¿Le gustaban sus momentos robados? ¿El tacto de su piel bajo sus dedos? ¿Su cabello oscuro y sus ojos almendrados? Ojos que ahora sabía que eran herencia de su madre armenia. ¿Su oferta de compartir su cama? ¿El matrimonio? Su certeza de que ninguna de las dos cosas funcionaría agrió la punzada de anhelo que ondulaba en contrapunto a la cautela. Finalmente, frunció el ceño.

—He pensado sobre muchas cosas sobre vos, Hanna. Pero lo de ser analfabeta no es una de ellas. —Alejandro apoyó una cadera en el borde del escritorio y cruzó las manos sobre el regazo. Le indicó el paquete con la cabeza—. Es vuestro.

—Tiene mi nombre escrito, pero nada más. La maldad no es uno de vuestros vicios, que yo sepa. —Su atrevida apreciación aumentó su resentimiento.

—Me herís, Hanna. No deseo causaros daño ni que desconfiéis de mí. ¿Me haríais el honor de abrir el paquete y aceptarlo como el regalo que es?

Su reproche se desinfló ligeramente y un pequeño estremecimiento la recorrió. ¿Un regalo? Su curiosidad amenazó con convertirse en sonrisa ante la inesperada oferta.

Alejandro inclinó la cabeza hacia el paquete, Hanna volvió a tocarlo y lo acercó lentamente al borde del escritorio. Con suma destreza, desató la cinta de tartán, cuya lana era tan fina que se deslizaba como terciopelo entre sus dedos. Al desplegar la tela, descubrió una piel de increíble pelaje que invitaba a sus caricias. Alejandro la animó a cogerla. La piel cubría una larga capa de color rojizo oscuro, de tejido grueso pero flexible, que garantizaba calor y comodidad.

—Colocáoslo.

Hanna lo miró. Los ojos oscuros del lord brillaban, y el placer se reflejaba en las comisuras de sus labios.

—No puedo aceptar semejante regalo.

—¿Por qué no? Es mío. No hay condiciones si aceptáis. Sabéis que os deseo. También sabéis que he jurado que la elección es vuestra. ¿No podéis aceptar que me complace complaceros? —Su boca se endureció en una línea recta.

De pronto, un susurro de placer femenino chocó con el límite que ella había jurado poner entre ellos.

—Me pone en deuda con vos. Pensaré en vos cada vez que me lo vista.

—No hay nada malo en ello. Mientras pensar en mí os traiga felicidad. —Su confesión devolvió a Alejandro un poco de humor. Se levantó y acercó su cuerpo al de Hanna. Luego cogió la capa y se la puso sobre los hombros—. No creo que la necesitéis hasta que lleguen los meses fríos. Quizá para entonces hayáis decidido aceptar mi oferta. —Le dio un beso en la sien y dio un paso atrás, asintiendo con la cabeza mientras la observaba—. La capa fue hecha para vos y para nadie más. Os queda preciosa. Quedárosela. —Sus botas golpearon el suelo de piedra al salir de la habitación. Por otra parte, Hanna acarició la suave lana y frotó la mejilla contra el cuello de felpa. No obstante, el calor que sentía en su interior brotaba del lugar de su cara donde permanecía el contacto de sus labios.

* * *

El cuento antes de dormir se había convertido en un ritual nocturno, pero esta noche, las preguntas de Gillian dejaron de lado los cuentos de monstruos e intrigas, insistiendo en saber más de la familia de Aadny.

—Me separaron de ellos hace muchos meses —intentó explicar Aadny.

—Supongo que mi padre pudo haberme perdido en España, pero él y Peigi no me perdieron de vista. ¿Os perdisteis? —Gillian torció la cabeza, perpleja.

Aadny frunció los labios, aunque no pareció enfadarse por la pregunta de Gillian.

—No. Me escapé. Unos hombres habían venido a arrasas mi aldea, y me escabullí antes de que pudieran capturarme.

Hanna sacudió la cabeza. Era una historia demasiado común y siempre desgarradora.

—Hanna me salvó de unos hombres en los muelles pocos días después de llegar aquí. Estoy muy agradecida de haberla conocido. —Aadny envió a Hanna una mirada de adoración.

—Yo también me alegro de haberla conocido. Es una mujer estupenda y a mi padre le gusta. —Gillian asintió, inclinó la barbilla y miró a Hanna. Una de las cejas de esta última se arqueó—. Hace tiempo le pregunté si quería otra esposa, después de la muerte de mamá. Y me dijo que elegiríamos una juntos. Ahora os tengo a vos. —Gillian sonrió.

En cuanto a Aadny, soltó una risita y Gillian se unió a ella. No así Hanna.

—No creo que vuestro padre necesite una nórdica como esposa.

—A él no le importa lo que diga el consejo. Y yo no quiero una madre joven y guapa. —Gillian hizo oídos sordos a su preocupación.

—¿Pero me aprobáis? —Un lado de la boca de Hanna se inclinó con ironía.

—Sí. Sois muy valiente y fuerte, mi padre lo dice. Sé que eso es importante para él porque mi tía Bela es muy valiente. —Gillian miró a Hanna—. Sois hermosa, pero no como las demás. Esas son bobas y falsas.

De repente, un dolor leve surgió en la sien de Hanna. La niña estaba decidida a formar una pareja y Hanna se preguntó si Alejandro tendría algo que ver con ello.

—Los sirvientes dicen que el lord es un hombre justo. Y tiene un buen porte

—intervino Aadny. Sus ojos destellaron, rechazando el silencioso reproche de Hanna.

—Mi padre es muy amable y todo el mundo le adora —añadió Gillian y sonrió,

posiblemente haciendo demasiado hincapié en la amabilidad y el amor.

Hanna recordó al duro hombre que no había pestañeado mientras ella estaba de pie junto al hombre que había matado en el muelle, con la sangre marcando generosamente su culpabilidad. En lugar de encarcelarla, como era su derecho, había mandado ahorcar a los otros malhechores. Y Agnes sirvió en la lavandería, aunque le había advertido a Hanna que correría la misma suerte si le hubiera mentido.

«¿Justo? Sí. ¿Amable? No».

Y, sin embargo, ella lo había visto con su hija. Una mano firme que revelaba abundante amor por la pequeña. Le había visto besar la coronilla de Gillian y hacerle cosquillas en los dedos de los pies, darle un perrito y robarle sus empanadas de bayas.

—Creo que todos deberíamos dormir un poco. —Hanna se levantó bruscamente, cogió la manta de los pies de la cama de Gillian y la sacudió.

—¿No os gusta hablar de mi padre? —Gillian frunció el ceño mientras se tumbaba y dejaba caer la cabeza sobre la almohada rellena de plumas.

—Creo que vuestro padre es un buen hombre. No deberíais meteros en asuntos de adultos. —Hanna ignoró la mirada de interés de Aadny y acarició la manta sobre Gillian, arropándola contra ella.

—Alguien debería. —Con un suspiro, Gillian cerró los ojos.

—Dormíos, Gillian.

—Sería un buen marido. —Gillian abrió un ojo.

Hanna dejó caer un rápido beso sobre la frente de la niña, que salió de debajo de las mantas y abrazó a Hanna.

—Además, seríais una buena mamá.

* * *

Hanna dejó la bandeja vacía sobre la mesa y la limpió rápidamente para disuadir a los ratones. El gato atigrado de la chimenea parpadeó con sus ojos dorados, como si despreciara su preocupación, pues seguramente ningún ratón sería tan tonto como para meterse en esta cocina.

—¿Queréis hablar conmigo?

Los latidos del corazón de Hanna se aceleraron al oír la voz de Alejandro. Temía y a la vez esperaba su partida por orden del rey Alejandro por la mañana. Quería pasar las horas que le quedaban entre sus brazos... o quizá lo más lejos posible. Al parecer, el aire le resultaba demasiado denso para respirar cuando estaba en su presencia. ¿Tendría el valor de marcharse cuando él no estuviera?

Dejando a un lado sus pensamientos beligerantes, lo siguió hasta su solar. El lord cerró la puerta y Hanna recordó su anterior recelo al quedarse a solas con él en aquella habitación. Esta vez no temía que le hiciera daño a ella, sino a su corazón, pues era consciente de que le costaría muy poco volver a caer en sus brazos.

Manteniendo la distancia, se quedó mirando al hombre que tenía delante. Su alta figura aún mostraba los beneficios de su vida activa. Su postura erguida, su cabeza inclinada en un ángulo que revelaba la confianza de un hombre nacido para liderar. Los hilos plateados de sus sienes delataban el paso de la juventud, y aunque Hanna no conocía realmente su edad, sospechaba que tal vez le llevaba diez años.

El puño de su tartán se deslizó hacia atrás, revelando una cicatriz que le recorría el antebrazo desde el dorso de una mano. Podía ser una herida grave y, de ser así, la había superado por completo, pues ella no veía debilidad en él ya que irradiaba fuerza. Y terquedad. Sí, ella

también había visto eso en él. Muy parecido a Torvald, aunque las arrugas en las comisuras de los labios de Alejandro dibujaban sonrisas que le derretían el corazón, mientras que los labios de Torvald se fruncían a menudo en fruncidos de frustración e impaciencia. Seguidamente, Alejandro acortó la distancia que los separaba y le cogió las dos manos. Pasó los pulgares por el dorso de sus manos y Hanna se quedó mirándolas mientras la conmoción de su contacto recorría sendos brazos y se acumulaba caliente en su vientre.

—He llegado a comprender por qué no me tropecé con una de las jóvenes y hermosas muchachas como esposa poco después de la muerte de Annag.

—¿Porque estabais esperando a una mujer mayor sin perspectivas, nacida en el lado equivocado de la frontera, y cuya apariencia es meramente adecuada?

—¡Hanna! —protestó Alejandro.

—Soy bastante mayor que las doncellas que vi en vuestro salón hace poco más de un mes. Sólo tengo dos vestidos, de los cuales sólo uno es mío, y no tengo marido ni familia que me proteja. Y no podéis discutir mi herencia. —Hanna se encogió de hombros.

—Sois increíblemente hermosa. Y muy fuerte. Mi valquiria. —Alejandro se llevó primero una mano a los labios, luego la otra, dejando caer un suave beso en el dorso de cada una.

—¿Valquiria? Yo no controlo la vida de los hombres. —Hanna se sobresaltó ante la imagen.

—Oh, pero lo hacéis, dulce Hanna. No dudasteis en ser la autora del fin de la vida de ese canalla en el muelle aquel día, y ciertamente tenéis poder sobre mi vida. Y mi felicidad.

—Alejandro, ya hemos hablado de esto.

—Sí, lo hemos hecho. Pero no creo haber dicho las palabras correctas.

—¿Qué os hace pensar eso?

—Porque no habéis consentido en convertirnos en mi esposa.

—Os he contado mis razones. Y a menos que Noruega y Escocia hayan declarado una tregua, no discutiré los puntos. No seré una esposa adecuada para vos, y no os daré mi corazón sólo para que me lo devolváis cuando os caséis con una escocesa, como desea vuestro consejo. —Hanna ahogó la punzada de anhelo en su interior.

—Hanna, parto por asuntos del rey por la mañana. Quisiera pedirlos dos cosas.

—¿Qué necesitáis? —Sorprendida por su cambio de dirección, Hanna asintió.

—Peigi sigue confinada por el clima húmedo. Aunque el aire es cálido, la lluvia le provoca un dolor que la mantiene en cama. Por ello, Gillian necesita que alguien la cuide, y os pido que lo hagáis.

—Ciertamente. Cuidaré de ella mientras estéis fuera.

—En verdad, ya os ocupáis de gran parte del cuidado de Gillian, y os estoy verdaderamente agradecido.

—¿Cuál es vuestra segunda petición? —El placer de sus palabras calentó las mejillas de Hanna, que hizo una pausa, soltando una de sus manos para posar el dorso de sus dedos en su mejilla. Instintivamente, se inclinó hacia la caricia y sintió que su mundo se descontrolaba.

* * *

Alejandro la acercó, preguntándose si se le resistiría. Para su sorpresa, su vacilación fue breve y la rodeó con los brazos mientras se apoyaba en él.

—Prometedme que estaréis aquí cuando regrese. No tendré nada que me preocupe si sé que me esperáis aquí.

—No me iré, ya lo sabéis. He prometido cuidar de Gillian.

—Quiero que me esperéis. No dejéis que un joven valiente reclame vuestro corazón mientras estoy fuera. —La frustración crispó su temperamento.

—Oh, Alejandro. No puedo regalar lo que no me pertenece.

—No puedo pensar con claridad cuando os tengo así. Hablad claro. —Su corazón dio un vuelco.

—Mi corazón os pertenece. He deseado que fuera de otro modo, pero no ha atendido a razones.

—Entonces pasad esta noche conmigo, Hanna. Haré que redacten el contrato matrimonial. Podemos casarnos a mi regreso.

—Hay demasiados obstáculos...

—No hay más obstáculos que los que me repetís sin cesar. No me importa si vuestra herencia es nórdica. Tengo buenas relaciones con muchos nórdicos. No me importa si me dais un hijo o no. Puedo elegir a mi heredero como me plazca. Vos y yo tenemos la misma edad, aunque me atrevería a decir que mis veranos superan con creces los vuestros. —Le puso dos dedos sobre los labios y se arrodilló ante ella—. Sois una mujer hermosa y rara, Hanna. Dadme esta noche para complaceros, y os daré cada latido de mi corazón por el resto de mi vida.

CAPÍTULO 20

5 de julio de 1249

Cinco días después

Alejandro ordenó que el barco se alejara de la isla de Kerrera y se adentrara en la bahía de Admucknish al anochecer. Permaneció pacientemente junto a su rey mientras Alejandro contemplaba el imponente edificio del castillo de Dunstaffnage. Su forma irregular no respondía al plan de ningún arquitecto, pues los muros se asentaban sobre una masa de roca madre a la que no le importaba el amor del hombre por las líneas rectas y los ángulos uniformes.

—¿MacDougall construyó esto? —El rey Alejandro de Escocia se frotó la barbilla con los dedos índice y pulgar.

—Hace casi una década, señor —respondió Alejandro, ocultando su preocupación por las manchas de color febril en las mejillas del rey. Se rumoreaba que el rey había caído enfermo en el viaje desde Ayr, pero no permitía que nadie cuestionara ni su salud ni sus planes—. Aunque su terminación ha sido reciente.

—Es un pedazo bruto de mampostería. Ni una ventana a la vista, y la maldita cosa parece haber surgido de la roca misma. ¿Cuánto miden los muros según vuestra información? —gruñó el rey.

—Cerca de dieciocho metros, si contamos la roca que hay debajo.

—Y probablemente de tres metros o más de grosor —maldijo el rey en voz baja.

—Sí.

—Tomaremos el castillo. —El silencio cubrió la conversación con un pesado velo. Finalmente, el rey Alejandro asintió.

Alejandro MacLean se mordió las preguntas. Esas eran para los comandantes y consejeros del rey, no para él. Si se le ordenaba lanzarse contra los sólidos muros de Dunstaffnage, encontraría la manera de hacer que las cosas funcionaran a favor de sus hombres. No desobedecería a su rey, pero tampoco sacrificaría a sus soldados por una causa condenada al fracaso.

La mañana siguiente amaneció amarilla pálida y rosa perla entre nubes neblinosas. Alejandro se apresuró a atravesar el abarrotado campamento. Puede que el rey Alejandro tuviera una formidable flota flotando en la bahía de Oban, pero había ordenado levantar una tienda en la isla de Kerrera, alegando el deseo de disponer de más espacio y de una cama sin el vaivén de las olas.

Los capitanes de los barcos habían sido avisados para que prepararan la flota, pero no habían recibido más instrucciones desde la noche anterior, y Alejandro se cansó de la escasez de información, deseoso de volver a casa.

Cuando Alejandro se acercó al pabellón del rey, un joven de unos veinte años -muy veintipocos, a decir verdad- se puso a su lado. Llevaba el cabello suelto, rozándole ligeramente los hombros, y su porte era seguro, quizá incluso arrogante. Pero lo que más llamaba la atención de él era su cinturón de espada excesivamente adornado. Gemas del tamaño de monedas brillaban en el robusto cuero, haciendo que Alejandro parpadeara sorprendido.

—¿Vos también habéis sido convocado? —preguntó el joven.

—¿Convocado? No. Sólo deseo escuchar las órdenes del día. ¿Gozáis de la consideración

del rey, entonces? —Alejandro parpadeó, liberándose del atractivo del rescate del rey en joyas.

—Oh, asisto al rey en una capacidad menor mientras está en Ayrshire, que es donde estaba... antes, quiero decir.

—Piers de Curry. Sir Piers. —El hombre sonrió, haciéndole parecer incluso más joven de lo que aparentaba. Y le tendió la mano.

Por un momento, Alejandro sujetó el antebrazo del joven. Aunque parecía un cortesano que seguía los pasos del rey, no había nada de blando en la musculatura bajo el tejido de su tartán. Era evidente que sir Piers se había ganado su título honradamente.

—Alejandro MacLean, jefe del clan MacLean.

—¿Comercio marítimo? He oído hablar de vos. —Los ojos de Piers se abrieron de par en par.

—Sí. Espero que el rey hable bien de mí. —Alejandro ocultó su gesto de pausa.

—En realidad, Su Majestad habla *muy bien* de vos. Me sentiría honrado si tuvieseis tiempo de enseñarme vuestro barco.

Enseguida, Alejandro se detuvo a la entrada de la tienda del rey y saludó con la cabeza a los guardias, que los recibieron sin rechistar.

—Será un placer, pero quizá debemos discutirlo después de escuchar los planes del rey.

Con una agradable sonrisa, indicó a Piers que entrara primero. Educado, tal vez, pero se había dado cuenta de un ruido no muy diferente al de una colmena enfadada justo detrás de las trampillas, y Piers era, después de todo, el hombre del rey.

Los guardias del interior de la puerta se mantenían firmes, a medio esfuerzo por escuchar lo que el rey y sus consejeros discutían con tanta vehemencia, a medio esfuerzo por ser los primeros en salir por la puerta en caso de calamidad. Alejandro no podía culparles. El rey en un arrebato real era un espectáculo desalentador.

Mientras tanto, el rey Alejandro caminaba de un lado a otro, con las cejas fruncidas y los labios apretados en una expresión de descontento, y su pesada túnica de terciopelo ondeaba tras él con la brisa de sus pisotones. Dos comandantes a los que Alejandro había reconocido por las presentaciones del día anterior se inclinaban sobre el escritorio del rey, con los hombros contraídos, los puños apoyados en la lisa encimera y la determinación grabada en la postura. Un tercero estaba recostado en una silla acolchada y se golpeaba la barbilla con el índice, pensativo.

—¿Qué tenéis que decir al respecto? —A la entrada de Alejandro y Piers, el rey se giró y señaló a MacLean con el dedo.

—Si Su Majestad pudiera iluminarme. —Sorprendido, Alejandro hizo una profunda reverencia antes de responder con calma.

El rey resopló y se sentó en la enorme silla tras el escritorio, con el rostro enrojecido y la frente húmeda. Le hizo un gesto a Alejandro para que se acercara e instantáneamente tuvo a Piers pisándole los talones. Ambos se inclinaron cuidadosamente, aunque el rey no les hizo mucho caso, pues estaba muy agitado.

—Estoy dispuesto a enviar fuerzas contra MacDougall. Aunque anoche tuve un sueño. —El rey Alejandro miró con el ceño fruncido a los otros tres hombres, que apartaron cuidadosamente la mirada.

De pronto, algo se agitó en el pecho de Alejandro, un destello de inquietud, o tal vez un escalofrío de premonición. No dijo nada, e impresionado, notó que el joven Piers también guardaba silencio.

—He recibido la visita de tres hombres. —La voz del rey se entrecortó. Después de un momento, sacudió la cabeza—. Uno vestía ropajes reales.

—Pero muy severo, de tez rubicunda. El segundo, un hombre delgado, era muy atractivo y majestuoso. El último era de gran estatura y sus rasgos estaban distorsionados. —Su mirada se desvió hacia Piers, que parecía el hombre más elegantemente vestido de la tienda receptora. En ese momento, un pequeño gemido provino de algún hombre de la sala y el rey levantó la mirada bruscamente. Nadie se movió ni ofreció disculpas. Aclarándose la garganta, el rey continuó—. Cada uno preguntó si tenía intención de invadir las Islas. —El rey Alejandro se levantó de la silla y reanudó la marcha, bravucón, como si buscara la aprobación o la defensa de sus intenciones—. Por supuesto, respondí, tengo toda la intención de hacerlo. Ya es hora de someter las islas al dominio de Escocia. —Entre tanto, el monarca se paseaba en silencio, con la cabeza levantada beligerantemente y el ceño fruncido.

—¿Cuál fue su respuesta, señor? —Al cabo de unos instantes, Alejandro se aventuró a preguntar.

—Me pidieron que diera marcha atrás. Insistieron en que ninguna otra medida me beneficiaría. —El rey Alejandro se dio la vuelta, con el rostro pálido.

—¡Maldito sueño! —De pronto el color inundó sus mejillas y agitó un brazo hacia sus comandantes—. ¡Malditos consejeros! ¡Os desmoronáis al menor contratiempo!

—Señor, esto no es un contratiempo —espetó uno de los comandantes.

—¡Bah! ¡Sois material de soldado de arena! Muchachas asustadas. He pedido consejo, y no consigo nada más que una estampida hacia la puerta más cercana.

—¿Qué opináis? —se dirigió a Alejandro una vez más.

Alejandro contempló a su soberano por un momento, luego estudió la alfombra a sus pies. Un costoso tapiz, fácilmente obra de años, se amontonaba bajo sus botas. Por su memoria pasaron historias de visiones desatendidas. Cuentos sobre cómo frustrar a un rey se agolparon en su mente.

—Señor, si me permitís el atrevimiento, ayer por la noche navegasteis conmigo y ambos vimos el castillo de Dunstaffnage. El sitio está bien elegido, los muros son gruesos y altos. Aunque no dudo que podáis tomar el castillo, creo que el coste será alto.

El rey Alejandro se quedó mirando a Alejandro un largo y angustioso instante. El silencio crepitaba en la sala, mientras la tensión calentaba la sangre de MacLean.

—De Curry, asistidme. —De repente, el rey chasqueó los dedos.

Caminando furioso entre sus consejeros y guardias, el rey salió de la tienda. Piers miró a Alejandro con los ojos muy abiertos y se encogió de hombros. Los pliegues de la tienda se agitaron al paso del rey. La tensión aumentó en la sala mientras los demás hombres se miraban con cautela. Fue entonces cuando uno de los comandantes se soltó de su postura ante el escritorio del rey.

—No soy un agorero débil de voluntad —informó al pequeño grupo—, pero si me acompañaran los santos Olave, Magnus y Columba...

—El rey no dijo nada de sus nombres —interrumpió Alejandro.

—¿No le escuchasteis? —preguntó el segundo comandante—. Vestido como un rey, severo y con la cara roja, ¡no podía ser otro que San Olave!

—Y San Magnus era un hombre esbelto, muy majestuoso —añadió el primer hombre.

—Entonces, ¿llamáis al tercer hombre San Columba por su gran tamaño? No puedo decir que esté de acuerdo con la apropiación de estos santos en particular en el sueño del rey, pero no dudo de que ha tenido serias reservas, que le persiguieron ayer por la noche. —El hombre de la silla se levantó, cepillando el dobladillo de su tartán antes de recoger su capa.

—Reservas y fiebre alta. —Bajó la voz.

Personalmente, Alejandro consideraba que las dudas persistentes tras contemplar la enorme fortaleza de los MacDougall eran la causa más probable del sueño del rey, aunque nunca era prudente descartar la Divina Providencia cuando una batalla así se cernía ante ellos. Sin embargo, los dos primeros comandantes habían vuelto a murmurar entre ellos y era evidente que no tenían ningún deseo de tomar las armas ante semejante espectáculo en forma no de uno, sino de tres santos venerados. Difícilmente podían cambiar de opinión.

—¿Os apetece un poco de aire fresco? Está claro que aún no habéis decidido qué pensar acerca del sueño del rey, y me gustaría escuchar vuestras opiniones. —El tercer comandante se detuvo ante Alejandro, con un gesto irónico en una ceja.

Enseguida, lord MacLean echó otra mirada a los demás, sumidos en una febril discusión, y asintió. Salieron de la tienda al sol de media mañana, con el campamento alborotado, sin duda por la tormentosa partida del rey momentos antes. Después de mirar rápidamente a su alrededor, Alejandro vio por fin al rey, a Piers a media zancada detrás de él y a dos hombres más - probablemente ayudantes de campo- caminando por la hierba más allá del perímetro del campamento. Además, había cuatro soldados flanqueándolos a una distancia discreta.

—¿Qué sabéis del castillo de Dunstaffnage? —preguntó el compañero de Alejandro.

—Es una monstruosidad de toscos escombros con revestimiento de arenisca construida directamente sobre el lecho de roca —respondió MacLean.

—¿No hay posibilidad de hacer un túnel por debajo?

Alejandro negó con la cabeza.

—¿Escalar las paredes?

—En la mayoría de los lugares tienen casi dieciocho metros de altura. —Alejandro reflexionó sobre la pregunta. Su compañero abrió la boca, pero un grito se extendió por el campamento como una cerilla encendida interrumpiendo la conversación.

—¡El rey! ¡El rey!

Inmediatamente, Alejandro avanzó a toda velocidad, apartando a los hombres sin importarle el rango ni los privilegios. En unos instantes llegó al borde del campamento. Los guardias del rey se apresuraron, en cuadrupedia, llevando una figura tendida en medio de ellos. Piers encabezaba el grupo de ayudantes que seguían al rey. Acto seguido, un camino se abrió ante los guardias mientras llevaban al rey a su tienda. Los cuellos se tensaron para ver lo que ocurría. Las voces se alzaron entre especulaciones y desinformación. Entonces, Alejandro entró en la comitiva junto a Piers. El rostro del hombre no tenía ni rastro de color y, aunque miraba fijamente al suelo, tropezaba con cada piedra y cada terrón.

—Tranquilo. —Alejandro apoyó una mano en el hombro de Piers.

Piers le lanzó una mirada de agradecimiento, y Alejandro volvió a notar la juventud del hombre, evidente en la incertidumbre de sus ojos abiertos.

«Me recuerda a mí mismo».

El sombrío pensamiento de Alejandro no tenía nada de humor. La vida había sido una vez despreocupada, bailando fácilmente al son de su arrogante melodía. Demasiado pronto la realidad había levantado su dura cabeza, y parecía que Piers estaba sintiendo la primera amarga punzada.

Los guardias llevaron al rey al interior de su tienda y las puertas se cerraron tras ellos, impidiendo el paso. Fue entonces cuando Alejandro cogió a Piers del brazo y lo apartó a un lado.

—¿Qué ha pasado?

El joven tragó saliva varias veces y raspó una bota en la tierra. Su pecho se agitó como un fuelle al aspirar aire y, al cabo de unos instantes, se calmó lo suficiente como para hablar.

—Se ha desmayado.

—¿Se desplomó? ¿No había una flecha, una piedra, algún otro proyectil?

Piers negó con la cabeza.

—¿Estáis seguro? —Alejandro lo miró fijamente.

—No encontrarán nada. Su Majestad estuvo paseando un rato, fanfarroneando sobre los sueños y convirtiendo a hombres perfectamente valientes en chismosas. Me puse a un lado, fuera de su camino, como hicieron los demás, y... cayó. —Piers levantó las palmas de las manos en señal de súplica.

—¿Cayó?

—Se desplomó, se cayó.

—No tropezó con un terrón de hierba ni se torció el tobillo con una piedra suelta. Simplemente cayó al suelo y no volvió a moverse. —Piers suspiró, exhalando la conmoción en un largo suspiro.

Alejandro se frotó la nuca. El curandero del rey no tardaría en determinar si se había tratado de un intento de asesinato o, Dios no lo permitiera, si se había consumado.

—Venid. Comamos algo. Será un día largo.

Alejandro condujo a un Piers que no se resistía hasta una hoguera cercana y se apropió de un plato de tortas de avena calientes y jarras de sidra. Se acomodaron contra un par de grandes piedras y comieron, aunque Alejandro apenas probó la comida o la bebida.

—¿Creéis que tardaremos mucho en saber algo? —aventuró Piers con la boca llena de *bannocks*.

—Si el rey estará en cama, pronto sabremos algo. Después, ¿quién sabe? Probablemente no nos separarán hasta que el rey esté de acuerdo, aunque pronto será difícil seguir alimentando a tantos soldados. Espero que se recupere rápidamente o que sea trasladado a Ayr para recibir tratamiento. Cualquiera de los dos caminos resolverá nuestras opciones, de un modo u otro.

A su alrededor, los hombres gritaban y refunfuñaban, proclamando con brusquedad su intención de expulsar a los MacDougall del castillo de Dunstaffnage y vengar a su rey. Los ánimos se caldearon y de vez en cuando estallaban peleas que Alejandro y Piers observaban, pero evitaban cuidadosamente.

A medida que el sol se ponía, Alejandro se situó en lo alto de una colina, observando el descenso del astro rey. Un grito a sus espaldas sobresaltó sus sombríos pensamientos sobre el tiempo transcurrido a la espera de noticias sobre su próximo movimiento. Cuando las palabras llegaron a sus oídos, se puso rígido y volvió corriendo al campamento.

—¡El rey ha muerto!

CAPÍTULO 21

Hanna dio las gracias con la cabeza al mensajero, que le devolvió una pequeña reverencia antes de dejarla sola para leer la misiva de Alejandro.

«No puedo entrar en detalles, pero pronto se sabrá que el rey ha muerto».

«¿Muerto?»

Entumecida por la sorpresa, Hanna se hundió en el banco que tenía detrás y el ruido del salón se desvaneció.

«¿Cómo? ¿Había habido una batalla? ¡Alejandro!»

Examinó rápidamente el resto de la nota.

«Estoy bien, aunque me veo obligado a regresar a Scone para la coronación de su hijo como rey. El pobre muchacho sólo tiene ocho veranos, y seguramente estará desconcertado por la pérdida de su padre. No le envidio la vida que le espera de falsos halagos e intrigas. Esto significa que tardaré al menos un mes en regresar. Atracaremos en el Obispado de Glasgow y nos trasladaremos por tierra a Scone, regresando por la misma ruta. Es un viaje largo, pero hay que hacerlo.

¿Pensáis en mí, Hanna? ¿Recordáis nuestra noche juntos, la sensación de vuestra piel sobre la mía? ¿El estremecedor colapso mientras llegabais tan lejos como podíais y os deshacíais en mil fragmentos de pasión? Aunque estos últimos días han sido difíciles, soporto las noches en vela con vuestro recuerdo. No puedo esperar a estar en vuestros brazos, a ver vuestro dulce rostro.

Dadle a Gillian un abrazo y un beso de mi parte. Hacedle saber a Edan que sigue al mando en mi ausencia, y por qué».

Alejandro

Las yemas de los dedos de Hanna rozaron la misiva y luego se acercaron a sus labios, como si el pergamino le transmitiera el tacto de Alejandro.

«Así que el rey de Escocia ha muerto».

Volvió a ojear el pergamino, pero Alejandro no había incluido ningún detalle. No sabía si el rey Alejandro había muerto en combate o por otra causa. Se dirigió lentamente a la escalera, con los ojos absortos en los detalles que él le *había* proporcionado. ¿Cómo podía afectarle tanto aquella noche? Y a Alejandro también, si sus palabras servían de indicio. Los recuerdos que evocaba su misiva la invadieron de pasión.

Se detuvo en el borde de la habitación cuando alguien la llamó por su nombre. Colocó el pergamino contra su pecho y esperó a que Edan se acercara.

—¿Sabéis algo de Alejandro? —Había pasado casi una noche sin noticias, y él compartía la preocupación de Hanna. Aunque no cabía duda de que las malas noticias se habrían propagado con rapidez, podía haber muchas razones por las que no hubiera habido noticias, pocas de ellas buenas.

—Sí. El rey ha muerto. —Hanna le indicó que se acercara a un rincón vacío de la sala.

—¡Mierda! —Edan abrió los ojos de par en par y soltó un suspiro. Señaló el pergamino, pero Hanna negó con la cabeza.

—Es todo lo que dice al respecto, salvo que se dirige a Scone para asistir a la coronación del nuevo rey. —Sus mejillas se encendieron—. El resto es sólo mío.

—Como queráis. —Las cejas de Edan se alzaron sorprendidas.

—Dice que os diga que probablemente pasará un mes antes de su regreso, y que continuéis en su ausencia.

—El viaje a Scone desde aquí no es fácil. Me pregunto si navegarán hasta Glasgow y desde allí irán por tierra. —Edan se frotó la barbilla.

—Sí. Dijo que dejaría la Marsopa en Glasgow.

—Oh, entonces simplemente nos acomodamos y esperamos su regreso.

—No os preocupéis. Estará ansioso por volver a casa después de su larga ausencia. —La sonrisa de Edan alivió un poco los temores de Hanna.

Hanna observó la retirada de Edan, meditando sobre su reacción a las últimas palabras de Alejandro. Estaba claro que tenía toda la intención de continuar su relación una vez que regresara a Morvern. A pesar de sus fuertes sentimientos por el lord MacLean, no podía permitirlo.

* * *

Alejandro cambió de peso para aliviar el maltrato que le causaba en las nalgas el huesudo lomo del caballo que había conseguido en Glasgow mientras avanzaba a trompicones por el embarrado camino de Scone. Siguiendo a la comitiva del rey, tuvo que arreglárselas lo mejor que pudo por los empantanados senderos. Se cubrió la cabeza con el tartán, que le protegía de la lluvia, pero la llovizna constante hacía que los riachuelos de agua que caían por el borde de la pesada tela se acumularan en su regazo. Se acercó la lana y pensó en Hanna y en la noche anterior a embarcar en la Marsopa.

«¿Cuál es vuestro recuerdo favorito de vuestra hija?»

No sabía por qué quería saber sobre la hija de Hanna. Tal vez porque él mismo tenía una, y las historias de Hanna, vacilantes al principio, parecían acercarlos más.

«Ella no tenía más que cuatro veranos y estaba fascinada con las plantas que crecían en el jardín. Tenía muchas ganas de ayudar, y yo le enseñé la diferencia entre las hierbas y las malas hierbas. La encontré una mañana temprano con un pequeño cuchillo, cortando todas las puntas de las malas hierbas. Decía que era más rápido y menos sucio que arrancarlas de raíz».

Los ojos de Hanna se habían suavizado y suspiró mientras apoyaba la cabeza en su hombro.

«Signy. Su nombre significaba «Nueva Victoria», y le sentaba bien. Parecía hacer algo nuevo cada día. Una niña tan ocupada. Tan parecida a vuestra Gillian».

Su fastidio tambaleó, sacando a Alejandro de sus pensamientos. Las palabras retumbaron entre las filas, anunciando su llegada.

«¡Scone!»

«¡El rey ha muerto!»

«¡Larga vida al rey!»

* * *

Alejandro dormía profundamente, despertándose sólo cuando el rugido de su estómago se veía superado por la necesidad de aliviar su vejiga. Se arrastró desde su estrecha cama en la pequeña habitación de la abadía. Después de usar el retrete, se vistió y recorrió los pasillos hasta

que encontró a Piers y a sus hombres sentados a la entrada de la abadía.

—Comida —ordenó—. No me importa dónde la encontremos, pero es lo primero en nuestra agenda esta mañana.

—Será todo lo que consigáis esta mañana. La ciudad está abarrotada de gente y escasa de provisiones. Nadie esperaba esto. —Uno de sus hombres sacó de su zurrón un paquete de carne seca y pan.

Alejandro aceptó con pesar el bocado de carne y un puñado de tortas de avena. Luego le pasaron una cantimplora y se dispuso a comer.

—El joven rey será coronado mañana —dijo Piers—. Esta noche habrá un banquete para los señores reunidos con motivo del fallecimiento del rey. La celebración del día siguiente será más festiva, en honor del nuevo.

—Pobre muchacho —añadió un soldado—. No tiene edad para las ambiciones de Walter Comyn.

—El conde debería vigilar a Alan Durward —replicó otro—. Él también desea el oído del joven rey.

—El muchacho sentirá la competencia —señaló Alejandro—. No le envidio el trono. —Miró al cielo, gris ceniza de luto por la muerte del rey—. Tal vez deberíamos recorrer un poco la ciudad antes de encontrar nuestros asientos en el palacio. Yo, por mi parte, estaré encantado de honrar la memoria del rey con una buena comida.

Apenas prestaron atención a la llovizna que caía sobre sus tartanes. Alejandro encontró a una buena mujer que aprovechaba el gentío para vender empanadas de bayas, y consiguió comprar suficientes para él, Piers y los cuatro hombres de su guardia personal. Cuando entraron en el salón para el banquete, la agitación de la multitud había alcanzado su punto álgido, y se alegraron de encontrar asiento en las largas mesas.

Los sirvientes corrían de un lado a otro, llenando frascos, jarras y tazas, y llenando las mesas de carne de venado, cerdos asados enteros, verduras asadas y pan recién horneado. Alejandro pronto se sintió lleno y somnoliento, demasiado acalorado en el abarrotado salón. Se apoyó en la pared a su espalda, observando a la gente.

Las muchachas limpiaban lo que se derramaba mientras los hombres se excedían y no calculaban bien el ángulo de la mesa. Los muchachos se debatían entre las bandejas de huesos desechados -los que no habían llegado a los sabuesos que llenaban el suelo-, las plumas y la piel del pavo real y las conchas de mejillón, a las que se les había extraído su succulento contenido.

—¿Habéis navegado mucho? —Alejandro dio un codazo a Piers.

—Un poco. Mi familia vive en Ayrshire y me han visto embarcar en algún que otro barco. —Piers asintió y Alejandro sonrió con entusiasmo—. ¡Una oportunidad de navegar hasta el Mediterráneo es muy emocionante!

—Me alegro de ayudar. —Alejandro había aliviado parte de la tensión del viaje obsequiando a Piers con historias de piratas y tierras lejanas y terminó ofreciéndole un camarote cuando el Veloz hiciera su viaje inaugural a España dentro de unas semanas.

Piers volvió la cabeza cuando una sirvienta pasó por delante de la mesa, con el cabello recogido en un pañuelo y mechones dorados que se escapaban para enmarcar su rostro.

—¿Os parecen atractivas las mujeres rubias? Parece nórdica, y probablemente una conquista fácil. —Los ojos de Piers siguieron a la joven y se encogió de hombros—. He encontrado refugiadas así antes, y han estado ávidas de monedas y un poco de diversión.

—No es más que una muchacha. Debe ser tratada con respeto —gruñó Alejandro.

—No pretendía *forzarla*. ¿Hay alguna diferencia mientras ella esté dispuesta? —

Piers retrocedió como sorprendido.

—Toda la diferencia del mundo. —Alejandro recordó la generosidad y la confianza de Hanna.

—Es probable que sea una esclava, por su aspecto. La pobre no escapó de los asaltantes. He oído que la mayoría acaban subastadas en Roma y más allá —rezongó Piers, que se levantó del banco, se estiró y alisó su túnica. Su cinturón de joyas brillaba a la luz de la antorcha—. Os veré en la coronación. No me esperéis.

Alejandro olvidó a Piers. No había forma de cambiar al joven. Seguramente, las muchachas se disputaban sus atenciones, y era evidente que no todas las mujeres recibían con agrado sus insinuaciones. Dio un golpe en la mesa, marcando su decisión de marcharse. No iba a ver a hombres borrachos aprovecharse de las sirvientas, quisieran o no.

—No quiero quedarme.

La sirvienta se dio la vuelta, el sonido de sus nudillos sobre las gastadas tablas se oía claramente incluso en la ruidosa habitación.

—¿Milord?

Alejandro la miró fijamente, con la boca abierta de asombro.

—¿No puede ser!

Los ojos de la muchacha, de un verde vibrante que Alejandro reconoció, se abrieron de par en par. Su cabello dorado se deslizaba por sus suaves mejillas, y su piel palidecía.

Alejandro se levantó y se acercó al extremo de la mesa, con los ojos clavados en la muchacha. Ella se puso rígida y sus dedos se agitaron en la manga antes de mirar hacia abajo con el ceño fruncido.

«Está acostumbrada a llevar un puñal en la manga».

El corazón de Alejandro se aceleró.

«Es idéntica a Hanna».

—¿*Hva heter du?* —preguntó, seguro de lo que ella respondería.

Los ojos verdes de la joven se abrieron de par en par, brillando mientras el miedo y la esperanza se mezclaban para hacer aflorar las lágrimas.

—*Jeg heter Signy* —susurró—. *Torvaldsdottir*. ¿Os conozco?

CAPÍTULO 22

Alejandro se inclinó sobre las barandillas del barco, respirando el rico aroma de los bosques que se cerraban a ambos lados de la nave mientras entraban en el estrecho de Mull. Era bueno estar en casa, y sus pensamientos vagaban por la coronación del nuevo rey unos días antes. Alejandro III había aguantado bien las ceremonias y halagos que asistieron a su coronación y parecía agradecido de recibir la lealtad de los MacLean.

«Pobre niño. Pronto se cansará de los falsos halagos de sus cortesanos y empezará a tomar sus propias decisiones, para consternación de ellos, o se perderá en los misterios y las puñaladas por la espalda de la política de los castillos».

La mirada de Alejandro se desvió hacia la muchacha que había ocupado el camarote extra durante el viaje y que ahora se encontraba en la barandilla a varios metros de distancia, de cara al viento, con la emoción irradiando por cada línea de su cuerpo.

Alejandro sonrió. Estaba tan impaciente por volver a casa como Signy. Nunca había comprado una esclava, aunque se había encontrado con bastantes cuando vivía en Tierra Santa, e inmediatamente le dio la libertad a la muchacha.

Al principio se mostró comprensiblemente recelosa, pero pronto se acostumbró a él y a Piers, a quien había tenido que advertir con un paternal movimiento de cabeza. Anticipar su alegría al volver a ver a su madre lo llenaba de un placer feroz, y no veía la hora de ver la cara de Hanna cuando llegaran a Morvern.

—¿Realmente planeáis casaros con la madre de esta muchacha? ¿Una nórdica? Debe de haberos hechizado para arriesgaros a enfadar al rey. —Piers asintió a Signy.

—Mi lealtad al rey no se extiende a mi dormitorio. Pronto conoceréis a Hanna. — Alejandro levantó una ceja e hizo una pausa—. Aún no ha aceptado casarse conmigo.

Alejandro se alegró del buen tiempo. Hanna y Signy merecían reunirse bajo un cielo bañado por el sol, no bajo un aguacero empapado. Miró al horizonte y divisó la mancha de tierra que les indicaba que se encontraban en los muelles de Morvern. La emoción aumentó. Los marineros saltaban mientras se preparaban para llevar el barco a puerto. Los soldados, cansados del largo viaje, gritaban de ánimo.

—¿Es este nuestro hogar? —Signy se volvió hacia Alejandro.

* * *

—¡Se acerca el barco del lord!

Se alzaron voces excitadas y Hanna se secó las manos en el delantal. El temor empañó rápidamente su felicidad por la noticia, pues no se permitiría nada más que el alivio de que lord MacLean hubiera regresado sano y salvo. Las últimas semanas le habían enseñado que entregarlo en el futuro a la mujer que llevaría su nombre -y, con suerte, su heredero- no era algo que pudiera soportar.

«No soy más que una novedad pasajera para él, pero sólo podría amar con todo mi corazón».

Utilizando un trozo de tela de lana desechada en un telar para confeccionar un tosco zurrón, Hanna había guardado sus pocas pertenencias cuando les llegó la noticia de que el lord se dirigía a casa. Colgada del perchero detrás de la puerta de la habitación que compartía con Aadny, con

la preciosa capa rojiza colgando a su lado, el zurrón estaba listo para emprender el viaje hacia donde pudiera empezar de nuevo. Dunstaffnage era la opción lógica, pues estaba segura de que allí también encontraría a otros refugiados nórdicos.

Una voz burlona se entrometió en sus pensamientos.

«Alejandro os acogió cuando no tenía que hacerlo, cuando un hombre menos justo os habría encarcelado... o algo peor».

Hanna frunció el ceño.

«Me marchó para protegerme, no para reprenderle».

Los gritos de Gillian llegaron a oídos de Hanna mucho antes que la propia niña. Instantes después, Gillian entró por la puerta, recorriendo la habitación a grandes zancadas.

—¡Padre está en casa! ¿Habéis oído, Hanna? ¡Mi padre ha vuelto!

—Creo que he oído algún rumor. ¿Queríais saludarle en el muelle? —Hanna asintió, sintiendo como si un cuchillo atravesara su corazón al no unirse a la felicidad de Gillian por el regreso de su padre.

—¡Sí! —Gillian se balanceó arriba y abajo, eufórica.

—Quizás Aadny debería ir con vos. Sus pies pueden seguir el ritmo mejor.

—Llevad a la niña con su padre antes de que estalle. —Hanna se volvió hacia la joven que había llegado pisándole los talones a Gillian.

—¡Vamos! —Aadny cogió a Gillian de la mano.

Tan entusiasmadas como el resto del clan, salieron corriendo por la puerta. En cuanto a Hanna, sus ojos se nublaron por las lágrimas.

—*Ha det bra, skatten min* —susurró.

«Adiós, mi tesoro. Siempre estarás en mi corazón. Con el tiempo me olvidarás y otra ocupará mi lugar».

Hanna se apresuró a coger su zurrón, segura de que su corazón yacía en mil pedazos tras la estela de Gillian. Tropezó en la escalera y se secó los ojos con la manga. Con cuidado de recorrer el salón en sus márgenes sombríos, se deslizó por la puerta sin llamar la atención.

La gente se agolpaba en el patio y en el camino que atravesaba la aldea, el aire era festivo. El clan había llorado la pérdida del rey, pero su lord había regresado por fin y esperaban con ansias noticias de Scone. La multitud ralentizó el paso de Hanna, y la preocupación la punzó.

«¿Cuánto tardarán en echarme de menos?»

Estaba segura de que Gillian no perdería el tiempo buscándola. ¿Pero lo haría su padre? Hanna no había sabido nada de él después de la única misiva. Era comprensible, pero ella no tenía ninguna gana de continuar su relación y no podía arriesgarse a esperar a descubrir sus intenciones. Habían pasado semanas. Los corazones solían ser volubles. Era posible que hubiera conocido a alguien -una mujer de noble cuna escocesa- que fuera mejor partido que una nórdica pobre.

El corazón de Hanna se retorció y supo que había tomado la mejor decisión. Si se quedaba, se condenaba a una angustia mucho mayor que las lágrimas que derramaría al dejar atrás a Gillian. Enseguida, el ruido de la multitud aumentó.

«¡Diablos! ¿Cómo habían desembarcado tan rápido?»

Hanna miró a su alrededor, buscando un lugar donde esconderse para dejar pasar a la comitiva del lord. Retrocedió hasta una puerta vacía, aprovechando las sombras. La gente se apretujaba contra ella, esforzándose por ver. Al cabo de un momento, Alejandro apareció a caballo.

«Edan debía de haber colocado caballos en el embarcadero. Por supuesto, haría de esto más

una entrada triunfal que un simple paseo desde el barco».

Hanna puso los ojos en blanco. Mientras tanto, Gillian montaba a caballo junto a su padre, y Aadny la seguía de cerca. Además, un joven a quien Hanna no conocía cabalgaba junto a Alejandro, con la luz del sol brillando en un magnífico cinturón enjoyado. En un tercer caballo se sentaba una joven -una niña, en realidad- y los peores temores de Hanna se hicieron realidad. Desvió la mirada, reacia a contemplar a la niña-novia que Alejandro MacLean había traído a casa para casarse.

* * *

Alejandro escudriñó a la multitud, esperando no atropellar a nadie en su prisa por llegar al castillo. No podía esperar a demostrarle a Signy que su madre estaba aquí, para darle a Hanna algo que no esperaba. Estuvo a punto de hacer callar a Gillian, pero sabía que sólo se alegraba de verle. Levantó la mirada y vio a Hanna.

Aunque tenía la cara girada y medio oculta en la sombra, no le cabía duda de quién era. Pero, ¿por qué no había acompañado a Gillian? ¿Por qué se escondía en la puerta? Su mirada se fijó en el zurrón que llevaba en una mano.

«¿Ella se marcha? ¡No!»

Tras detener bruscamente su caballo, Alejandro le entregó las riendas a Piers y saltó al suelo. Un camino entre la multitud se abrió mágicamente ante él. Se detuvo ante Hanna, con el corazón dolorido al pensar en su traición.

—Prometisteis esperar —dijo, bajando la voz.

Los ojos verdes de Hanna le atravesaron su alma.

—Prometisteis que no os casaríais —replicó, con voz cansada.

—¿De qué estáis hablando? No me he casado. —La miró fijamente.

—¿No? Entonces deberíais casaros con ella antes de que os acuse de seducir a una inocente.

—Sus ojos se encendieron—. Os dije que no me quedaría mirando cómo os casáis. Sólo porque sea demasiado joven para acostarse no significa que yo vaya a servir en su lugar.

Alejandro retrocedió, sin saber qué había alterado a Hanna. ¿Qué rumor decía que era un canalla? ¿Y a qué mujer -niña- se refería?

De repente se dio cuenta del silencio de la multitud.

—¿Múttá?

CAPÍTULO 23

—¿Qué maldad habéis hecho? ¿Qué habéis hecho? —Hanna sacudió la cabeza y miró a la multitud.

—Ninguna maldad, Hanna, salvo la de los hombres que asaltaron vuestra aldea. — Alejandro atrapó su hombro con una mano, deteniendo sus movimientos—. Os he traído un regalo de Scone.

Signy se abalanzó sobre Hanna, dejándola sin aliento. Los delgados brazos de su hija se aferraron a su cintura, su amado rostro enterrado en la capa de Hanna. Unos sollozos desgarraron la garganta de la muchacha. La cabeza de Hanna se tambaleó incrédula y aspiró enormes bocanadas de aire.

—¡Ah! ¡Ah! —Hanna se desplomó en el suelo, tirando de su hija sobre su regazo y abrazándola con fuerza. Se balanceaba de un lado a otro, canturreando mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Alejandro observó que Edan y su guardia formaban un arco protector a su alrededor, haciendo retroceder a los curiosos y utilizando los caballos para crear una barrera que les impidiera ver. A continuación, Gillian y Aadny entraron.

El lord tragó saliva contra el gran nudo que tenía en la garganta y se pasó el dorso de una mano por los ojos. Había sacado a tres niños de los brazos de su afligida esposa y contuvo las lágrimas. Este reencuentro amenazaba con hacerle caer de rodillas.

Hanna y Signy permanecieron abrazadas con fervor, y la multitud, decidida a aplacar su curiosidad más tarde, empezó a dispersarse.

Alejandro se arrodilló junto a Hanna. Gillian le puso una pequeña mano entre las suyas.

—¿Ella está feliz, padre? —La preocupación arrugó su rostro.

—Creo que sí, cariño. Les daremos tiempo para que se acostumbren a estar juntas de nuevo, ¿vale? —Alejandro la acercó y le dio unas palmaditas tranquilizadoras en la espalda.

Gillian asintió y su mirada preocupada se relajó ligeramente. Se apartó del lado de Alejandro y se acurrucó junto a Hanna. Luego, con la mano sobre el hombro de esta, se limitó a esperar.

El ligero peso de la mano de Gillian trajo a Hanna de vuelta al presente. Levantó la cabeza y le dedicó una sonrisa vacilante. Tenía la garganta demasiado inflamada para hablar y la cabeza demasiado confusa para mantener un pensamiento coherente. Tragó saliva y centró su atención en Alejandro.

—¿Dónde...?

—La encontré trabajando como... sirvienta en el Palacio Scone.

—Los hombres de Searc registraron la casa antes de incendiarla. Dijo que le traeríamos mucho dinero. —Signy se movió contra el hombro de Hanna.

—¿Searc? ¿Lo conocéis, Alejandro MacLean? —El corazón de Hanna se endureció, no gustándole la manera tan fácil en que su hija hablaba del hombre que la había secuestrado.

—Sí, pero antes de que planeéis vuestra venganza, os diré que encontró la muerte en una reyerta no mucho después de que él y sus hombres asaltaran vuestra aldea. Dejé a dos hombres en Scone para ver qué podían averiguar. Searc lideraba un grupo de hombres sin clan que pirateaban por toda la costa. Si alguno aún vive, mis hombres lo rastrearán.

La sangre de Hanna clamaba venganza, *su* venganza. Y, sin embargo, era satisfactorio saber que Alejandro había hecho lo que estaba en su mano para llevar a aquellos hombres ante la justicia.

—¿Vendréis a casa, Hanna? Signy y vos sois libres de ir a donde queráis, pero Gillian y yo queremos que vengáis a casa. —Alejandro le tocó la mejilla.

¿A casa? Justo cuando Hanna creía que ya no le quedaban lágrimas que derramar, más de ellas se agolparon en sus ojos, brotando de un lugar diferente en lo más profundo de su ser. Las lágrimas por Signy habían brotado calientes y amargas por la pena que no había vaciado, la conmoción y el alivio al verla casi más de lo que podía soportar.

Estas lágrimas sabían a esperanza.

—¿Es cierto que vais a casaros con él? —Signy inclinó la barbilla para señalar hacia Alejandro.

—Me lo ha pedido. —Hanna torció los labios.

—¿Qué le habéis respondido?

—Dije que había demasiados obstáculos. Que su pueblo no me aceptaría. Que no era la mujer adecuada para él. —Hanna se quedó mirando el rostro expectante de Alejandro.

—Entonces, ¿por qué me salvó? —La mirada de Signy se dirigió a Alejandro.

Alejandro le ofreció la mano y Hanna colocó los dedos en su fuerte y seguro apretón. La levantó y su mirada obligó a Hanna a escuchar su respuesta.

—Porque, Hanna, haría cualquier cosa por traeros alegría.

La última hebra de reticencia, de ira y desconfianza, se deshizo. Por un momento, Hanna se sintió a la deriva, sin el propósito al que se había aferrado. De repente, Signy le apretó la mano. En cuanto a Gillian, se apoyó en sus piernas. Alejandro sonrió. La picardía entró en el corazón de Hanna.

—No sé. Él es bastante viejo. Y a menudo se va de casa. —Inclinó la cabeza hacia Signy.

Signy soltó una risita. Gillian se sobresaltó y entró en el juego.

—Siempre está robando empanadas. Pero tiene bonitas rodillas —suspiró Gillian.

Hanna y Aadny estallaron en carcajadas. Signy y Alejandro intercambiaron miradas y se encogieron de hombros. Gillian parecía engreída.

—¿Queréis venir conmigo? —Alejandro acercó a Hanna.

Sabiendo adónde la llevaría, y ya sin temer por su corazón, Hanna aceptó.

* * *

—Piers está seguro de que me habéis hechizado. —Alejandro enredó un mechón de cabello de Hanna en su dedo índice.

—Los nórdicos somos cristianos desde hace bastantes años. Sin embargo, no hace tanto que hemos olvidado las viejas costumbres. —Hanna bostezó, somnolienta.

—Os casaréis conmigo, ¿verdad? No me gustaría que me dejaran por un hombre más joven dentro de unos años. —El heno susurraba mientras se movía en su cama improvisada—. ¿Y por qué os hacen reír mis rodillas?

—Es por un cuento. La mujer eligió a su marido basándose únicamente en sus rodillas. Eligió mal. —Hanna rio entre dientes.

—Casaros conmigo es lo más sabio, Hanna. Os lo juro.

Hanna se colocó sobre él, con su cabello dorado cayendo como una cortina. Alejandro arrancó un mechón de fragante heno de un mechón bruñido.

—¿Juráis amarme cuando no esté encinta? Aunque no he interrumpido mis ciclos, sólo

tengo dos hijos, los últimos hace nueve veranos. ¿Me amaréis cuando otros susurren a vuestras espaldas que os casasteis con alguien inferior a vos, que os casasteis con una nórdica, vuestra enemiga?

—Os amaré incluso cuando engordéis con mi hijo. Y me reiré al saber que tomé la decisión correcta al casarme con mi valquiria. —Alejandro apartó uno de sus brazos y rodó, invirtiendo sus posiciones. Se colocó sobre ella, entre sus muslos. Hanna le rodeó la cintura con las piernas.

—No os avergonzaré. Y no os abandonaré.

—Confío en vos. —Alejandro se estrechó contra ella.

Hanna jadeó y se acomodó para recibirlo.

—Y nadie se interpondrá entre nosotros. Lo juro.

EPÍLOGO

Mayo de 1250
Castillo MacLean

Una densa niebla flotaba en el aire, aferrada al frío final del invierno. Así había sido la mañana en la que se había despertado el último día de su vida en Hällstein. El ladrido entusiasta de los perros no era más que un recuerdo que se desvanecía, y aunque cerró los ojos lamentando que, tras largos meses de búsqueda, no se hubiera encontrado rastro alguno de su hijo Sten, había mucho por lo que alegrarse.

Alejandro le acarició suavemente el brazo.

—Fue hace un año, ¿verdad?

Hanna apartó el recuerdo con poco más que una leve punzada de arrepentimiento. Ya no tenía la cruda agonía de una herida reciente, sino la línea reflexiva de una cicatriz que se desvanece. Notada, pero a menudo ignorada.

—Sí. Hace un año unos asaltantes destruyeron mi vida. —Volvió la cara hacia su mano y le dio un beso en la palma—. Y ahora tengo una nueva vida, por la que estoy enormemente agradecida. —Se levantó de la cama y, cogiendo una túnica de los pies de esta, se dirigió en silencio a la cuna que había junto al hogar.

—¿Quién podría imaginar semejante bendición?

Alejandro se unió a ella y le rodeó la cintura con los brazos. Apoyó la barbilla en su hombro y contempló la pequeña figura que dormía plácidamente.

—Es más de lo que me atrevía a esperar —respondió Alejandro—. Todo lo que realmente quería era a vos. Este muchacho es una gran bendición.

—¿No os importa tener un niño en vuestra vejez? —bromeó Hanna.

—Estoy dispuesto a ver si podemos crear otro, querida esposa —incitó Alejandro con un gruñido suave y empujó su miembro completamente erecto contra las nalgas de ella—. ¿Creéis que Birk dormirá un poco más? Me gustaría quedarme con su madre.

—Me encantaría quedarme. —Hanna giró en el círculo de sus brazos y bajó la voz a un susurro.

—¿De verdad? No ha pasado mucho tiempo desde su nacimiento.

Hanna le mordisqueó el labio inferior.

—Sí, pero ha pasado ya suficiente tiempo.

FIN

Nota de las autoras

La muerte del rey Alejandro II ocurrió más o menos como se lee en nuestra historia (menos la licencia literaria de incluir a Alejandro -y posiblemente a Piers- en el relato). Según los relatos escoceses, el rey murió de una fiebre misteriosa, mientras que los relatos nórdicos afirman que murió del castigo divino. En cualquier caso, tuvo (al parecer) un sueño en el que se le advertía que no atacara a Ewan MacDougall, a quien el rey Haakon había nombrado rey de las islas, y murió en la isla de Kererra antes de hacer realidad su sueño de arrebatar el control de las islas y del oeste de Escocia al rey Haakon de Noruega.

Como apunte histórico: en 1158, Somerled se unió a una rebelión para derrocar a Godofredo el Negro, un gobernante de mano dura y muy impopular de la isla de Man y las Hébridas. Aunque el título de *rey de las islas* databa de cientos de años antes de Godofredo, todos habían debido su lealtad al rey de Noruega. Somerled reclamó el título, pero creó una tercera fuerza en el antiguo conflicto entre Escocia y Noruega, declarándose independiente de ambos países. Sin embargo, en 1164, Somerled murió en batalla contra el ejército de Malcolm IV de Escocia. Ni Malcolm ni el rey de Noruega aprobaron la falta de lealtad de Somerled, y acabaron por poner fin a su pretensión. El reino de Somerled se dividió entre sus hijos, y la lucha entre Noruega y Escocia continuó. El título de *lord de las islas* sería de uso común a mediados del siglo XIV.

Piers de Curry fue uno de esos personajes que a menudo se descubren por el camino, y una de las cosas que más nos gustan de la investigación. En 1263, en la batalla de Largs, cuando las fuerzas escocesas y nórdicas se enfrentaron por fin en combate, Sir Piers de Curry fue uno de los pocos combatientes que murieron aquel día. Se distinguía por su casco y armadura con incrustaciones de oro y joyas, y destacaba por su valentía. Intentó en repetidas ocasiones provocar a los nórdicos para que entrasen en combate, cabalgando hasta sus filas y burlándose de ellos.

Le dimos un lugar en nuestra historia porque pensamos que un personaje tan pintoresco debía tener una segunda oportunidad de hacer historia. Y, al enviarlo a España en uno de los barcos de Alejandro MacLean, le proporcionamos el viaje por el que consiguió parte de su fabulosa armadura y el corcel español que se decía que montaba.

Por desgracia, su valentía en la batalla duró poco. Tras increpar a los nórdicos, uno de sus comandantes, Andrew Nikolson, se hartó de él y blandió su espada con tal fuerza que atravesó la armadura de Piers, no sólo hendiéndole el muslo, sino también haciendo mella en su montura. Después de eso, se dice que lo peor de la batalla fue el oro y las joyas de Piers, que los nórdicos se llevaron como recompensa. (Lo siento, pero la historia no siempre tiene un final feliz).

Los nórdicos, que habían llegado a las costas escocesas con una armada y la intención de acabar con las ambiciones de Escocia sobre las islas, habían perdido gran parte de su flota en una terrible tormenta, y esperaban en vano la llegada de tropas frescas. Con los barcos varados en la orilla, rotos contra las rocas o gravemente dañados tras chocar con otros navíos a la deriva en las aguas de la costa de Ayrshire, y con la costa llena de cadáveres y aparejos a la deriva, el rey Haakon pidió una tregua para enterrar a sus muertos y también prendió fuego a los barcos que no pudieran recuperarse. El rey Haakon se retiró entonces a las Orcadas para pasar el invierno, con

la intención de reincorporarse a la batalla en primavera, pero murió en las Orcadas en diciembre.

Así terminó la batalla de Largs y el dominio noruego de las islas occidentales. Tres años más tarde, el hijo del rey Haakon cedió formalmente las Hébridas y la isla de Man a Escocia a cambio de un pago directo de 4000 marcos y un pago anual según el Tratado de Perth, aunque Noruega conservó el dominio sobre las islas Shetland y Orcadas.

Los jarls nórdicos, como condes de Caithness, debían lealtad tanto a Noruega como a la corona escocesa. En 1379, el condado pasó a la familia Sinclair, la familia de Katja Sinclair en *La novia vikinga del Highlander*.

AGRADECIMIENTOS

Un enorme agradecimiento a mis compañeras de crítica que leyeron esta historia en sus diversas permutaciones a medida que la historia de Hanna y Alejandro evolucionaba: Dawn Marie Hamilton, Cate Parke. Y mucha gratitud a nuestro maravilloso grupo beta: Sharon, April, Mary, Donna, Cate, Ann, Cheryl, Barb y RaeRae.

Por otro lado, un millón de gracias a nuestro fabuloso artista de portada, Dar Albert.

Si os ha gustado la historia de Alejandro y Hanna, no dudéis en dejar una reseña. Muchas gracias.

SOBRE LAS AUTORAS

Cathy MacRae vive en el lado soleado de las montañas Arbuckle, donde ella y su marido leen, escriben y cuidan el jardín, con la ayuda de los perros, por supuesto. Puedes visitarla en *Facebook*, o leer sus *blogs* y conocer sus libros en www.cathymacraeauthor.com. Escríbele un mensaje, ¡le encanta recibir noticias de sus lectores! Para estar al día de las novedades y otras cosas divertidas, suscríbete a su boletín. Hay un sencillo formulario en su sitio web. (Allí también encontrarás las noticias de DD).

Por su parte, DD MacRae disfruta dando vida a la historia. Investigar es una de las mejores cosas a la hora de escribir una historia. Y con más de 35 años de entrenamiento en artes marciales, DD también aporta una acción impresionante a los relatos.

Puedes ponerte en contacto con DD a través de www.cathymacraeauthor.com. ¡Siempre es emocionante saber de los lectores!